

G. K. CHESTERTON

Relatos

Consulta miles de libros gratis en pdf en:

www.librosgratisenpdf.com

Las muertes de los Pendragon.....	3
El dios de los Gongs	16
La ausencia del señor Glass	26
La ensalada del Coronel Cray	36
El jardín secreto.....	45
La tienda de los fantasmas	59
El hombre invisible.....	62
Una anécdota más bien improbable.....	73
Los tres jinetes del Apocalipsis.....	76
Como hallé al superhombre	85

Las muertes de los Pendragon

El padre Brown no se sentía con ánimo aventurero. Recientemente había enfermado por exceso de trabajo y cuando empezó a recuperarse, su amigo Flambeau lo había llevado a hacer un crucero en un pequeño yate con Sir Cecil Fanshaw, un joven hacendado de Cornualles y un apasionado admirador de las bellas costas de su región. Pero el padre Brown aún estaba bastante flojo y no era un gran marinero. Y aunque no era del tipo de hombre que se queja o se deja hundir, su ánimo no daba más que para la paciencia y la buena educación. Cuando los otros dos hombres elogiaban el rasgado crepúsculo violeta o los ásperos riscos volcánicos, se limitaba a darles la razón. Cuando Flambeau señalaba una roca con forma de dragón, él miraba y le parecía que era igual a un dragón.

Cuando Fanshaw, más entusiasmado, indicaba una roca semejante a Merlín, él la miraba y asentía. Cuando Flambeau preguntaba si esa entrada rocosa en el retorcido curso del río no parecía la puerta del país de las hadas, él decía: «sí». Oía los comentarios más importantes y los más triviales con la misma e insípida concentración.

Oyó que la costa era mortalmente peligrosa salvo para los más expertos marineros, oyó también que el gato del barco estaba dormido. Oyó que Fanshaw no podía encontrar su boquilla en ninguna parte, oyó también cómo el piloto recitaba el conjuro «Con los dos ojos bien abiertos, el barco está a salvo; con un ojo cerrado, se hunde». Oyó cómo Flambeau decía a Fanshaw que eso sin duda quería decir que el piloto debía mantenerse con los ojos abiertos, bien alerta. Y oyó a Fanshaw explicando a Flambeau que, por raro que pareciera, no quería decir eso: quería decir que mientras vieran las dos luces de la costa, una próxima y la otra lejana, exactamente alineadas, estaban en el buen camino por el canal; pero que si una luz ocultaba a la otra, iban a encallar. Oyó añadir a Fanshaw que su país estaba lleno de fábulas y giros lingüísticos de lo más pintoresco. Era la patria misma de la aventura romántica; incluso puso a esta zona de Cornualles por encima de Devonshire, como pretendiente a los laureles del arte marino isabelino. Según él, en estas calas e isletas había habido capitanes comparados con los cuales Drake había sido prácticamente un hombre de secano. Oyó reírse a Flambeau y preguntar si, quizás, el audaz título de «Rumbo al oeste» sólo significaba que todos los habitantes de Devonshire deseaban vivir en Cornualles. Oyó a Fanshaw decir que no había motivos para gastar bromas tan tontas, que no sólo los capitanes de Cornualles habían sido héroes, sino que seguían siéndolo: cerca del lugar donde estaban había un viejo almirante, ya retirado, marcado por emocionantes viajes llenos de aventuras. En su juventud había descubierto el último grupo de ocho islas del Pacífico que se añadió al mapamundi. Cecil Fanshaw era la encarnación viva del tipo de persona que generalmente impulsa esa clase de entusiasmos elementales pero agradables. Era muy joven, de pelo claro, tez sonrosada, y actitud vehemente. Una mezcla de temperamento de muchacho desafiante con una delicadeza física casi femenina. Flambeau, con sus anchos hombros, cejas negras y negro contoneo de mosquetero, era su opuesto.

Brown oía y veía todas estas trivialidades. Pero las oía como un hombre fatigado oye una melodía en el traqueteo del tren y las veía como un hombre enfermo ve los motivos ornamentales en el papel de las paredes de su habitación. Nadie puede calcular los cambios de humor en la convalecencia, pero la depresión del padre Brown debía de tener mucho que ver con su mera falta de familiaridad con el mar, porque a medida que la desembocadura

del río se estrechaba como el cuello de una botella y las aguas se encalmaban y el aire se templaba y se volvía más de la tierra, empezó a despertarse y a fijarse en las cosas como un bebé. Era el momento, justo después de la puesta del sol, en que el aire y el agua brillaban, pero la tierra y todo lo que en ella crecía parecían, en contraste, negros. Sin embargo, en ese atardecer concreto había algo excepcional. Era una de esas infrecuentes atmósferas en las que parece que se hubiera eliminado un cristal ahumado entre nosotros y la naturaleza, de manera que hasta los colores oscuros resultaban más brillantes que los colores vivos en días más nublados. La tierra pisoteada de las riberas y las manchas de turba en las lagunas no resultaban opacas sino que parecían de un ocre luminoso y los oscuros bosques que se agitaban bajo la brisa no parecían, como de costumbre, de un azul difuminado por su propia espesura o distancia sino que eran una masa confusa de una floración de vivo color violeta. Esta mágica nitidez e intensidad en los colores hizo aún mayor efecto en los sentidos de Brown, que se despertaban lentamente, debido a algo romántico e incluso secreto que había en la forma misma del paisaje.

El río era todavía lo bastante ancho y profundo como para un barco de recreo tan pequeño como el de ellos, pero las curvas del terreno sugerían que se iba estrechando en ambas riberas; los bosques parecían tratar débil e indecisamente de convertirse en puentes, como si el barco pasara de la aventura de un valle a la aventura de un túnel. Más allá del mero aspecto de las cosas poco había que pudiera alimentar la fantasía cada vez más despierta de Brown. No había más personas que unos cuantos gitanos que caminaban por la ribera del río, con haces de ramas y mimbres cortados en el bosque; y una visión, ya no inconventional pero todavía infrecuente en regiones tan remotas: una dama de cabellos oscuros, sin sombrero, remando sola en una canoa. Si el padre Brown prestó la menor atención a cualquiera de estas apariciones, lo cierto es que las olvidó nada más tomar la siguiente curva del río que les ofreció un objeto singular. El agua parecía ensancharse y partirse, hendida por la cuña oscura de una isleta pisciforme y boscosa. A la velocidad a la que navegaban, la isleta parecía nadar hacia ellos como un barco: un barco con una proa muy alta. En efecto, en la punta más próxima a ellos se levantaba una construcción de extraño aspecto, que no se parecía a nada que pudieran recordar o relacionar con algún propósito. No era particularmente alta, pero era demasiado alta, en relación con su anchura, para ser llamada otra cosa que no fuera una torre. Sin embargo, parecía estar hecha toda de madera, de la forma más excéntrica y desigual. Algunas de las tablas y vigas eran de roble envejecido de excelente calidad; otras, de madera tosca y recién cortada; otras eran de pino blanco y otras muchas más del mismo tipo de madera pintada de negro con alquitrán. Estas vigas negras estaban colocadas torcidas o atravesadas en los ángulos más absurdos, dando al conjunto una apariencia irregular y chocante. Había una o dos ventanas, que parecían haber sido coloreadas y emplomadas según un estilo anticuado pero más elaborado. Los viajeros lo contemplaron con esa sensación de desconcierto que tenemos cuando algo nos recuerda a algo y, sin embargo, estamos seguros de que se trata de algo completamente diferente.

El padre Brown, incluso cuando estaba perplejo, era muy capaz de analizar inteligentemente su propia perplejidad. Y se encontró reflexionando que lo extraño parecía consistir en una forma concreta construida con un material inadecuado, como si uno viera un sombrero de copa hecho de hojalata o una levita hecha con tela escocesa a cuadros. Estaba seguro de haber visto maderas de diferentes colores dispuestas de esa manera en alguna parte, pero nunca en tales dimensiones arquitectónicas. Un instante después vislumbró entre los oscuros árboles algo que le explicó todo lo que quería saber. Se echó a

reír. A través de un hueco en el follaje apareció durante un momento una de esas viejas casas de madera, con la fachada cubierta de vigas negras, que todavía se encuentran aquí y allá en Inglaterra, pero que la mayoría de nosotros sólo ve imitadas en espectáculos que llevan por título «El viejo Londres» o «La Inglaterra de Shakespeare». Se mantuvo visible sólo lo bastante como para que el cura viera que, por anticuada que fuera, se trataba de una casa de campo cómoda y cuidada, con macizos de flores en la parte delantera. No tenía ningún parecido con la moteada y absurda torre, que parecía estar hecha con los restos de la casa.

—¿Qué diablos es eso? —dijo Flambeau, que todavía miraba la torre.

Los ojos de Fanshaw brillaban mientras decía con voz triunfante:

—¡Ah! No han visto ustedes nunca un lugar como éste, estoy seguro. Por eso los he traído aquí, amigo mío. Ahora verán ustedes si he exagerado sobre los marineros de Cornualles. Este lugar pertenece al viejo Pendragon, a quien llamamos el almirante, aunque se retiró antes de alcanzar esa graduación. El espíritu de Raleigh y de Hawkins es un recuerdo para las gentes de Devonshire, pero es un hecho actual para los Pendragon. Si la reina Isabel resucitara hoy y remontara este río en una barcaza dorada, sería recibida por el almirante en una casa exactamente igual a las que estaba acostumbrada, desde cada rincón y ventana, hasta cada panel en las paredes o la vajilla en la mesa. Y encontraría a un capitán inglés hablando aún vehementemente de nuevas tierras que se podían encontrar con barcos pequeños, igual que si hubiera cenado con Drake.

—Encontraría una cosa bien rara en el jardín —dijo el padre Brown— que no habría complacido a sus ojos renacentistas. La arquitectura doméstica isabelina es encantadora en su estilo, pero no está en su naturaleza manifestarse en forma de torres.

—Y, sin embargo —respondió Fanshaw—, ésa es la parte más romántica e isabelina del asunto. Fue construida por los Pendragon en plena guerra contra España. Y aunque ha necesitado ser reparada e incluso reconstruida por otra razón, siempre se ha respetado la concepción original. La tradición dice que la esposa de sir Peter Pendragon la construyó en este lugar y de la altura que tiene porque desde lo alto se puede divisar la revuelta que toman los navíos para entrar en la desembocadura del río y ella deseaba ser la primera en ver el barco de su marido cuando regresaba de la guerra contra España.

—¿Por qué otra razón —preguntó el padre Brown— dice usted que fue reconstruida?

—Ah, ésa es una historia también muy extraña —respondió con regodeo el joven caballero—. Están ustedes verdaderamente en una región de historias extrañas. Es la tierra del rey Arturo y de Merlín y las hadas antes que él. La leyenda dice que sir Peter Pendragon, quien, mucho me temo, tenía algunos de los defectos de los piratas, así como las virtudes del hombre de mar, traía a casa a tres caballeros españoles, en calidad de honorables cautivos, con la intención de escoltarlos hasta la corte de Isabel. Pero era un hombre de temperamento exaltado y feroz y tuvo una disputa verbal con uno de ellos, en el curso de la cual lo cogió por el cuello y lo tiró, accidental o deliberadamente, al mar. Un segundo español, hermano del primero, desenvainó en el acto su espada y se lanzó contra Pendragon y tras una corta pero encarnizada pelea, en la que ambos recibieron tres heridas en otros tantos minutos, Pendragon atravesó al español con su espada y se deshizo de él. Para entonces el barco había entrado ya en la desembocadura del río y estaba cerca de aguas menos profundas. El tercer español se lanzó por la borda, se dirigió a la costa y pronto estuvo lo bastante cerca de ella como para caminar con el agua por la cintura. Y volviéndose hacia el barco, levantó ambos brazos al cielo, como un profeta invocando la llegada de una plaga para castigo de una ciudad malvada. Increpó a Pendragon con voz

penetrante y terrible, diciendo que él al menos estaba todavía vivo, que seguiría viviendo, que viviría para siempre y que generación tras generación la casa de Pendragon no lo volvería a ver ni a él ni a los suyos, pero que sabrían por ciertos signos que él y su venganza seguían vivos. Dicho esto, se zambulló bajo la corriente y o bien se ahogó o bien nadó tanto rato bajo el agua que nadie volvió a verlo nunca más.

—Ahí vuelve la joven de la canoa —dijo Flambeau sin venir a cuento (las jóvenes hermosas siempre lo apartaban de cualquier otro tema)—. Parece inquietarle la extraña torre tanto como a nosotros.

En efecto, la joven morena dejaba que su canoa flotase lentamente y pasó silenciosamente la extraña isleta, mientras miraba fijamente a la insólita torre, con una fuerte expresión de curiosidad en su rostro ovalado y cetrino.

—Déjese usted de jóvenes —dijo Fanshaw con impaciencia—. Hay muchas en todas partes, pero no hay muchas cosas como la torre de Pendragon. Como puede usted suponer fácilmente, la maldición del español suscitó una buena cantidad de supersticiones y escándalos. Y, sin duda, como ustedes dirían, cualquier accidente que ocurriera a esta familia se relacionaría con ella, gracias a la credulidad rural. Pero es absolutamente cierto que esta torre se ha incendiado dos o tres veces y la familia no puede ser considerada afortunada, ya que más de dos parientes próximos del almirante, según creo, han muerto en naufragios. Y uno, por lo menos, según me consta, prácticamente en el mismo sitio en el que sir Peter lanzó por la borda al español.

—¡Qué lástima! —exclamó Flambeau—. Se va la joven.

—¿Cuándo le contó a usted la historia de su familia su amigo el almirante? —preguntó el padre Brown, mientras la muchacha de la canoa se alejaba remando, sin mostrar la menor intención de interesarse por el yate, que Fanshaw había anclado junto a la isla.

—Hace muchos años —replicó Fanshaw—. Hace ya bastante tiempo que no se hace a la mar, aunque le gusta tanto como siempre. Creo que hay un acuerdo familiar o algo así. Bueno, aquí está el desembarcadero. Vayamos a tierra a ver al viejo almirante.

Lo siguieron isla adentro, justo bajo la torre, y el padre Brown, bien debido al mero contacto con la tierra firme, bien por el interés de algo que había en la otra orilla del río y que contempló fijamente durante unos segundos, parecía haber recuperado notablemente su vitalidad. Entraron en una avenida boscosa entre dos barreras de arbustos delgados y grisáceos, del tipo que a menudo cercan los parques o los jardines y por encima de las cuales se veían árboles oscuros que se agitaban como plumas negras y purpúreas sobre el ataúd de un gigante. La torre, que habían dejado atrás, parecía aún más extraña, porque ese tipo de avenidas suelen estar flanqueadas en la entrada por dos torres; y la asimetría se hacía notar. Por lo demás, la avenida tenía el aspecto habitual de los accesos a la propiedad de un caballero. Y al ser tan curva, no permitía ver la casa en ese momento, por lo que parecía un bosque mucho mayor de lo que era en realidad, dadas las dimensiones de la isla. El padre Brown, fatigado aún, tendía un poco a imaginar cosas raras, porque por un instante le pareció que todo el lugar crecía, como en una pesadilla. En cualquier caso, la única característica de su marcha era una monotonía mística, hasta que Fanshaw se detuvo de repente, señalando a algo que sobresalía del seto gris, algo que, a primera vista, parecía el cuerno prisionero de alguna fiera. Al mirarlo con más atención, se dieron cuenta de que era una hoja de metal, ligeramente curva, que brillaba débilmente a la luz cada vez más tenue del crepúsculo.

Flambeau, que, como todos los franceses, había sido un soldado, se inclinó sobre ella y dijo con voz sorprendida:

—¡Pero si es un sable! Me parece que sé de qué clase, pesado y curvo, pero más corto que los de caballería. Solían usarlos en artillería y...

Se interrumpió al ver que la hoja desaparecía de la ranura que había hecho y reaparecía con un golpe más fuerte, rasgando el seto fisisparo hasta el suelo, con un ruido desgarrador. Luego volvió a desaparecer, brilló sobre el seto unos pies más allá y volvió a rajarlo hasta la mitad de un solo golpe. Y después de revolverse un poco para salir de él, mientras se oían maldiciones en la oscuridad, volvió a rajarlo hasta el suelo de un segundo golpe. Luego un empujón de fuerza brutal tiró al suelo el cuadrado entero de ramas delgadas, que cayó sobre el camino y quedó un amplio y oscuro hueco de maleza en el seto.

Fanshaw escudriñó el oscuro hueco y lanzó una exclamación de asombro:

—¡Mi querido almirante! ¿Se dedica usted a... a cortar una nueva puerta cada vez que quiere dar un paseo?

La voz en la penumbra lanzó otro juramento y luego se oyó una risa jovial.

—No —se oyó responder—. La verdad es que tenía que cortar este seto como fuera, estaba estropeando todas las plantas y nadie más puede hacerlo. Pero cortaré sólo un trocito más de puerta y luego saldré para darles la bienvenida.

Y en efecto, levantó su arma una vez más y de dos tajos dejó caer otro trozo similar de seto, con lo que el hueco tenía una anchura total de unos catorce pies. Luego atravesó esta puerta forestal y salió a la luz del atardecer, con un trozo de madera gris adherido a la hoja de la espada.

A primera vista, el personaje cumplía todos los requisitos de la fábula de Fanshaw sobre un viejo almirante pirata, aunque después los detalles parecían descomponerse en accidentes. Por ejemplo, llevaba un sombrero de ala ancha para protegerse del sol, pero la parte delantera estaba levantada, formando lateralmente dos picos que le llegaban más abajo de las orejas, de modo que parecía una media luna, como el viejo tricornio de Nelson. Llevaba una chaqueta azul oscuro corriente, sin nada especial respecto de los botones, pero combinada con los pantalones de lino blanco, tenía un cierto aire marinero. Era alto y destartalado y caminaba con una especie de balanceo, que no era el de los marineros, pero lo recordaba vagamente. Y llevaba en la mano un sable corto, que era como un machete marinero, aunque dos veces más grande. Bajo el puente del sombrero, su rostro aguileño parecía ansioso, sobre todo porque iba completamente afeitado y no tenía cejas. Parecía casi como si todo el pelo hubiera desaparecido de la cara a fuerza de hacerle atravesar una multitud de elementos. Tenía ojos saltones y escrutadores. Su tez era de un color curiosamente atractivo, en parte tropical, que recordaba vagamente a las naranjas sanguinas. Es decir, que aunque era saludable y sonrosado, había un tono amarillento que no daba la impresión de enfermedad, sino que más bien relucía como las doradas manzanas de las Hespérides. El padre Brown pensó que nunca había visto una figura más representativa de todas las leyendas de aventuras sobre los países del sol.

Cuando Fanshaw hubo presentado a sus dos amigos a su anfitrión, volvió a burlarse amistosamente de éste por el destrozo del seto y su aparente furia, manifestada en la sarta de juramentos que había soltado. El almirante, al principio, le quitó importancia al asunto, tratándolo como un trabajo de jardinería necesario y fastidioso, pero finalmente, en su voz risueña, volvió a aparecer una nota de energía y exclamó con una mezcla de impaciencia y buen humor.

—Bueno, quizás lo hago con demasiada furia y siento un cierto placer en romper cualquier cosa. También lo sentiría usted si su único placer fuera navegar para encontrar nuevas islas Caníbal y tuviera que limitarse a permanecer en esta laguna rústica con sus

rocas fangosas. Cuando recuerdo cómo he llegado a cortar milla y media de jungla verde y venenosa con un viejo alfanje mucho menos afilado que éste y cuando recuerdo que me tengo que quedar aquí y cortar esa madera de cerillas todo debido a un viejo y maldito pacto garrapateado en una Biblia familiar, entonces...

Levantó de nuevo el pesado acero. Y esta vez rajó de un solo golpe el seto de madera de arriba abajo.

—Así es como me siento —dijo riéndose, pero lanzando con furia la espada a varias yardas de distancia camino abajo—. Y ahora vayamos a la casa. Tienen ustedes que cenar algo.

El semicírculo de césped que había delante de la casa estaba adornado con tres macizos circulares de flores, uno de tulipanes rojos, otro de tulipanes amarillos y el tercero de unas flores blancas, que parecían de cera, que los visitantes no conocían y suponían exóticas. Un jardinero robusto, peludo y de aire hosco estaba colgando una pesada manga de riego. Los extremos del sol poniente que parecían enredarse en los extremos de la casa permitían entrever aquí y allá los colores de otros macizos más alejados y en una zona sin árboles que había en un costado de la casa dando al río se levantaba un trípode metálico de gran tamaño que sostenía un telescopio de bronce de gran tamaño. Justo fuera de los escalones del porche había una mesita de jardín pintada de verde, como si alguien acabara de tomar el té en ella. La entrada estaba flanqueada por dos de esas moles de piedra medio informes, con agujeros a modo de ojos, que dicen que son ídolos de los mares del Sur. Y en la viga de roble oscuro que atravesaba el dintel había labradas unas formas confusas que tenían casi el mismo y bárbaro aspecto.

Al ir a entrar en la casa, el pequeño clérigo saltó a la mesa y desde ella estudió con toda tranquilidad a través de sus anteojos las molduras de la viga.

El almirante Pendragon parecía atónito, aunque no especialmente fastidiado, mientras que Fanshaw estaba tan divertido con lo que parecía un pigmeo actuando sobre su pequeño escenario que no pudo dominar la risa. Pero el padre Brown no se daba cuenta ni de la risa ni del asombro.

Se dedicaba a observar tres símbolos labrados en la madera, los cuales, aunque muy desgastados y oscuros, parecían tener algún sentido para él. El primero parecía ser el trazado de una torre u otro edificio, coronado con algo que parecía una guirnalda rizada. El segundo estaba más claro: una vieja galera isabelina, con olas muy decorativas bajo ella, pero cortada en el medio por una curiosa roca dentada, que o bien era una falla de la madera o bien una representación convencional del agua que entraba en el navío. El tercero representaba la parte superior de una figura humana, terminando con una línea festoneada como las olas; el rostro estaba borroso, sin rasgos, y ambos brazos aparecían rígidos y levantados al aire.

—Bien —murmuró parpadeando el padre Brown—, aquí está, bien clara, la leyenda del español. Aquí está con los brazos levantados, lanzando su maldición en el mar. Y aquí están las dos maldiciones: el barco naufragado y el incendio de la torre de Pendragon.

Pendragon sacudió la cabeza con cierto aire de venerable diversión y dijo:

—¿Y cuántas otras cosas podría ser? ¿No sabe usted que esa especie de medio hombre, como un medio león o un medio ciervo es muy común en la heráldica? ¿No podría ser esa línea que atraviesa el barco una de esas rayas parti-per-pale, en zigzag, creo que lo llaman? Y aunque la tercera figura no es tan heráldica, sería más heráldico imaginar una torre coronada de laurel que incendiada, y eso es lo que parece.

—Pero parece bastante extraño —dijo Flambeau— que confirme tan exactamente la vieja leyenda.

—Ah —replicó el escéptico navegante—, pero usted no sabe hasta qué punto la vieja leyenda puede haberse forjado a partir de esas viejas figuras. Además, no es la única leyenda antigua. Fanshaw, que es aficionado a esas cosas, podrá decirle a usted que hay otras versiones de la historia y mucho más horribles. Una historia atribuye a mi infortunado antepasado el mérito de haber cortado en dos al español; y eso encajaría también en el cuadro. Otra concede generosamente a nuestra familia la posesión de una torre llena de serpientes, lo que explicaría esas cosas serpenteantes que aparecen aquí. Y una tercera teoría supone que la raya torcida sobre el barco es una representación convencional de un rayo. Pero eso sólo, si se examina seriamente, mostraría el poco alcance de estas desdichadas coincidencias.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Fanshaw.

—Da la casualidad —replicó tranquilamente su anfitrión— de que no hubo truenos ni relámpagos en los dos o tres naufragios de los que tengo noticia en nuestra familia.

—¡Oh! —exclamó el padre Brown, y saltó al suelo desde la mesita.

Hubo otro silencio, roto sólo por el murmullo continuo del río; luego Fanshaw dijo con un tono dudoso y algo decepcionado:

—Entonces, ¿usted no cree que haya nada de cierto en las historias acerca de la torre en llamas?

—Están los propios cuentos, desde luego —dijo el almirante encogiéndose de hombros—; y algunos de ellos, no lo niego, se basan en testimonios bastante fiables. Alguien vio un fuego por esta zona, por ejemplo, mientras atravesaba un bosque; algún pastor de ovejas en las tierras altas del interior creyó ver una llama sobre la torre de Pendragon. Bueno, un trozo de barro húmedo como esta maldita isla parece el último lugar en que uno pensara en un incendio.

—¿Qué es ese fuego que hay allá? —preguntó el padre Brown con suave rapidez, señalando a los bosques en la ribera izquierda. Todos se quedaron desconcertados y Fanshaw, más imaginativo, incluso tuvo cierta dificultad para recuperar la calma, al ver una larga y delgada humareda azul que ascendía silenciosamente hacia los últimos resplandores del crepúsculo.

Entonces Pendragon se echó a reír de nuevo desdeñosamente:

—¡Gitanos! —dijo—. Llevan acampados ahí una semana más o menos. Caballeros, necesitan ustedes cenar. —Y dio media vuelta con intención de entrar en la casa.

Pero la vieja actitud supersticiosa aún subsistía en Fanshaw, quien dijo apresuradamente:

—Pero, almirante, ¿qué es ese silbido junto a la isla? Se parece mucho al ruido que hace el fuego.

—Se parece más a lo que es —dijo el almirante riendo y abriendo la marcha—, es sólo una canoa que pasa junto a la isla.

En ese momento, el mayordomo, un hombre delgado vestido de negro, con pelo muy oscuro y un rostro muy alargado y amarillento, apareció en el umbral y le dijo que la cena estaba servida.

El comedor era tan náutico como un camarote, pero correspondía más al estilo moderno que el isabelino capitán. Ciertamente, había tres alfanjes antiguos colgados sobre la chimenea y un apergaminado mapa del siglo XVI con tritones y barquitos diseminados sobre un mar ondulado. Pero esos objetos destacaban menos sobre las blancas paredes que

unas vitrinas con pájaros sudamericanos de extraños colores, muy científicamente disecados, conchas fantásticas del Pacífico y varios instrumentos de forma rudimentaria y extraña, como podrían haber usado los salvajes para matar a sus enemigos o para cocinarlos. Pero lo más exótico de todo estaba representado por el hecho de que además del mayordomo, los únicos sirvientes del almirante eran dos negros, curiosamente vestidos con uniformes muy ceñidos de color amarillo. La manía instintiva del sacerdote de analizar sus propias impresiones le dijo que el color y los escuetos y bien cortados faldones de estos bípedos sugerían la palabra «Canario» y gracias a un sencillo juego de palabras los relacionaba con viajes por mares meridionales. Hacia el final de la cena, las ropas amarillas y los negros rostros abandonaron la habitación, quedando sólo las negras ropas y el amarillo rostro del mayordomo.

—Lamento que se tome usted este asunto tan a la ligera —dijo Fanshaw al anfitrión—, porque la verdad es que he traído a estos amigos míos con la idea de que le ayudaran a usted, ya que saben mucho de estas cosas. ¿No cree usted realmente en la historia de la familia?

—No creo en nada —respondió bastante tajantemente Pendragon, mirando con ojos brillantes a un pájaro tropical de color rojo—. Soy un hombre de ciencia.

Ante la sorpresa de Flambeau, el sacerdote, que parecía haberse despertado del todo, recogió la digresión y empezó a hablar de historia natural con su anfitrión con fluidez y un inesperado conocimiento de la materia hasta que sirvieron el postre y los licores y hubo desaparecido el último criado. Luego, sin alterar el tono de voz, dijo:

—Por favor, no lo tome usted como una impertinencia, almirante Pendragon. No pregunto por curiosidad, sino para orientarme y serle útil a usted. ¿Me equivoco al pensar que no le gusta a usted que se hable de esas viejas leyendas en presencia de su mayordomo?

El almirante levantó sus cejas peladas y exclamó:

—Bueno, no sé de dónde lo ha sacado usted, pero la verdad es que no puedo soportar a ese hombre, aunque no tengo pretextos para despedir a un viejo servidor de la familia. Fanshaw, con sus historias fantásticas, diría que mi sangre se altera a la vista de hombres morenos de aspecto español.

Flambeau golpeó la mesa con su pesado puño:

—¡Cáspita! —exclamó—. ¡La joven también tenía pelo negro!

—Espero que todo acabará esta noche —continuó el almirante—, cuando mi sobrino regrese sano y salvo de su barco. Parecen ustedes sorprendidos. No lo entenderán, me parece, a no ser que les cuente la historia. Verán: mi padre tuvo un hijo que se hizo marino como todos nosotros y que heredará la propiedad. Pues bien, mi padre era un hombre extraño, que combinaba en cierta manera las creencias supersticiosas de Fanshaw con una gran dosis de mi propio escepticismo, en continuo conflicto entre ambas tendencias. Y tras mis primeros viajes, se obsesionó con la idea de que probaría de una vez por todas si la maldición era verdadera o una superchería. Si todos los Pendragon navegaban de aquí para allá, pensaba que había demasiadas oportunidades para que ocurrieran catástrofes naturales que nada probarían. Pero si nos hacíamos a la mar uno a uno, en estricto orden de sucesión a la propiedad, pensaba que se podría ver si había un hado que afectaba a la familia como tal. Era una idea tonta, a mi entender, y yo me peleé con mi padre bastante acaloradamente por ello, porque yo era un hombre ambicioso y quedaba en último lugar, al ser yo el heredero de mi propio sobrino.

—Y su padre y su hermano —dijo el cura muy suavemente— murieron en el mar, me temo.

—Sí —gruñó el almirante—, a causa de uno de esos brutales accidentes sobre los que se construyen todas las mitologías de la humanidad, ambos naufragaron. Mi padre, al remontar la costa desde el Atlántico, naufragó contra estas rocas de Cornualles. El barco de mi hermano se hundió, no se sabe dónde, en el viaje de regreso desde Tasmania. No se encontró nunca su cuerpo. Insisto en que se trataba de accidentes perfectamente naturales. Otra mucha gente se ahogó además de los Pendragon y ambos desastres fueron comentados de forma natural por los navegantes. Pero, por supuesto, esos accidentes alentaron las supersticiones y la gente veía la torre incendiada en todas partes. Por eso digo que todo se arreglará cuando Walter regrese. La joven con la que se va a casar iba a venir hoy, pero yo tenía tanto miedo de que un retraso fortuito pudiera asustarla que le telegrafíé diciéndole que no viniera hasta tener noticias más. Pero es prácticamente seguro que llegará esta noche y todo se desvanecerá como el humo, humo de tabaco. Daremos cuenta de esa vieja mentira cuando demos cuenta de una botella de este vino.

—Muy buen vino —dijo el padre Brown, levantando gravemente su copa—, pero, como puede usted ver, soy un pésimo bebedor de vino. Le ruego encarecidamente que me disculpe. —En efecto, había manchado el mantel con una gotita de vino. Bebió y dejó la copa sobre la mesa con rostro impertérrito, pero su mano se había movido con sobresalto en el mismo momento en que se había dado cuenta de que, justo detrás del almirante, había un rostro que miraba por la ventana del jardín, el rostro de una mujer, cetrino, con pelo y ojos meridionales, joven, pero que parecía la máscara de la tragedia.

Tras una pausa, el cura volvió a hablar con su suave tono habitual.

—Almirante —dijo—, ¿me haría usted un favor? Permítame, y a mis amigos si lo desean, pasar la noche en esa torre. Sólo esta noche. ¿Sabe usted que en mis actividades profesionales uno es un exorcista antes que cualquier otra cosa?

Pendragon se puso en pie de un salto y empezó a dar vueltas rápidamente delante de la ventana, de la cual había desaparecido el rostro instantáneamente.

—Pero ya le digo que no hay nada de cierto en eso —exclamó, con tono violento—. Hay una cosa que sí sé sobre este asunto. Puede usted llamarme ateo. Soy ateo. —Se volvió bruscamente y miró al padre Brown con un gesto de concentración que daba miedo—. Este asunto es completamente natural. No existe la maldición.

El padre Brown sonrió:

—En ese caso no puede haber ninguna objeción a que yo duerma en su encantadora casa de verano.

—La idea es completamente ridícula —replicó el almirante, golpeando con los dedos el respaldo de su silla.

—Por favor, perdone mi proceder —dijo el padre Brown con su tono más comprensivo—, incluido el haber derramado el vino. Pero me parece que no está usted tan seguro respecto de la torre incendiada como quiere aparentar.

El almirante Pendragon se sentó de nuevo tan bruscamente como se había levantado. Se quedó muy quieto y cuando volvió a hablar lo hizo en voz más baja.

—Hágalo usted a sus propios riesgos —dijo—, pero ¿no sería usted ateo para lograr mantenerse cuerdo en medio de todas estas historias diabólicas?

Unas tres horas después, Fanshaw, Flambeau y el cura seguían paseando por el jardín a oscuras y los dos primeros empezaron a sospechar que el padre Brown no tenía la menor intención de irse a la cama ni en la torre ni en la casa.

—Me parece que el césped está lleno de malas hierbas —dijo soñadoramente—. Si pudiera encontrar una escarda o algo parecido yo mismo lo limpiaría.

Los otros lo siguieron, medio riendo, medio gruñendo, pero él respondió con la mayor solemnidad, explicándoles con un irritante sermoncillo que uno siempre puede encontrar una ocupación sencilla que resulte útil a los demás. No encontró una escarda, pero sí un viejo escobón hecho de ramas pequeñas, con el cual empezó a barrer enérgicamente las hojas caídas en la hierba.

—Siempre hay alguna cosita que hacer —dijo con boba animación—. Como dice George Herbert, «quien barre el jardín de un almirante en Cornualles, por Tus leyes hace que eso y la acción sean algo hermoso». Y ahora —añadió, arrojando de golpe la escoba—, vamos a regar las flores.

Con los mismos sentimientos encontrados, sus compañeros contemplaron cómo desenrollaba una buena parte de una larga manga de riego, diciendo con aire reflexivo:

—Primero los tulipanes rojos, creo yo. Parecen algo secos, ¿no creen ustedes?

Abrió el grifo de la manguera y el agua saltó en línea recta, tan sólidamente como si fuera una larga cinta de acero.

—Cuidado, Sansón —exclamó Flambeau—. Ha partido usted el tulipán.

El padre Brown miró desconsoladamente la decapitada planta.

—Mi forma de regar parece que es de las que curan o matan —admitió, rascándose la cabeza—. Me imagino que es una pena no haber encontrado una escarda. ¡Tendrían que verme trabajar con la escarda! Hablando de herramientas, ¿tiene ese bastón de estoque que siempre lleva usted, Flambeau? Muy bien. Y sir Cecil podría usar esa espada que el almirante arrojó junto al seto. ¡Qué verde está todo!

—Se está levantando la bruma en el río —dijo el sorprendido Flambeau.

En ese momento apareció la gigantesca figura del peludo jardinero en la parte más elevada del césped, que estaba diseñado en terrazas y surcos, interpelándolos con voz tonante mientras blandía un rastrillo:

—¡Dejen la manga de riego! —gritó—. ¡Dejen la manga y váyanse a...!

—Soy de lo más torpe que existe —replicó el reverendo señor débilmente—. Verá usted, derramé vino en la cena. —Hizo un vacilante movimiento circular de disculpa hacia el jardinero, con la manga de riego en la mano, de la que seguía manando agua. El jardinero recibió un golpe frío de agua en pleno rostro, como si fuera un cañonazo, se tambaleó, se escurrió y cayó al suelo con los pies agitándose al aire.

—¡Qué terrible! —dijo el padre Brown, mirando a su alrededor con una especie de perplejidad—. ¡Pero si he golpeado a un hombre!

Se quedó un momento con la cabeza inclinada hacia delante como si mirara o escuchara algo y luego se dirigió con un leve trote hacia la torre, arrastrando tras él la manga de riego. La torre estaba muy cerca, pero su silueta se distinguía mal, curiosamente.

—La bruma del río a la que usted se refería tiene un olor bien extraño —dijo.

—¡Lo tiene, vive Dios! —exclamó Flambeau, que había palidecido—. Pero no querrá usted decir que...

—Quiero decir —dijo el padre Brown— que una de las predicciones científicas del almirante se cumplirá esta noche. Esta historia terminará convertida en humo.

Mientras pronunciaba estas palabras, se vio estallar una luz de color rosa rojizo de gran belleza, como una rosa gigantesca que hubiera florecido de repente, pero acompañada de un ruido crepitante que se parecía a la risa de los demonios.

—¡Dios mío! ¿Qué es esto? —exclamó sir Cecil Fanshaw.

—El signo de la torre incendiada —dijo el padre Brown, y orientó el chorro de la manguera hacia el centro de la zona.

—¡Qué suerte que no nos hayamos ido a la cama! —exclamó Fanshaw—. Espero que no alcance a la casa.

—Recuerde usted —dijo en voz baja el cura— que el seto de madera que podría haber propagado el fuego fue cortado.

Flambeau volvió sus asombrados ojos hacia su amigo, pero Fanshaw se limitó a decir con tono bastante ausente:

—Bueno, en cualquier caso, no matará a nadie.

—Esta es una torre bastante curiosa —observó el padre Brown—. Cuando se trata de matar a alguien, siempre mata a gente que está en otra parte.

Al mismo tiempo, la monstruosa figura del jardinero, con la barba chorreando se puso de nuevo en pie sobre la verde cresta de césped, destacando contra el cielo, haciendo gestos de llamada a otras personas: pero ahora no blandía un rastrillo sino un alfanje. Tras él aparecieron los dos negros, llevando también alfanjes procedentes del juego de la casa. Pero en el resplandor rojo sangre, con sus negros rostros y amarillas vestimentas parecían dos demonios portadores de instrumentos de tortura. En el jardín en penumbra tras ellos se oyó una voz distante que daba órdenes cortantes. Cuando el sacerdote oyó la voz, su expresión cambió de una manera terrible.

Pero se mantuvo tranquilo y no apartó los ojos de las llamas que habían empezado por extenderse, pero que ahora parecían disminuir un poco mientras chisporroteaban bajo la larga lanza plateada de agua. Mantuvo el dedo en la boca de la manguera para orientar la dirección del chorro y no se ocupó de ninguna otra cosa, enterándose sólo por el ruido y por el semiinconsciente rabillo del ojo de los emocionantes incidentes que empezaron a sucederse en el jardín de la isla. Dio dos breves instrucciones a sus amigos. Una fue la siguiente: «Reduzcan ustedes como puedan a esos tipos y átenlos, sean quienes sean. Hay cuerda ahí junto a esas gavillas. Quieren quitarme mi estupenda manguera». La otra fue: «En cuanto puedan, llamen a la muchacha de la canoa. Está en la otra orilla con los gitanos. Pregúntenle si pueden conseguir unos cubos y pasarlos aquí, con agua del río». Luego se calló y continuó regando la roja flor nueva tan implacablemente como había regado el tulipán rojo

No volvió ni una sola vez la cabeza para ver la extraña pelea que se produjo entre los enemigos y los amigos del misterioso fuego. Sintió cómo la isla casi se estremecía cuando Flambeau se enfrentó con el gigantesco jardinero; se limitó a imaginar cómo giraría en torno a ellos como un torbellino mientras peleaban. Oyó la ruidosa caída y el suspiro de triunfo de su amigo al correr hacia el primer negro; y los gritos de los dos negros cuando Flambeau y Fanshaw los ataron. La enorme fuerza de Flambeau inclinó claramente la suerte de la pelea a su favor, especialmente porque el cuarto hombre todavía se movía junto a la casa, percibido sólo como una sombra y una voz. Oyó también el agua golpeada por los remos de la canoa, la voz de la muchacha dando órdenes, las voces de los gitanos respondiendo y acercándose, el sonido de succión de los cubos vacíos lanzados a la corriente; y finalmente el sonido de muchos pies en torno al fuego. Pero todo esto le importaba menos que el hecho de que la roja grieta, que en los últimos momentos había vuelto a aumentar, había disminuido ligeramente una vez más.

Luego se oyó un grito que casi le hizo volver la cabeza. Flambeau y Fanshaw, apoyados ahora por algunos de los gitanos, se habían precipitado tras el misterioso hombre que se movía junto a la casa; y oyó desde el otro extremo del jardín el grito de horror y de sorpresa del francés. A su exclamación siguió un aullido que no podía llamarse humano, cuando ese ser logró escaparse de ellos y corrió por el jardín. Por lo menos tres veces

recorrió a toda velocidad la isla entera, de una manera tan horrible como la persecución de un loco, gritando espantosamente mientras sus perseguidores trataban de sujetarlo con unas cuerdas, pero en realidad era aún más horrible, porque se parecía en algo a un juego infantil de persecución. Luego, al ver que lo cercaban por todos lados, la extraña figura saltó a una de las partes más altas de la ribera y desapareció de una zambullida en el veloz curso del negro río.

—No pueden ustedes hacer nada más, me temo —dijo Brown con voz fría y dolorida—. Ya se habrá estrellado contra las rocas a estas alturas, donde dio muerte a tantos otros. Sabía cómo usar la leyenda familiar.

—Por favor, no nos hable con parábolas —exclamó impaciente Flambeau—. ¿No puede usted decir las cosas sencillamente, en palabras de una sílaba?

—Sí —respondió Brown sin perder de vista la manguera—: «Con los dos ojos bien abiertos, el barco está a salvo: con un ojo cerrado, se hunde.»

El fuego chisporroteaba y disminuía cada vez más, como estrangulado, haciéndose cada vez más estrecho gracias a la manguera y a los cubos, pero el padre Brown seguía vigilándolo mientras hablaba:

—Pensé en pedir a esta joven, si hubiera amanecido ya, que mirara por ese telescopio hacia la desembocadura del río y al propio río. Podría haber visto algo de sumo interés para ella: la enseña del barco o a Walter Pendragon regresando a casa y quizás incluso la figura del medio hombre, porque aunque es seguro que ahora está a salvo, bien puede haber ganado la costa. Ha estado a punto de sufrir otro naufragio y nunca se habría salvado si la dama no hubiera tenido la inteligencia suficiente para sospechar del telegrama del viejo almirante y hubiera venido para vigilarlo. No hablemos del viejo almirante. No hablemos de nada. Baste decir que cada vez que esta torre, con su resina de pino, se incendiaba, el resplandor en el horizonte parecía siempre la luz gemela del faro costero.

—Y así —dijo Flambeau— es como murieron el padre y el hermano. El malvado tío de las leyendas estuvo a punto de quedarse con la propiedad, después de todo.

El padre Brown no respondió; de hecho, no volvió a despegar los labios salvo para comentarios corteses intrascendentes, hasta que todos estuvieron a salvo en torno a una caja de cigarrillos en el camarote del yate. Se cercioró de que el fuego fallido había sido extinguido y luego se negó a detenerse más en ese sitio, aunque llegó a oír al joven Pendragon, escoltado por una multitud entusiasta, que trepaba por la ribera del río. Si hubiera sentido una curiosidad romántica habría podido recibir el agradecimiento del hombre del barco y de la muchacha de la canoa. Pero la fatiga se había apoderado de él una vez más y sólo hizo un gesto de asombro cuando Flambeau le dijo bruscamente que le había caído ceniza del cigarrillo en los pantalones.

—Eso no es ceniza del cigarro —dijo fatigadamente—. Es del fuego, pero no se han dado ustedes cuenta porque están fumando cigarrillos. Así es como sospeché por primera vez, vagamente, del mapa.

—¿Se refiere usted al mapa de Pendragon de las islas del Pacífico? —preguntó Fanshaw.

—Ustedes pensaron que era un mapa de las islas del Pacífico —respondió Brown—. Coloque usted una pluma, un fósil y un trozo de coral y todo el mundo pensará que se trata de algo exótico. Coloque usted la misma pluma con una cinta y una flor artificial y todo el mundo pensará que es el adorno de un sombrero de señora. Coloque usted la misma pluma junto a un tintero, un libro y una pila de papel de escribir y la mayoría de las personas jurarán que han visto una pluma para escribir. Igualmente, ustedes vieron ese mapa entre

pájaros tropicales y conchas marinas y pensaron que era un mapa de las islas del Pacífico. Era el mapa de este río.

—Pero ¿cómo lo sabe usted? —preguntó Fanshaw.

—Vi la roca que usted creía parecida a un dragón y la otra roca que parecía Merlín y...

—Parece haber visto usted un montón de cosas cuando veníamos —exclamó Fanshaw—. Creímos que estaba usted bastante abstraído.

—Estaba mareado —respondió sencillamente el padre Brown—. Me sentía horriblemente mal. Pero el sentirse horriblemente mal no significa que no se vean las cosas.

—Y cerró los ojos,

—¿Cree usted que muchos hombres las habrían visto? —preguntó Flambeau.

No obtuvo respuesta. El padre Brown se había dormido.

El dios de los Gongs

Era una de esas tardes destempladas y vacías de principios de invierno, cuando el día parece más de plata que de oro y más de peltre que de plata. Si resultaba deprimente en cien desoladas oficinas y soñolientos salones, era aún más deprimente en las planas costas de Essex, donde la monotonía se hacía aún más inhumana debido a que la rompía, muy de tarde en tarde, un farol que parecía menos civilizado que un árbol o un árbol que parecía más feo que un farol. Una ligera nevada se había medio derretido, quedando sólo unas cuantas manchas de nieve, que también parecían más plumizas que plateadas, una vez cubiertas por el sello de la escarcha. No había vuelto a nevar, pero por la orilla misma de la costa quedaba una banda de la nieve vieja, paralela a la pálida banda de la espuma del mar.

La línea del mar parecía helada, de tan vívida como resultaba, con su color azul violeta, como la vena de un dedo helado. En millas y más millas a la redonda no había más ser vivo que dos caminantes, que marchaban a buen paso, aunque uno tenía las piernas mucho más largas y daba unas zancadas mucho más largas que el otro.

No parecía un lugar o un momento muy adecuado para unas vacaciones, pero el padre Brown tenía pocas vacaciones y tenía que tomárselas cuando podía y siempre prefería, si era posible, tomarlas en compañía de su viejo amigo Flambeau, ex ladrón y ex detective. Al sacerdote se le había antojado visitar su vieja parroquia de Cobhole y a ella se dirigía, en dirección nordeste, por la costa.

Tras caminar una o dos millas más, se encontraron con que la costa empezaba a convertirse en un verdadero malecón, formando algo parecido a un paseo marítimo. Los feos faroles empezaron a hacerse más frecuentes y más ornamentados, aunque seguían siendo igual de feos. Media milla más allá, el padre Brown se sorprendió de ver primero pequeños laberintos de macetas sin flores, cubiertas con las plantas bajas, aplastadas y pálidas, que se parecen más a un pavimento de mosaico que a un jardín, colocadas entre escuálidos senderos ondulados salpicados de bancos con respaldos ondulados. Al padre Brown le pareció olisquear el ambiente de un cierto tipo de ciudad costera por la que no tenía particular afición y al mirar paseo adelante junto al mar vio algo que despejó todas sus dudas. En la distancia gris se levantaba el amplio estrado para la orquesta típico de las ciudades marítimas, semejante a una seta gigantesca con seis patas.

—Creo que nos acercarnos a un lugar de esparcimiento —dijo el padre Brown, subiéndose el cuello del abrigo y tapándose mejor el cuello con la bufanda de lana.

—Me temo —respondió Flambeau— que es un lugar de esparcimiento que poca gente busca en estos momentos. Tratan de animar estos sitios en invierno, pero nunca lo consiguen, salvo en Brighton y la ciudades de siempre. Esto debe de ser Seawood, me parece, el experimento de lord Pooley. Trajo a los cantantes sicilianos en Navidad y se habla de que se va a celebrar un gran combate de boxeo. Pero tendrán que tirar al mar todo este horrible lugar. Es tan deprimente como un vagón de tren abandonado.

Habían llegado al pie del estrado y el cura lo contemplaba con una curiosidad algo extraña, con la cabeza un poco inclinada hacia un lado, como un pájaro. Era el tipo de construcción convencional, bastante vulgar, propia de sus funciones: una cubierta plana, dorada aquí y allá, levantada sobre seis esbeltos pilares de madera pintada, todo ello erguido unos cinco pies por encima del paseo marítimo sobre una plataforma redonda de

madera como un tambor. Pero había algo fantástico en la nieve, combinada con algo artificial en el oro, que perseguía a Flambeau y a su amigo porque lo asociaban con algo que no lograban precisar, pero que sabían que era a la vez artístico y exótico.

—Ya lo tengo —dijo Flambeau por fin—. Es japonés. Es como esos caprichosos grabados japoneses, donde la nieve de la montaña parece azúcar y el dorado de las pagodas es como el dorado de un pastel de jengibre. Tiene exactamente el aspecto de un templete pagano.

—Sí —dijo el padre Brown—. Echemos un vistazo al dios. —Y con una agilidad totalmente inesperada en él, se izó de un salto sobre la plataforma.

—Bueno, de acuerdo —dijo Flambeau riéndose. Y un instante después su propia y gigantesca figura era visible en esa curiosa elevación.

A pesar de que la diferencia de altura era pequeña, en esos espacios abiertos daba la sensación de permitir ver cada vez más lejos a través de la tierra y del mar. Tierra adentro los pequeños jardines invernales se fundían con una maleza confusa y grisácea; más allá, en la distancia, se veían los graneros bajos y largos de una granja solitaria y más lejos aún, nada más que las extensas llanuras de East Anglia. En el mar no había velas ni señales de vida, salvo algunas gaviotas e incluso éstas parecían copos de nieve rezagados y parecían flotar más que volar.

Flambeau se volvió bruscamente al oír una exclamación detrás de él. Parecía venir de más abajo de lo esperable y dirigirse más a sus talones que a su cabeza. Sin poder evitar reírse de lo que veía, Flambeau tendió la mano en el acto: por alguna razón desconocida, la plataforma había cedido bajo el peso del padre Brown y el desdichado hombrecito había caído hasta el nivel del paseo marítimo. Era lo bastante alto, o lo bastante bajo, como para que sólo asomara la cabeza en el agujero de la madera rota, por lo que parecía la cabeza del Bautista sobre una bandeja. Su rostro tenía una expresión de desconcierto, como quizás la tuvo también en su momento San Juan Bautista.

Pero en seguida empezó a reírse.

—Esta madera debe de estar podrida —dijo Flambeau—. Aunque me parece extraño que aguante mi peso y que usted se haya colado por ella en la parte más debilitada. Déjeme que le ayude a salir.

Pero el curita miraba con expresión curiosa las esquinas y los bordes de la madera que suponían podrida y su ceño manifestaba preocupación.

—Venga —exclamó impaciente Flambeau, que seguía con su mano, grande y morena, extendida—. ¿No quiere usted salir?

El sacerdote sujetaba una astilla de madera entre el índice y el pulgar y no replicó inmediatamente. Por fin dijo pensativamente:

—¿Que si quiero salir? Pues no. Más bien creo que quiero entrar. —Y se zambulló en la oscuridad bajo el suelo de madera tan bruscamente que su sombrero de teja se quedó arriba, sobre las planchas de madera, sin cabeza que lo sujetara.

Flambeau miró una vez más hacia el interior y hacia el mar y una vez más no vio más que un mar tan invernal como la nieve y una nieve tan lisa como el mar.

De repente oyó tras él un ruido de pasos precipitados y el curita salió aguadamente del agujero más de prisa que había entrado. Su rostro ya no expresaba desconcierto sino más bien decisión y, quizás por efecto del reflejo de la nieve, parecía una pizca más pálido que de costumbre.

—¿Y bien? —preguntó su corpulento amigo—. ¿Ha encontrado usted al dios del templo?

—No —respondió el padre Brown—. He encontrado lo que a veces es más importante: el sacrificio.

—¿Qué demonios quiere usted decir? —exclamó muy alarmado Flambeau.

El padre Brown no respondió. Se quedó contemplando con el ceño fruncido el paisaje. Y de repente señaló con el dedo:

—¿Qué es esa casa que hay allí?

Siguiendo su dedo, Flambeau advirtió por primera vez las esquinas de un edificio más próximo que la granja, pero tapado casi totalmente por una hilera de árboles. Era un edificio amplio y estaba bastante apartado de la costa, pero el brillo de algún ornamento sugería que formaba parte del mismo proyecto de decoración que el estrado para la orquesta, los jardincillos y los bancos de hierro con respaldo ondulado.

El padre Brown bajó de un salto del estrado y su amigo lo siguió; y a medida que caminaban en dirección al edificio, los árboles se iban separando a derecha e izquierda, permitiendo ver un hotel pequeño y bastante vulgar, semejante a los que abundan en los lugares de veraneo, el hotel del Salón Bar, más que el Salón del Bar. Casi toda la fachada era de estuco dorado y cristal decorado y entre el gris paisaje marino y los grises árboles que parecían brujas, su cursilería tenía algo de espectral y melancólico. Ambos sintieron difusamente que si en ese establecimiento ofrecieran algo de comer o de beber, sería el jamón de cartón piedra y el vaso vacío de las representaciones teatrales.

En esto, sin embargo, no acertaron del todo. A medida que se acercaban al lugar, vieron frente al *bufé*, que aparentemente estaba cerrado, uno de los bancos de hierro de respaldo ondulado que habían adornado los jardines, pero mucho más largo, ya que ocupaba casi toda la extensión de la fachada. Probablemente estaba colocado de manera que los visitantes pudieran sentarse en él para contemplar el mar, pero uno no esperaba encontrarse a nadie ahí sentado con tan mal tiempo.

Sin embargo, justo delante de la parte más alejada de ellos había una mesita redonda de restaurante, sobre la que aparecía una botella pequeña de Chablis y una bandeja con almendras y pasas. En el banco, tras la mesa, estaba sentado un joven de cabellos oscuros, sin sombrero, que miraba al mar en un estado de sorprendente inmovilidad.

Pero aunque parecía una figura de cera cuando estaban a cuatro yardas de él, cuando estuvieron a tres yardas saltó como un muñeco de resorte y dijo con tono diferente aunque no servil:

—¿Quieren entrar, caballeros? No tengo personal en estos momentos, pero yo mismo les puedo servir algo sencillo.

—Muy agradecidos —dijo Flambeau—. ¿Así que es usted el propietario?

—Sí —dijo el hombre moreno, volviendo a adoptar parte de su actitud inmóvil—. Mis camareros son todos italianos y pensé que era justo que vieran cómo su compatriota vencía al negro, si es que realmente lo logra. ¿Están ustedes enterados de que se va a celebrar por fin la gran pelea entre Malvoli y Ned el Negro?

—Me temo que no tenemos tiempo de abusar de su hospitalidad —dijo el padre Brown—. Pero a mi amigo le encantaría tomar una copa de jerez para combatir el frío y brindar por el éxito del campeón latino.

Flambeau no entendía lo del jerez, pero no tenía nada que objetar, así que se limitó a decir afablemente:

—Muchas gracias.

—Jerez. Sí, señor, sin duda —dijo su anfitrión volviéndose hacia su hotel—. Perdónenme si les detengo unos minutos. Como ya les he dicho, no tengo personal... —Y se dirigió hacia las negras ventanas de su fonda, cerrada y apagada.

—Oh, en realidad no importa —empezó Flambeau.

Pero el hombre volvió a tranquilizarlo.

—Tengo las llaves —dijo—. Y podría encontrar el camino a oscuras.

—Yo no quise... —empezó el padre Brown.

Se vio interrumpido por una voz humana que gritaba desde las entrañas del hotel desierto. La voz, como un trueno, decía un nombre extranjero incomprensible y el propietario del hotel se movió más de prisa en dirección al lugar de donde salía la voz que antes en busca del jerez para Flambeau. Los testimonios probaron que el propietario, entonces y luego, nunca había dicho más que la verdad literal. Pero tanto Flambeau como el padre Brown han confesado a menudo que en todas sus aventuras (a menudo nada edificantes) nada les había helado la sangre tanto como esa voz de ogro, que resonaba de repente en un hotel silencioso y vacío.

—¡Mi cocinero! —exclamó apresuradamente el dueño—. Me había olvidado de mi cocinero. Está a punto de irse. ¿Jerez, señor?

Efectivamente, apareció en la puerta un enorme bulto blanco, con gorro y delantal blancos de cocinero, pero con el innecesario acento de un rostro negro.

Flambeau había oído decir frecuentemente que los negros resultaban buenos cocineros. Pero, sin poder precisar el porqué, había algo en el contraste de color y raza que aumentó su sorpresa de que el propietario del hotel respondiera a la llamada del cocinero y no éste a la llamada del propietario. Pero consideró que los cocineros son proverbialmente arrogantes y además el propietario había vuelto trayendo el jerez y eso es lo que importaba.

—Me extraña bastante —dijo el padre Brown— que haya tan poca gente en la playa con esta importante pelea anunciada. Sólo hemos tropezado con un hombre en todo este lugar.

El dueño del hotel se encogió de hombros.

—Vienen del otro lado de la ciudad, desde la estación, a tres millas de aquí. Sólo les interesa el deporte y se limitarán a dormir en un hotel. Después de todo, no es una época adecuada para tostarse en la playa.

—O en el banco —dijo Flambeau, señalando a la mesita.

—Yo tengo que vigilar —dijo el hombre del rostro inmóvil. Era un tipo tranquilo, de rasgos regulares, bastante cetrino. Sus ropas oscuras no tenían nada especial, salvo que su corbata negra llegaba muy arriba, como un alzacuello y se sujetaba con un alfiler de oro con una cabeza grotesca. Tampoco había nada notable en su rostro, a excepción de algo que era probablemente un mero tic nervioso: la costumbre de entrecerrar un ojo, dando la impresión de que el otro era más grande o quizás artificial.

El silencio que se produjo fue roto por el anfitrión:

—¿Dónde más o menos se encontraron ustedes con ese único hombre? —preguntó calmosamente.

—Curiosamente —respondió el cura—, cerca de aquí, justo al lado del estrado de la música.

Flambeau, que se había sentado en el largo banco de hierro para terminar su jerez, lo dejó sobre la mesa, se levantó y miró con asombro a su amigo. Abrió la boca para hablar y luego la volvió a cerrar.

—Curioso —dijo el hombre moreno pensativamente—. ¿Qué aspecto tenía?

—Estaba bastante oscuro cuando lo vi —empezó el padre Brown—, pero era...

Como ya se ha dicho, se puede probar que el dueño del hotel dijo la verdad exacta. Sus palabras, referentes a que el cocinero estaba a punto de salir, se cumplieron al pie de la letra, porque el cocinero apareció poniéndose los guantes en ese preciso instante.

Pero su aspecto era muy diferente de la confusa masa blanca y negra que habían visto un momento en el umbral. Iba vestido de pies a cabeza de la manera más llamativa. Llevaba en la ancha y negra cabeza un sombrero de copa negro ladeado, un sombrero que el ingenio francés compara con ocho espejos. Pero de alguna manera el negro era como el sombrero. Era también negro y, sin embargo, su reluciente piel reflejaba la luz en ocho o más ángulos. No es necesario decir que llevaba botines blancos y una banda blanca dentro del chaleco. La roja flor que llevaba en el ojal destacaba agresivamente, como si hubiera crecido allí de repente. Y en su forma de llevar el bastón en una mano y un cigarro en la otra había una cierta actitud que todos recordamos cuando hablamos de prejuicios raciales, una actitud inocente e insolente al mismo tiempo, como de bailarín negro.

—Algunas veces —dijo Flambeau, mirándolo mientras se alejaba— no me sorprende que los linchen.

—A mí nunca me sorprende una acción diabólica —dijo el padre Brown—. Pero, como decía —continuó mientras el negro que seguía poniéndose los guantes con ostentación, se alejaba a buen paso hacia la ciudad, extraña figura de *music-hall* en medio de un escenario gris y helado—, como decía, no podría describir muy minuciosamente al hombre, pero tenía patillas y bigotes floridos y anticuados, oscuros o teñidos, como en los retratos de los financieros extranjeros; en torno al cuello llevaba una larga bufanda color púrpura que flotaba al viento al caminar. Estaba sujeta en la garganta de modo muy parecido a como las niñeras sujetan los pañales de los niños, con un imperdible. Pero en este caso —añadió el cura contemplando plácidamente el mar— no era un imperdible.

El hombre sentado en el largo banco de hierro miraba también plácidamente hacia el mar. Ahora que estaba de nuevo tranquilo, Flambeau estaba seguro de que uno de sus ojos era, por naturaleza, más grande que el otro. Ahora tenía los dos bien abiertos y a Flambeau le daba la impresión de que el ojo izquierdo se agrandaba por momentos.

—Era un alfiler muy largo, de oro, con la cabeza tallada de un mono o algo así —continuó el cura— y estaba prendido de una manera bastante extraña... llevaba quevedos y un amplio y negro...

El hombre inmóvil continuó mirando al mar y sus ojos podrían haber pertenecido a dos hombres diferentes. De repente se movió veloz como un rayo.

El padre Brown estaba de espaldas a él y en ese instante podría haber caído de bruces, muerto.

Flambeau carecía de armas, pero sus grandes y morenas manos reposaban en el extremo del banco de hierro. La forma de sus hombros se alteró súbitamente y levantó el banco entero como el hacha de un verdugo a punto de caer. La mera altura del banco, que mantenía verticalmente, lo hacía parecer una larga escala de hierro por la que invitara a los hombres a trepar hasta las estrellas. Pero la larga sombra que proyectaba a la uniforme luz del crepúsculo le hacía parecer un gigante blandiendo la torre Eiffel. El desconocido se asustó de esa sombra, antes de asustarse del golpe del hierro, por lo que vaciló y esquivó el golpe y luego se precipitó dentro del hotel, dejando abandonada la daga plana y brillante que había dejado caer.

—Tenemos que salir de aquí en el acto —exclamó Flambeau, lanzado sobre la playa el gigantesco banco con furiosa indiferencia. Sujetó al curita por el codo y le hizo correr por

el gris y desnudo jardín trasero, al final del cual había una puerta cerrada. Flambeau la examinó con contenida impaciencia y luego dijo:

—La puerta está cerrada con llave.

En ese momento cayó una pluma negra de uno de los decorativos pinos, rozando el ala de su sombrero. Flambeau se sobresaltó más que con la pequeña y distante detonación que se había producido un momento antes. Luego se oyó otra detonación también distante y la puerta que trataba de abrir se estremeció debido a la bala que se incrustó en ella. Flambeau tomó aliento y empujó la puerta con sus poderosos hombros, haciendo saltar al mismo tiempo tres goznes y una cerradura, lo que le permitió salir al desierto sendero, portando la enorme puerta del jardín como Sansón llevó las puertas de Gaza.

Luego arrojó la puerta del jardín por encima del muro, en el mismo instante en que un tercer disparo levantaba nieve y polvo detrás de sus talones. Sin ceremonias, levantó al curita, se lo cargó a los hombros y echó a correr hacia Seawood tan rápido como se lo permitían sus largas piernas. No depositó en el suelo a su pequeño compañero hasta haber recorrido casi dos millas. No se podía decir que hubiera sido una escapatoria digna, a pesar del modelo clásico de Anquises, pero el rostro del padre Brown lucía una amplia sonrisa.

—Bueno —dijo Flambeau, tras un impaciente silencio, mientras reanudaban la marcha de modo más convencional a través de las calles de las afueras de la ciudad, donde no tenían por qué temer ningún ataque—. No sé qué significa todo esto, pero creo que puedo dar crédito a mis propios ojos y afirmar que no se encontró usted con el hombre al que describió con tanta precisión.

—Sí que lo encontré, en cierto modo —dijo Brown, mordiéndose un dedo con gesto nervioso—. De verdad que sí. Y estaba demasiado oscuro para verlo bien, porque fue bajo el estrado de la música. Pero me temo que no lo describí tan precisamente, después de todo, porque sus anteojos estaban rotos y caídos bajo su cuerpo y el largo alfiler de oro no estaba clavado en la bufanda púrpura sino en su corazón.

—Y supongo —dijo el otro en voz más baja— que el tipo del ojo de cristal tuvo algo que ver con ello.

—Yo tenía la esperanza de que sólo tuviera que ver un poco —respondió Brown con voz bastante preocupada— y puede que me haya equivocado en lo que hice. Actué impulsivamente. Pero temo que este asunto tiene raíces profundas y oscuras.

Atravesaron en silencio unas cuantas calles. Los faroles amarillos empezaban a encenderse en la fría y azulada luz crepuscular y era evidente que se acercaban a zonas más céntricas de la ciudad. En las paredes había carteles de vivos colores que anunciaban el combate entre los boxeadores Ned el Negro y Malvoli.

—Bueno —dijo Flambeau—. Yo nunca asesiné a nadie, ni siquiera en mi época de delincuente, pero casi simpatizo con cualquiera que lo haga en un lugar tan deprimente como éste. De todos los basureros de la creación, dejados de la mano de Dios, creo que los más tristes son los lugares como ese estrado, que quieren ser alegres pero resultan desoladores. Puedo imaginar perfectamente a un hombre morboso sintiendo que tiene que matar a su rival en la soledad e ironía de semejante atmósfera. Recuerdo un paseo que di una vez por las maravillosas colinas de Surrey, sin pensar en otra cosa más que en aulagas y calandrias, cuando salí a un vasto círculo de terreno y me encontré con una estructura enorme y muda, con fila tras fila de asientos, tan grande como un anfiteatro romano y completamente vacía. Un pájaro volaba lentamente sobre ella. Era el Gran Auditorio de Epsom. Y tuve la sensación de que nadie podía ser feliz en ese sitio nunca más.

—Es curioso que mencione usted Epsom —dijo el cura—. ¿Recuerda usted el llamado misterio de Sutton, porque dos de los sospechosos, dos heladeros, creo recordar, vivían en Sutton? Finalmente fueron puestos en libertad. Se encontró a un hombre estrangulado, se dijo, en los Downs cerca de esa región. Me consta, gracias a un policía irlandés amigo mío, que lo encontraron cerca del Gran Auditorio de Epsom, oculto nada más que por una de las puertas inferiores, que estaba abierta.

—Es raro —asintió Flambeau—. Pero más bien confirma mi idea de que estos lugares de diversión tienen un aspecto horriblemente solitario fuera de temporada, porque si no el hombre no habría sido asesinado allí.

—No estoy tan seguro de que... —empezó Brown y se calló.

—¿No está usted seguro de que fuera asesinado? —preguntó su compañero.

—No estoy tan seguro de que fuera asesinado fuera de temporada —respondió con sencillez el curita—. ¿No cree usted que hay algo raro en esta soledad, Flambeau? ¿Está usted seguro de que un asesino astuto desearía siempre que el lugar fuera solitario?. Muy rara vez está uno completamente solo. Y, siendo así, cuanto más solo está uno, más probabilidades tiene uno de ser visto. No; creo que tiene que haber alguna otra... Ah, hemos llegado al Palacio o Pabellón o como lo llamen.

Habían desembocado en una placita, brillantemente iluminada, cuyo principal edificio estaba adornado con carteles de colores brillantes y flanqueado por dos fotografías gigantescas de Malvoli y Ned el Negro.

—¡Caramba! —exclamó sorprendido Flambeau, al ver que su amigo el cura subía firmemente por la ancha escalera—. No sabía que el pugilismo era su nueva afición. ¿Va a ver usted el combate?

—No creo que vaya a haber ningún combate —replicó el padre Brown.

Atravesaron rápidamente una serie de estancias; atravesaron la sala misma de combate, que ocupaba un espacio más elevado, con sus cuerdas y llena de asientos y palcos y el cura siguió sin mirar o detenerse hasta que llegó junto a un empleado sentado a un escritorio delante de una puerta sobre la que se leía «Comité». El cura se detuvo y pidió ver a lord Pooley.

El empleado dijo que su señoría estaba muy ocupado, porque la pelea iba a empezar pronto, pero el padre Brown tenía una tediosa y bienhumorada capacidad de insistencia para la cual la mente funcional no suele estar preparada. Unos momentos después el sorprendido Flambeau se encontró en presencia de un hombre que gritaba instrucciones a otro hombre que salía de la habitación: «Cuidado con las cuerdas después del cuarto...»

—¡Bueno! ¿Y qué se les ofrece a ustedes?

Lord Pooley era un caballero y, como la mayoría de los pocos que nos quedan, estaba preocupado, especialmente por motivos económicos. Tenía cabellos rubios cenicientos, ojos febriles y una nariz prominente, quemada por el frío.

—Una palabra nada más —dijo el padre Brown—. He venido para impedir que maten a un hombre.

Lord Pooley saltó de su asiento como un resorte.

—¡No estoy dispuesto a aguantar más estas historias! —exclamó—. ¡Usted y sus comités y curas y peticiones! ¿No había curas en los viejos tiempos, cuando se peleaba sin guantes? Ahora luchan con los guantes reglamentarios y no existe la menor posibilidad de que muera ninguno de los boxeadores.

—No me refería a los boxeadores —replicó el curita.

—Bien, bien, bien —dijo el aristócrata, con un toque gélido de humor—. ¿A quién van a matar? ¿Al arbitro?

—No sé a quién van a matar—replicó el padre Brown con mirada pensativa—. Si lo supiera no le estropearía la función. Me limitaría a ayudar a escapar a la víctima. Nunca he visto nada malo en el boxeo. Pero en estas circunstancias debo pedirle que anuncie la suspensión del combate, de momento.

—¿Alguna otra cosa? —dijo burlescamente el caballero de ojos febriles—. ¿Y qué les dice usted a las dos mil personas que han venido a presenciarlo?

—Les digo que habrá mil novecientas noventa y nueve vivas cuando lo hayan visto —replicó el padre Brown.

Lord Pooley miró a Flambeau y le dijo:

—¿Está loco su amigo?

—En absoluto —fue la respuesta.

—Además —continuó impaciente Pooley—, la situación es aún peor. Ha venido un grupo enorme de italianos para apoyar a Malvoli, gente cetrina y salvaje de algún país extraño, en cualquier caso. Ya sabe usted cómo son estas gentes mediterráneas. Si suspendo el combate aparecerá aquí Malvoli como una fiera al frente de todo un clan corso.

—Señoría, es cuestión de vida o muerte —dijo el cura—. Toque el timbre. Dé el recado. Y vea si es Malvoli quien responde.

El aristócrata golpeó el timbre que había sobre la mesa con un extraño aire de curiosidad que antes no tenía. Dijo al empleado que apareció inmediatamente en la puerta:

—Tengo que anunciar algo muy importante al auditorio dentro de un momento. Entretanto, tenga usted la bondad de decir a los dos campeones que el combate debe posponerse.

El empleado se le quedó mirando como si fuera un demonio y luego desapareció.

—¿Con qué autoridad dice usted lo que dice? —preguntó bruscamente lord Pooley—. ¿A quién ha consultado usted?

—He consultado a un estrado de música —dijo el padre Brown, rascándose la cabeza—. Pero no, me equivoco. También he consultado un libro. Lo compré en un puesto callejero en Londres... y muy barato.

El padre Brown sacó de su bolsillo un volumen pequeño y grueso, encuadernado en piel, y Flambeau, mirando por encima del hombro del cura, vio que era un libro sobre viajes antiguos y tenía una hoja doblada como indicador.

—La única forma en la que el vudú —empezó el padre Brown, leyendo en voz alta.

—¿En la que qué? —preguntó su señoría.

—En la que el vudú —repitió el lector, casi con regodeo— está ampliamente organizado fuera de la propia Jamaica es en la forma conocida como el Mono o el Dios de los Gongs, que es muy poderoso en muchas partes de los dos continentes americanos, especialmente entre los mulatos, muchos de los cuales parecen de raza blanca. Se diferencia de la mayoría de las formas de adoración del demonio y de sacrificios humanos en que no se derrama sangre en el altar, sino mediante una especie de asesinato en medio de una muchedumbre. Los gongs suenan ensordecidamente en el momento en que se abren las puertas del altar y se revela el dios-mono; casi toda la congregación clava sus ojos extáticos en él. Pero después...

La puerta de la habitación se abrió de golpe y el elegante negro apareció en el umbral, con ojos llameantes y con su sombrero de copa todavía inclinado insolentemente en la cabeza

—¡En! —gritó mostrando sus dientes de mono—. ¿Qué es esto? ¡Eh, eh! ¡Quieren ustedes robar el premio a un caballero de color!... ¿Creen ustedes que van a salvar a esa basura italiana...?

—Lo único que se ha hecho es posponer la pelea —dijo con calma el aristócrata— Se lo explicaré en seguida.

—¿Quién es usted para...? —grito Ned el Negro, empezando a enfurecerse.

—Mi nombre es Pooley —replicó el otro con encomiable calma—. Soy el secretario de organización y le aconsejo que abandone usted inmediatamente esta habitación.

—¿Quién es este tipo? —exigió el negro campeón, señalando desdeñosamente al cura.

—Mi nombre es Brown —fue la respuesta—. Y le aconsejo que abandone usted inmediatamente este país.

El campeón se lo quedó mirando unos segundos y luego, ante la sorpresa de Flambeau y los demás, salió, cerrando tras él la puerta con un portazo.

—Bueno —dijo el padre Brown, estirando su polvoriento cabello—, ¿qué les parece a ustedes Leonardo da Vinci? Una hermosa cabeza italiana.

—Óigame bien —dijo lord Pooley—. He asumido una responsabilidad bastante grande fiándome de su palabra. Creo que tendría usted que darme alguna explicación más.

—Tiene usted toda la razón, señorita —respondió Brown—. Y no me llevará mucho tiempo.

—Puso el librito de piel en el bolsillo de su abrigo y continuó:

—Creo que conocemos todo lo que esto nos puede aclarar, pero puede usted mirarlo luego y comprobar si tengo razón. Ese negro que acaba de salir tan fanfarronamente es uno de los hombres más peligrosos de la Tierra, porque tiene el cerebro de un europeo ¡con los instintos de un caníbal. Ha convertido lo que era una limpia y sensata carnicería entre sus bárbaros compañeros en una sociedad secreta de asesinos, muy moderna y científica. Él no sabe que yo lo sé y tampoco, la verdad sea dicha, que no puedo probarlo.

Se produjo un silencio y el hombrecito prosiguió:

—Pero si yo quisiera matar a alguien, ¿sería realmente lo mejor asegurarme de que me encuentre a solas con esa persona?

Lord Pooley, cuyos ojos recuperaron su brillo helado al mirar al diminuto sacerdote, se limitó a decir:

—Si usted *quiere* asesinar a alguien, se lo recomendaría.

El padre Brown, sacudiendo la cabeza como si fuera un asesino de mucha mayor experiencia, dijo con un suspiro:

—Eso opina Flambeau. Pero reflexione usted. Cuanto más solitaria se siente una persona, menos segura puede estar de que está sola. Necesita tener a su alrededor espacios vacíos y esos espacios vacíos le hacen más evidente. ¿No ha visto usted nunca desde un lugar alto a un labrador o a un pastor desde las vallas? ¿No ha paseado usted nunca por el borde de un acantilado y ha visto a un hombre caminando por la playa? ¿No habría usted visto si mataba un cangrejo y no habría usted sabido si se trataba de un acreedor? ¡No, no, no! Para un asesino inteligente, como usted o yo podríamos ser, asegurarse de que nadie lo mira a uno es un plan imposible.

—Pero entonces, ¿qué otro plan hay?

—Sólo hay uno —dijo el sacerdote—: asegurarse de que todo el mundo está mirando otra cosa. Un hombre es estrangulado junto al gran estrado de música de Epsom. Cualquiera podría haber visto cómo ocurría mientras el estrado estuviera vacío; un vagabundo oculto entre los setos o un motorista que bajara por las colinas. Pero nadie lo

habría visto mientras el estrado estuviera lleno y todo el auditorio gritara enfervorecido cuando el artista favorito hiciera su aparición... o no la hiciera. Retorcer una bufanda, arrojar un cuerpo detrás de una puerta son cosas que se podrían hacer en un instante, siempre que fuese en ese instante. Eso es lo que ocurrió, claro está —continuó dirigiéndose a Flambeau— con ese pobre tipo que estaba debajo del estrado de música. Lo metieron por el agujero (que no era casual) justo en el momento culminante del espectáculo, cuando saludaba un gran violinista o cuando empezó a cantar un gran cantante o llegó a un punto especial de su actuación. Y aquí, naturalmente, cuando se produjera el puñetazo que deja fuera de combate no sería el único. Ése es el truquito que Ned el Negro ha adoptado de su antiguo dios de los Gongs.

—A propósito, Malvoli... —empezó a decir Pooley.

—Malvoli —dijo el cura— no tiene nada que ver con esto. Seguro que se ha traído a algunos italianos, pero nuestros amables amigos no son italianos. Son ochavones y mulatos africanos de distintos colores, pero me temo que nosotros, los ingleses, pensamos que todos los extranjeros se parecen mientras sean morenos y sucios. También me temo —añadió con una sonrisa— que los ingleses se niegan a distinguir entre la personalidad moral producida por mi religión y la que nace del vudú.

La primavera había estallado con todo su esplendor en Seawood, llenando la costa de familias y equipos de baño, predicadores itinerantes y trovadores negros, antes de que los dos amigos volvieran a ver el lugar y mucho antes de que el fragor de la persecución de la extraña sociedad secreta hubiera cesado. El secreto de su propósito había perecido con ellos.

El hombre del hotel apareció muerto flotando a la deriva en el mar como si fuera un montón de algas; su ojo derecho estaba cerrado y en paz, pero el ojo izquierdo estaba abierto y brillaba como el cristal a la luz de la luna. Ned el Negro había sido encontrado a una o dos millas del lugar y había matado a tres policías con su puño izquierdo. El oficial restante supo reaccionar y el negro se escapó. Pero esto bastó para inflamar a todos los periódicos ingleses y durante uno o dos meses el principal propósito del imperio británico fue impedir que el brutal petimetre negro escapara por algún puerto inglés. Se sometió a los más extraordinarios interrogatorios a las personas que se pudieran parecer al asesino, aun remotamente, obligándoles a frotarse la cara antes de embarcar, como si cada tez blanca fuera un maquillaje. Todos los negros de Inglaterra se vieron sometidos a normas especiales y obligados a presentarse a la policía. Los barcos que zarpaban se negaban a embarcar a un negro igual que se habrían negado a embarcar a un basilisco. La gente, en efecto, había averiguado cuan terrible, vasta y silenciosa era la fuerza de la bárbara sociedad secreta y cuando Flambeau y el padre Brown se apoyaban en el parapeto del paseo marítimo en abril, el Hombre Negro significaba en Inglaterra casi lo mismo que había significado antaño en Escocia.

—Tiene que estar todavía en Inglaterra —observó Flambeau—, y muy bien escondido, por cierto. Lo habrían encontrado en los puertos si se hubiera pintado de blanco la cara

—La verdad es que es un hombre muy listo —dijo el padre Brown en tono de disculpa—. Y estoy seguro de que no se pintaría de blanco la cara.

—Entonces, ¿qué haría?

—Creo —respondió el padre Brown— que se la pintaría de negro.

Flambeau, que estaba apoyado, inmóvil, sobre el parapeto, se echó a reír y exclamó:

—¡Mi querido amigo! ¡Qué ocurrencia!

La ausencia del señor Glass

La sala de consulta del doctor Orion Hood, el eminente criminólogo y especialista en ciertos trastornos morales, estaba frente al mar, en Scarborough, y tenía una serie de puertas-ventana, amplias y luminosas, por las que se veía el mar del Norte como una infinita muralla exterior de mármol azul verdoso. En esa zona, el mar tenía algo de la monotonía de un friso de ese color. Y la propia sala estaba organizada según un orden inflexible, semejante, en cierto modo, al orden inflexible del mar. No debe deducirse de ello que excluyera del lugar el lujo o incluso la poesía. Ambos estaban presentes, en el sitio que les correspondía. Pero uno sentía que nunca se les permitía dejar su lugar. El lujo estaba presente: en una mesa especial había ocho o diez cajas de cigarros de la mejor calidad, pero colocados con deliberación, de manera que los más fuertes estaban siempre más próximos a la pared y los más suaves más cerca de la ventana. Tres frascos con tres clases diferentes de licor, todos ellos excelentes, permanecían siempre en esa mesa representativa del lujo. Pero las personas imaginativas sostienen que el whisky, el coñac y el ron parecían estar siempre a la misma altura. La poesía estaba presente: el rincón izquierdo de la habitación estaba cubierto con estantes en los que se alojaba una colección tan completa de los clásicos ingleses como la que, en el rincón derecho de la habitación, representaba a los fisiólogos ingleses y extranjeros. Pero si uno sacaba de su fila, un volumen de Chaucer o de Shelley, su ausencia producía un efecto irritante, como una mella en los incisivos de una persona. Uno no podría decir que los libros no se leían nunca; probablemente sí se leían, pero daban la sensación de estar encadenados a sus lugares, como las Biblias en las viejas iglesias. El doctor Hood trataba su biblioteca privada como si fuera una biblioteca pública. Y si esta estricta rigidez científica alcanzaba incluso a los estantes cargados de poemas y de baladas y a las mesas colmadas de bebida y tabaco, no hace falta decir que esa santidad pagana protegía aún más los otros estantes que contenían la biblioteca del especialista y las otras mesas que sostenían los frágiles e incluso etéreos instrumentos químicos o mecánicos.

El doctor Orion Hood paseaba arriba y abajo por su consulta, limitado -como dicen las geografías escolares- al este por el mar del Norte y al oeste por las apretadas hileras de su biblioteca sociológica y criminológica. Iba vestido de terciopelo, como un artista, pero sin nada del descuido propio de los artistas. Tenía muchas canas, pero su pelo era espeso y saludable: su rostro, aunque delgado, era de expresión optimista y alerta.

Todo lo que se refería a él y a su habitación indicaba algo a la vez rígido e inquieto, como ese gran mar nórdico junto al cual (por puras razones higiénicas) había construido su hogar.

El destino, que estaba de ánimo jocosos, empujó la puerta e introdujo en ese largo y estricto aposento, flanqueado por el mar, a alguien que era quizá lo más violentamente opuesto a él y a su dueño. En respuesta a una invitación breve pero educada, la puerta se abrió hacia dentro y apareció, con torpe caminar, una figurita informe, que parecía encontrar su propio sombrero y su propio paraguas tan inmanejable como una enorme cantidad de equipaje. El paraguas era un bulto negro, vulgar y en pésimo estado; el sombrero era de ala ancha y curva, clerical, pero de un tipo poco frecuente en Inglaterra. El hombre, era la encarnación misma de la humildad y el desvalimiento.

El médico contempló al recién llegado con sorpresa contenida, parecida a la que habría mostrado si algún animal marino de gran tamaño, pero inofensivo, se hubiera arrastrado hasta su habitación. El recién llegado contempló al médico con esa expresión sonriente, pero jadeante, que caracteriza a una corpulenta mujer de la limpieza que acaba de lograr meterse en un ómnibus. Es una espléndida combinación de satisfacción social propia y de apariencia física desordenada. Se le cayó el sombrero a la alfombra y el pesado paraguas se le escurrió entre las rodillas, con un golpe sordo. El hombrecillo se lanzó a recoger el primero y se agachó para recuperar el segundo, mientras con una sonrisa inocente en su redonda faz decía lo siguiente:

-Me llamo Brown. Le ruego que me disculpe. He venido por el asunto de los MacNab. Me he enterado de que usted ayuda a menudo a gente con problemas semejantes. Discúlpeme si me equivoco.

Para entonces, ya había recuperado desmañadamente el sombrero e hizo una breve inclinación de cabeza sobre él, a modo de saludo, como si así todo quedara perfectamente en orden.

-Creo que no le comprendo -replicó el científico, con frialdad-. Me temo que se ha equivocado usted de despacho. Yo soy el doctor Hood y mi trabajo es casi enteramente literario y educativo. Es cierto que algunas veces la policía me ha consultado en casos de especial dificultad e importancia, pero...

-Oh, esto es algo de la mayor importancia -interrumpió el hombrecito llamado Brown-. Imagínese, su madre no deja que se prometan en matrimonio. -Y se echó hacia atrás en la butaca con la más radiante expresión de racionalidad.

Las cejas del doctor Hood estaban fruncidas sombríamente, pero, bajo ellas, los ojos brillaban con un fulgor que podía ser fruto de la ira o de la diversión.

-Pues sigo sin entender del todo -dijo.

-Mire usted: quieren casarse -aclaró el hombre del sombrero clerical-. Maggie MacNab y el joven Todhunter quieren casarse. ¿Y qué puede haber más importante que eso?

Los triunfos científicos del gran Orion Hood lo habían privado de muchas cosas, unos decían que de la salud, otros que de Dios; pero no le habían despojado totalmente del sentido del absurdo. Y ante la última apelación del ingenuo cura, se le escapó una risa ahogada y se dejó caer en una silla, adoptando una actitud irónica, de médico llamado a consulta.

-Señor Brown -dijo gravemente-: hace catorce años y medio que se me pidió que atendiera personalmente un problema particular. Y entonces el caso era un intento de envenenar al presidente francés en un banquete ofrecido por un alcalde. Entiendo que ahora se trata de si una amiga de usted, llamada Maggie, es la prometida adecuada para un amigo de ella llamado Todhunter. Pues bien, señor Brown, soy un deportista. Me haré cargo del caso. Daré a la familia MacNab el mejor consejo que pueda, tan bueno como el que di a la República francesa y al Rey de Inglaterra; no, mejor: catorce años mejor. No tengo nada más que hacer esta tarde. Cuénteme su historia.

El curita llamado Brown le dio las gracias calurosamente, pero con la misma y peculiar sencillez. Era más bien como si diera las gracias a un desconocido, en un salón para fumadores, por haberse tomado la molestia de pasarle las cerillas en vez de estar dando las gracias (y a los efectos, así era) al conservador de los Kew Gardens por acompañarle a un prado a encontrar un trébol de cuatro hojas. Sin apenas una pausa tras su cálido agradecimiento, el hombrecillo empezó su relato:

-Le dije que mi nombre era Brown y así es, en efecto. Soy el cura de la Iglesia católica que me imagino habrá usted visto al otro lado de esas calles dispersas que hay a las afueras de la ciudad, hacia el norte. En la última y más apartada de esas calles que corre paralela al mar como un muelle, hay un miembro de mi parroquia, una viuda llamada MacNab, una mujer muy honrada pero de genio bastante vivo. Tiene una hija y alquila habitaciones, y entre ella y los huéspedes bueno, me imagino que habría mucho que decir de ambas partes. En estos momentos tiene sólo un huésped, el joven llamado Todhunter. Pero ha dado bastante más que hacer que todos los anteriores, porque quiere casarse con la hija.

-Y la hija -preguntó el doctor Hood, enormemente divertido, aunque lo ocultara-, ¿qué es lo que quiere?

-¡Pues casarse con él! -exclamó el padre Brown, enderezándose en el asiento, con vehemencia-. Esa es la horrible complicación.

-Es, en verdad, un enigma espantoso -dijo el doctor Hood.

-El joven James Todhunter -continuó el clérigo- es un muchacho muy serio, por lo que yo sé. Pero el caso es que nadie conoce mucho de él. Es un tipo bajito, de tez oscura, alegre, ágil como un mono, completamente afeitado como un actor y servicial como un cortesano fiel. Parece tener una buena cantidad de dinero, pero nadie sabe en qué trabaja. Por lo tanto, la señora MacNab, que es dada al pesimismo, está completamente segura de que se trata de algo horrible y probablemente relacionado con la dinamita. La dinamita debe ser de no muy buena clase y no ruidosa, porque el pobre muchacho se limita a encerrarse varias horas al día y estudiar algo, tras la puerta cerrada con llave. El afirma que su encierro es temporal y está justificado y promete explicarlo todo antes de la boda. Eso es todo lo que se sabe con certeza, pero la señora MacNab le contará muchas cosas de las que ella está segura. Ya sabe usted cómo surgen las historias cuando sólo hay ignorancia. Hay historias de dos voces a las que se oye hablar en la habitación, aunque, cuando se abre la puerta, Todhunter está siempre solo. Hay historias de un misterioso hombre alto con sombrero de copa, que una vez salió de entre la bruma marina procedente, al parecer, del propio mar, caminando sin ruido a través de la arena, y que atravesó el pequeño jardín trasero, al crepúsculo, hasta que se le oyó hablando con el huésped, por la ventana abierta. La conversación parece que terminó en pelea. Todhunter cerró violentamente la ventana, y el hombre del sombrero de copa desapareció de nuevo entre la bruma del mar. La familia cuenta esta historia con la mayor de las perplejidades. Pero yo creo, en realidad, que la señora MacNab prefiere su propia versión original: que el Otro Hombre (o lo que sea) sale todas las noches del arcón de la esquina, que siempre está cerrado con llave; por lo tanto, ya ve usted cómo esta puerta cerrada de Todhunter se convierte en la puerta de todas las fantasías y monstruosidades de "Las mil y una noches". Y, sin embargo, ahí está el muchacho, con su respetable chaqueta negra, tan exacto e inocente como un reloj de salón. Paga su renta con puntualidad y es prácticamente abstemio. No se cansa nunca de entretener a los niños durante horas y horas, del modo más amable. Además, y eso es lo más importante de todo, goza de todas las simpatías de la hija mayor, que está dispuesta a casarse con él mañana mismo.

El hombre que se ocupa de teorías de largo alcance siente siempre un placer especial en aplicarlas a cualquier asunto trivial. El gran especialista, una vez que hubo decidido mostrarse bondadoso con la simplicidad del sacerdote, lo hizo de la manera más generosa. Se acomodó en su sillón y empezó a hablar con el tono de un profesor algo distraído:

-Incluso en un asunto mínimo, lo mejor es buscar las principales tendencias de la Naturaleza. Una flor concreta puede no estar muerta al principio del invierno, pero las

flores mueren en general en esas fechas; un guijarro concreto puede no mojarse con la marea, pero la marea sube. Para el ojo científico, toda la historia humana es una serie de movimientos colectivos, destrucciones o migraciones, como la matanza de moscas en invierno o el regreso de los pájaros en la primavera. Ahora bien, el hecho básico de toda la historia es la Raza. La Raza produce la religión, la Raza genera guerras legales y éticas. No hay ejemplo más fuerte que el del absurdo e ingenuo linaje, en camino de desaparición, al que comúnmente llamamos linaje celta, al cual pertenecen sus amigos los MacNab. Pequeños, morenos, soñadores e inestables, aceptan fácilmente las explicaciones supersticiosas de cualquier hecho, igual que todavía aceptan (discúlpeme por decirlo), la supersticiosa explicación de todos los incidentes que usted y su iglesia representan. No es nada extraordinario que esa gente, con el mar lamentándose detrás de ellos y la Iglesia (perdóneme de nuevo) zumbando delante, den rasgos fantásticos a los que probablemente no son más que hechos normales. Usted, con sus pequeñas responsabilidades parroquiales, sólo ve a esta señora MacNab en concreto, aterrada con la historia de las dos voces y el hombre alto que viene del mar. Pero el hombre dotado de imaginación científica ve, por así decir, los clanes enteros de los MacNab, esparcidos por todo el mundo, tan iguales en su manifestación última como una bandada de pájaros. Ve miles de señoras MacNab en miles de casas, dejando caer su gotita de morbosidad en las tazas de té de sus amigas; ve...

Antes de que el científico pudiera terminar su frase, se oyó llamar fuera de nuevo, más impacientemente que la primera vez. Alguien con faldas crujientes caminaba con precipitación por el pasillo y la puerta se abrió dejando ver a una joven, decorosamente vestida pero con aspecto nervioso y el rostro rojo por la prisa. Tenía el pelo rubio, alborotado por el viento marino, y habría sido realmente hermosa si sus pómulos, como es típico de los escoceses, no hubieran sido un poquito demasiado altos y sonrosados. Su disculpa fue casi tan brusca como una orden.

-Lamento interrumpirle -dijo-, pero tenía que seguir al padre Brown, sin falta; se trata de un asunto de vida o muerte.

El padre Brown empezó a ponerse en pie con cierta agitación.

-Pero ¿qué ha ocurrido, Maggie? -dijo.

-Han asesinado a James, por lo que puedo deducir -respondió la joven, respirando todavía agitadamente tras la carrera-. Ese individuo, Glass, ha estado otra vez con él. Los oí hablando a través de la puerta, con toda claridad. Dos voces distintas, porque James habla bajo, con un tono gutural y la otra voz era aguda y temblorosa.

-¿Ese individuo Glass? -repitió perplejo el cura.

-Sé que se llama Glass -respondió la joven con tono muy impaciente-, lo oí a través de la puerta. Estaban peleándose, por cuestiones de dinero, creo, porque oí a James decir una y otra vez: "Muy bien, señor Glass" o "No, señor Glass" y luego "Dos o tres, señor Glass". Pero estamos hablando demasiado. Debe usted venir inmediatamente y quizá lleguemos a tiempo.

-Pero ¿a tiempo para qué? -preguntó el doctor Hood, que había estado observando a la joven con gran interés-. ¿Qué pasa con ese señor Glass y sus problemas monetarios que impulsan a tal urgencia?

-Traté de echar la puerta abajo y no pude -respondió bruscamente la joven-. Entonces corrí al patio trasero y logré subir al alféizar de la ventana de la habitación. Estaba bastante oscuro y parecía no haber nadie, pero juro que vi a James tirado en un rincón, como si estuviera drogado o lo hubieran estrangulado.

-Esto es algo muy serio -dijo el padre Brown, recogiendo sus escurridizos paraguas y sombrero y poniéndose en pie-. De hecho yo estaba exponiendo sus problemas a este caballero y su opinión...

-Ha sufrido un cambio considerable - dijo con preocupación el científico-. No creo que esta joven sea tan céltica como había supuesto. Como no tengo otra cosa que hacer, me pondré el sombrero y los acompañaré.

Unos minutos después, los tres se acercaban al final de la triste calle de los MacNab, la joven con paso firme y sin aliento como un montañero, el criminólogo con pasos largos y elegantes que recordaban la agilidad de un leopardo y el cura con un trote enérgico, totalmente carente de elegancia. El aspecto de esta zona de las afueras de la ciudad no dejaba de justificar las alusiones del médico a actitudes y ambientes desolados. Las casas dispersas estaban cada vez más alejadas unas de otras, en una línea interrumpida a lo largo de la costa; la tarde iba cayendo con una penumbra prematura y parcialmente lívida; el mar era de un púrpura turbio y producía un murmullo amenazador. En el descuidado jardín trasero de los MacNab, que bajaba hacia la arena, había dos árboles negros con aspecto de no brotar nunca, que parecían manos de demonios levantadas con expresión de asombro. Al correr calle abajo para recibirlos con las delgadas manos en alto, en un gesto similar, y su rostro impetuoso en la sombra, la señora MacNab se parecía también un poco a un demonio. El médico y el sacerdote apenas replicaron a su estridente reiteración del relato de la joven, con detalles más perturbadores de su propia cosecha, a las promesas de venganza alternativamente dirigidas contra el señor Glass por asesinato y contra el señor Todhunter por haber sido asesinado, o contra este último por haberse atrevido a querer casarse con su hija y no haber vivido para hacerlo. Atravesaron el estrecho pasillo de la parte delantera de la casa hasta llegar a la puerta del huésped en la parte trasera y allí, el doctor Hood, con la habilidad de un viejo detective, dio un golpe seco y logró abrir la puerta.

Se encontraron con una catástrofe silenciosa. Nadie que la viera, aunque sólo fuese un segundo, podría dudar de que la habitación había sido el escenario de alguna impactante pelea entre dos personas o quizá más. Había naipes dispersos sobre la mesa o desparramados por el suelo, como si se hubiera interrumpido una partida. Copas de vino en una mesita auxiliar y una tercera, hecha trizas, como una estrella de cristal, sobre la alfombra. A pocos pies de ella había lo que parecía un cuchillo largo o una espada corta, recta, pero con un puño muy adornado y pintado. Su hoja apagada recibía un brillo grisáceo de la deprimente ventana que había detrás, por la que se veían los negros árboles contra la plomiza línea del mar. Un sombrero de copa había rodado hacia el extremo opuesto de la habitación, como si alguien se lo acabara justo de quitar, tanto que uno tenía casi la impresión de que seguía rodando. Y detrás de él, en la esquina, tirado como una bolsa de patatas, pero atado como un baúl facturado, yacía el señor James Todhunter, con una bufanda tapándole la boca y seis o siete cuerdas anudadas en torno a los codos y los tobillos. Sus ojos castaños estaban llenos de vida y se volvieron hacia ellos con expresión alerta.

El doctor Orion Hood se detuvo un instante sobre el felpudo y se empapó de toda la escena de silenciosa violencia. Luego atravesó con rapidez la alfombra, recogió el sombrero de copa y lo puso gravemente sobre la cabeza del todavía cautivo Todhunter. Era demasiado ancho para él, tanto, que casi se deslizó hasta los hombros.

-El sombrero del señor Glass -dijo el médico, volviendo con él y observando el interior con una lupa de bolsillo.

¿Cómo explicar la ausencia del señor Glass y la presencia del sombrero del señor Glass? Porque el señor Glass no es una persona descuidada con su ropa. Este sombrero tiene estilo y ha sido cepillado y lustrado sistemáticamente, aunque no es muy nuevo. Un viejo dandy, diría yo.

-Pero ¡por Dios! -exclamó la señorita MacNab-. ¿Por qué no lo desata usted antes que nada?

-Digo "viejo" con intención, aunque no con certeza -continuó el comentarista-. Es posible que mi razón para usar esa palabra pueda parecer algo atrevida. El pelo de los seres humanos empieza a caer en diversos grados, pero casi siempre cae en pequeña cantidad y con la lupa debería ver los pocos pelos que se depositan en un sombrero que se ha usado recientemente. Este sombrero no tiene ningún pelo, lo que me hace pensar que el señor Glass es calvo. Ahora bien, cuando este dato se une a la voz aguda y temblorosa que la señorita MacNab describió tan atinadamente (paciencia, señorita, paciencia), cuando unimos la cabeza sin pelo al tono de voz común en situaciones de ira senil, pienso que podemos deducir que se trata de alguien entrado en años. Sin embargo, era probablemente vigoroso y, casi con toda seguridad, de elevada estatura. Podría fiarme hasta cierto punto de la historia de su aparición anterior ante la ventana, en la que se le describía como un hombre alto con sombrero de copa, pero creo que tenemos indicios más certeros. Esta copa de vino ha saltado en pedazos por toda la habitación, pero uno de los trozos está en la repisa superior de la chimenea. No podría encontrarse allí si la copa se le hubiera caído a alguien relativamente bajo como el señor Todhunter.

-A propósito -dijo el padre Brown-, ¿no convendría que desatáramos al señor Todhunter?

-Lo que nos enseñan las copas no termina aquí -continuó el especialista-. Puedo decir inmediatamente que es posible que el individuo llamado Glass fuera calvo o nervioso, más a causa de su carácter disipado que por la edad. El señor Todhunter, como ya se ha dicho, es un caballero tranquilo y austero, prácticamente abstemio. Estos naipes y estas copas de vino no forman parte de sus hábitos normales; han sido sacados para un invitado especial. Pero, además, podemos ir aún más lejos. El señor Todhunter puede tener o no tener un juego de copas de vino, si bien no parece poseer vino alguno. ¿Qué era, entonces, lo que debían contener estos recipientes? Yo sugeriría inmediatamente un coñac o whisky, quizá de clase extra, procedente de un frasco de bolsillo del señor Glass. Así tenemos el retrato del individuo o por lo menos, del tipo al que pertenece: alto, entrado en años, a la moda, pero algo ajado, ciertamente aficionado al juego y a los licores fuertes y quizá demasiado aficionado a ellos. El señor Glass es un caballero conocido en los grupos sociales marginales.

-Escúcheme -exclamó la joven-, si no me deja usted pasar para desatarlo, saldré corriendo y llamaré a gritos a la policía.

-No le aconsejaría a usted, señorita MacNab -dijo gravemente el doctor Hood-, que tenga tanta prisa en hacer venir a la policía. Padre Brown, le ruego fervorosamente que controle usted a su rebaño, tanto por el bien del mismo como por el mío. Bien, ya hemos visto algo del aspecto y la condición del señor Glass. ¿Cuáles son las cosas principales que se saben del señor Todhunter? Son sustancialmente tres: que es ahorrativo, que es más o menos rico y que tiene un secreto. Ahora bien, es evidente que aquí nos encontramos con los tres rasgos básicos del hombre bueno, objeto de un chantaje. Y sin duda alguna es igual de evidente que la desgastada elegancia, las costumbres disipadas y la estridente irritación del señor Glass son los rasgos inconfundibles del tipo de hombre que lo somete a chantaje.

Aquí tenemos las dos figuras típicas de una tragedia de dinero oculto: por un lado, un hombre respetable con un secreto; por el otro, el buitre de los barrios de moda con olfato para descubrir un secreto. Estos dos hombres se han reunido hoy aquí y se han peleado, a golpes y con un arma desnuda.

-¿Le va a quitar usted las cuerdas? - insistió tercamente la joven.

El doctor Hood volvió a colocar cuidadosamente el sombrero de copa sobre la mesa auxiliar y se acercó al cautivo. Lo estudió atentamente, incluso moviéndolo un poco y volviéndolo a medias por los hombros, pero se limitó a responder:

-No. Creo que estas cuerdas están muy bien hasta que sus amigos policías traigan las esposas.

El padre Brown, que había estado mirando aburridamente la alfombra, levantó su redonda cara y preguntó:

-¿Qué quiere usted decir?

El científico había tomado una extraña daga de la alfombra y la examinó con suma atención al tiempo que respondía:

-Dado que hemos encontrado al señor Todhunter atado, ustedes llegan a la conclusión de que el señor Glass lo ha atado y luego, me imagino, ha huido. Hay cuatro objeciones a esta tesis: la primera, ¿por qué un caballero tan presumido como nuestro amigo Glass olvidaría su sombrero, si se fue por propia voluntad? Segunda -continuó, dirigiéndose hacia la ventana-, esta es la única salida y está cerrada por dentro. Tercera, esta hoja tiene una diminuta mancha de sangre en la punta, pero el señor Todhunter no presenta ninguna herida. El señor Glass se fue herido, vivo o muerto. Agreguemos a todo ello esta probabilidad fundamental: es mucho más probable que la persona chantajeadada trate de matar a su víctima y no que el chantajista trate de matar la gallina de los huevos de oro. Esta es, creo yo, una relación bastante compleja del caso.

-Pero ¿y las cuerdas? -preguntó el cura, cuyos ojos muy abiertos expresaban una admiración bastante vacua.

-Ah, las cuerdas -dijo el experto con un tono curioso-. La señorita MacNab insistía en saber por qué no liberé al señor Todhunter de sus ataduras. Pues bien, se lo diré. No lo hice porque el señor Todhunter puede librarse de ellas en el momento en que quiera hacerlo.

-¿Qué? -exclamó su auditorio con diferentes tonos de asombro.

-He observado los nudos del señor Todhunter -reiteró con calma Hood-. Da la casualidad de que entiendo algo de nudos; son toda una rama de la ciencia criminal. Cada uno de esos nudos lo ha hecho él mismo y podría deshacerlos; ninguno de ellos podría haber sido hecho por un enemigo que de verdad quisiera inmovilizarlo. Todo este asunto de las cuerdas es una astuta maniobra para hacernos creer que es víctima de una pelea, en vez del desdichado Glass, cuyo cadáver bien puede estar oculto en el jardín o escondido en la chimenea.

Se produjo un silencio más bien deprimente; la habitación iba oscureciéndose, las ramas de los árboles del jardín, castigadas por el mar, parecían más delgadas y más oscuras que nunca; sin embargo, semejaban estar más cerca de la ventana. Uno podía casi imaginar que esos monstruos marinos como los kraken o las saepias, pólipos serpenteantes que se habían arrastrado fuera del mar para ver el fin de esta tragedia, del mismo modo que él, el malvado y la víctima de ella -el terrible hombre del sombrero de copa- se había arrastrado un día desde el mar. Todo el aire estaba cargado de un clima de chantaje, que es la cosa humana más morbosa, porque es un delito que encubre otro delito. Un esparadrapo negro sobre una herida negra.

El rostro del curita católico que, generalmente, tenía una expresión agradable e incluso cómica, se había fruncido de pronto, en forma curiosa. No era la curiosidad inexpresiva de su primer candor. Era más bien la curiosidad creadora que acomete a un hombre que empieza a descubrir algo.

-Repítalo, por favor -dijo con tono sencillo y preocupado- ¿quiere usted decir que Todhunter puede atarse y desatarse él solo?

-Eso es lo que quiero decir -dijo el médico.

-¡Dios mío! -exclamó Brown de repente-. ¿Podría tratarse de eso?

Cruzó la habitación como un conejo y miró con nuevo interés la cara parcialmente cubierta del cautivo. Luego volvió su propio rostro, bastante tonto, hacia los otros y exclamó con cierta excitación:

-¡Pues sí, es eso! ¿No lo ven ustedes en su cara? ¡Pero mírenle los ojos!

Tanto el profesor como la joven siguieron la dirección de su mirada. Y aunque la amplia bufanda negra cubría completamente la mitad inferior del rostro de Todhunter, sí se dieron cuenta de que había algo inquieto e intenso en la parte superior.

-La verdad es que los ojos tienen algo raro -exclamó la joven, muy conmovida. ¡Son ustedes unos brutos! ¡Estoy convencida de que le duele algo!

-Eso no lo creo -dijo el doctor Hood-. Los ojos tienen ciertamente una expresión singular. Pero yo interpretaría esas arrugas de la frente más bien como la manifestación de una ligera anomalía psicológica del tipo...

-¡Oh, que tontería! -exclamó el padre Brown-. ¿No ven ustedes que se está riendo?

-¿Riendo? -repitió sobresaltado el médico-, pero ¿de qué diablos puede reírse?

-Bueno -replicó el reverendo Brown en tono de disculpa-, para no andarme con rodeos, yo creo que se ríe de usted. Y la verdad es que yo también me siento inclinado a reírme un poco de mí mismo, ahora que ya sé de qué se trata.

-¿Ahora que sabe usted qué? -preguntó Hood, algo molesto.

-Ahora que sé la profesión del señor Todhunter -replicó el cura.

El padre Brown iba de un lado para otro por la habitación, mirando los distintos objetos, con lo que parecía una mirada vacua, y luego invariablemente rompía a reír con una risa igualmente vacua, proceso muy áspero para los que tenían que contemplarlo. Se rió mucho ante el sombrero, aun más ante la copa rota, pero la sangre en la punta de la espada le produjo convulsiones incontrolables de hilaridad. Luego se volvió hacia el médico, que protestaba.

-Doctor Hood -exclamó con entusiasmo-, ¡es usted un gran poeta! Ha creado de la nada, un ser inexistente. ¡Cuánto más propio de un dios es eso que si hubiera usted descubierto los hechos puros y simples! En verdad, los hechos puros y simples son bastante vulgares y cómicos comparados con su explicación.

-No tengo la menor idea de a qué se refiere usted -dijo con bastante altivez el doctor Hood-. Mis hechos son todos inevitables, aunque necesariamente incompletos. Quizá se puede dejar un lugar a la intuición (o a la poesía si prefiere usted ese término), pero sólo porque los detalles correspondientes no pueden comprobarse de momento. En ausencia del señor Glass...

-Eso es, eso es -dijo el curita, asintiendo con entusiasmo-. Esa es la primera idea que hay que retener: la ausencia del señor Glass. ¡Ese señor está extremadamente ausente! Me imagino -añadió con aire reflexivo- que nunca hubo nadie más ausente que el señor Glass.

-¿Quiere usted decir que está ausente de la ciudad? -preguntó el médico.

-Quiero decir que está ausente de todas partes -respondió el padre Brown-. Está ausente de la naturaleza de las cosas, por así decir.

-¿Quiere usted decir de verdad -preguntó el especialista, con una sonrisa- que no existe tal persona?

El cura hizo un gesto de asentimiento. -La verdad es que es una lástima -dijo.

Orion Hood se echó a reír con tono despreciativo.

-Bien -dijo-, antes de pasar a las ciento una pruebas restantes, tomemos la primera que encontramos; el primer hecho con el que nos topamos cuando entramos en esta habitación. Si no hay ningún señor Glass, ¿de quién es este sombrero?

-Es del señor Todhunter -replicó el padre Brown.

-Pero no es de su talla -exclamó impaciente Hood-. No podría usarlo.

El padre Brown sacudió la cabeza con inefable suavidad y respondió:

-Yo nunca dije que pudiera usarlo. Dije que era su sombrero. O, si usted insiste en el matiz, que es un sombrero de su propiedad.

-¿Y cuál es el matiz? -preguntó con ligero desprecio el criminólogo.

-Señor mío -exclamó el paciente hombrecito, con la primera manifestación de algo parecido a la impaciencia-, si va usted a la sombrerería más próxima verá que, en la lengua común, hay una diferencia entre el sombrero de un hombre y los sombreros que son de su propiedad.

-Pero un sombrerero -protestó Hood- puede sacar dinero de sus existencias de sombreros nuevos. ¿Qué podría sacar Todhunter de este único sombrero viejo?

-Conejos -replicó inmediatamente el padre Brown.

-¿Qué? -exclamó el doctor Hood.

-Conejos, cintas, caramelos, peces de colores, serpentinas -dijo el reverendo señor, con rapidez-. ¿No se dio usted cuenta de todo cuando vio las cuerdas falsas? Igual ocurre con la espada. El señor Todhunter no tiene ni un rasguño sobre él, como usted dice; pero tiene un rasguño dentro de él, si no me explico mal.

-¿Quiere usted decir dentro de la ropa? -preguntó severamente la señora MacNab.

-No quiero decir dentro de la ropa del señor Todhunter -respondió el padre Brown-. Quiero decir dentro del señor Todhunter.

-Pero ¿qué demonios quiere usted decir?

-El señor Todhunter explicó plácidamente al padre Brown- está aprendiendo a ser un mago profesional, así como un prestidigitador, un ventrílocuo y un experto en los trucos con cuerdas. Lo de la magia explica el sombrero. No tiene rastros de pelo, no porque haya sido usado por el prematuramente calvo señor Glass sino porque nunca ha sido usado. La prestidigitación explica las tres copas, que Todhunter estaba aprendiendo a tirar al aire y recogerlas en rotación. Pero, como aún no es un experto, estrelló una de ellas contra el techo. Y la prestidigitación explica también la espada, que el señor Todhunter, por deber profesional, debía tragar. Pero nuevamente, mientras practicaba, se arañó ligeramente la garganta por dentro, con el arma. De ahí que tenga una herida dentro de él, aunque estoy seguro (por su expresión) de que no es grave. Estaba ensayando también el truco de soltarse de las cuerdas, como los hermanos Davenport, y estaba justo a punto de liberarse cuando todos irrumpimos en la habitación. Los naipes, por supuesto, son para juegos malabares también, y están dispersos por el suelo porque acababa de practicar uno de esos trucos que consiste en lanzarlos por los aires. Se limitaba a guardar en secreto su oficio porque tenía que encubrir sus trucos, como cualquier otro mago. Pero el mero hecho de que algún paseante ocioso con sombrero de copa hubiera observado una vez por la ventana y hubiera

sido alejado con gran indignación bastó para ponernos a todos sobre una falsa pista de fantasía y hacernos pensar que toda su vida estaba dominada por el fantasma del señor Glass, con su sombrero de copa.

-Pero ¿y lo de las dos voces? -preguntó sorprendida Maggie.

-¿No ha oído usted nunca a un ventrílocuo? -preguntó el padre Brown-. ¿No sabe usted que primero hablan con su voz natural y luego se contestan a sí mismos con esa voz estridente, temblorosa y artificial que oyó usted?

Hubo un largo silencio y el doctor Hood contempló al hombrecito que había hablado, con una sonrisa cínica y atenta.

-Es usted ciertamente muy ingenioso -dijo-. No podía haberse hecho mejor en un libro. Pero hay una parte del señor Glass que no ha logrado usted explicar y es su nombre. La señorita MacNab oyó claramente cómo lo llamaba así el señor Todhunter.

El reverendo padre Brown se echó a reír puerilmente.

-¡Ah, bueno! -dijo-. Eso es lo más tonto de esta historia absurda. Cuando nuestro amigo malabarista tiraba tres copas a un tiempo, las contaba a medida que las recogía y también comentaba en voz alta si no lograba asirlas. Lo que en realidad decía es: "Uno, dos y tres, fallé; uno, dos: fallé"¹. Y así sucesivamente.

Hubo un segundo de inmovilidad en la habitación y luego, todos a una, se echaron a reír, mientras la figura que yacía en el rincón se desataba alegremente de las cuerdas y las dejaba caer con elegancia. Luego, avanzando hasta el centro de la habitación, con una reverencia sacó del bolsillo un gran cartel impreso en azul y rojo, que anunciaba que Zaladin, el Mejor Mago, Contorsionista, Ventrílocuo y Canguro Humano del Mundo presentaría una serie completamente nueva de Números en el Pabellón Imperial, Scarborough, el lunes próximo, a las ocho en punto.

¹ El autor hace un juego de palabras entre "missed a glass" ("se me escapó una copa", en castellano) y "Mister Glass" (Señor Glass"). La pronunciación en inglés resulta parecida.

La ensalada del Coronel Cray

El padre Brown volvía de misa una mañana blanca y fantasmagórica cuando la niebla empezaba a levantarse lentamente, una de esas mañanas en que la propia luz parece misteriosa y nueva. Los árboles dispersos destacaban cada vez más en la bruma, como si primero los hubieran pintado con tiza gris y luego con carboncillo. A intervalos mayores aparecían las casas sobre los límites interrumpidos del barrio periférico. Sus siluetas se hacían cada vez más visibles hasta permitir reconocer muchas casas en las que el padre Brown tenía conocidos sólo de nombre. Pero todas las ventanas y puertas estaban cerradas. Los habitantes de esas casas no eran del tipo que se levanta tan temprano y menos aún para una ocupación de ese tipo. Pero cuando el padre Brown pasó bajo la sombra de una hermosa villa con verdes y cuidados jardines, oyó un ruido que le hizo detenerse casi involuntariamente. Era el ruido inconfundible de una pistola o carabina o un arma de fuego ligera que se descargaba. Pero eso no es lo que más le extrañó. El primer ruido fuerte fue seguido inmediatamente de una serie de ruidos más débiles, unos seis, según pudo contar. El cura pensó que debía de ser el eco. Pero lo raro era que el eco no se parecía en absoluto al ruido original. No se le ocurría a qué se parecía. A las tres cosas que más se parecía era al ruido que hacen los sifones de agua de soda, a uno de los muchos ruidos que hace un animal y al ruido que hace una persona que trata de contener la risa. Nada de todo ello parecía tener mucho sentido.

El padre Brown tenía dos facetas en su personalidad. Por un lado era un hombre de acción, tan modesto como una violeta y tan puntual como un reloj, que ejecutaba sus pequeñas obligaciones y nunca se le habría ocurrido alterar su rutina. Por otro lado era un hombre reflexivo, mucho más sencillo pero mucho más fuerte, al que no era fácil detener. Su pensamiento era siempre (en el sentido inteligente de la palabra) libre pensamiento. No podía evitar, ni siquiera inconscientemente, hacerse todas las preguntas que hubiera que hacer y contestar cuantas fuera posible. Todo eso se producía automáticamente en él, como la respiración o la circulación de la sangre. Y en este caso sus dos facetas se vieron sometidas a prueba. Estaba ya a punto de reanudar su marcha en la penumbra, diciéndose que el asunto no le concernía, pero instintivamente dando vueltas y más vueltas a veinte teorías diferentes sobre lo que podrían significar los extraños ruidos. Entonces el gris horizonte se aclaró y a la luz plateada del amanecer se dio cuenta de que la casa ante la que acababa de pasar pertenecía a un mayor angloindio llamado Putnam y que el mayor tenía un cocinero originario de Malta que pertenecía a su feligresía. Empezó también a recordar que los disparos de pistola son a veces asuntos serios, con consecuencias que le concernían legítimamente. Dio la vuelta y entró en el jardín, dirigiéndose a la puerta principal.

A medio camino en un lado de la casa se elevaba algo muy semejante a un cobertizo bajo. Se trataba, como luego descubrió, de un cubo de basura de gran tamaño. Bordeándolo apareció una figura que al principio parecía sólo una sombra en la neblina, al parecer inclinada y escudriñando a su alrededor. Luego, al acercarse a ella, la figura se solidificó y se hizo, además, insólitamente sólida. El mayor Putnam era un hombre calvo, de cuello robusto, corta estatura y muy corpulento, con una de esas caras más bien apopléticas que resultan de un prolongado intento de combinar el clima oriental con los lujos occidentales. Pero era un rostro que expresaba buen humor e incluso ahora, aunque evidentemente

perplejo e inquisitivo, tenía una sonrisa más bien cándida. Llevaba un amplio sombrero de paja echado hacia atrás, como si fuera un halo, cosa que no iba mal a su rostro, pero por lo demás iba vestido con un pijama de brillantes rayas rojas y amarillas, el cual, aunque llamativo, no debía protegerle gran cosa del frío de la mañana. Era evidente que había salido a toda prisa de su casa y el cura no se sorprendió cuando le preguntó sin más ceremonia:

—¿Oyó usted ese ruido?

—Sí —respondió el padre Brown—. Pensé que debía entrar, por si había ocurrido algo.

El mayor lo miró con una expresión bastante peculiar en sus amables ojillos redondos como grosellas.

—¿Qué cree usted que era el ruido? —preguntó.

—Sonaba como una pistola o algo así —replicó el otro con cierta duda—, pero parecía tener un eco más bien raro.

El mayor seguía mirándolo tranquilamente con ojos saltones cuando se abrió de golpe la puerta principal, por la que salía el destello de la luz de gas hacia la niebla evanescente. Y otra figura en pijama saltó o se tambaleó hacia el jardín. Se trataba de alguien mucho más alto, más esbelto y más atlético. El pijama, aunque igualmente tropical, resultaba de mejor gusto, ya que era blanco con rayas amarillo limón claro. El hombre tenía aspecto macilento, pero era guapo y estaba más tostado por el sol que el otro. Tenía un perfil aguileño y ojos más bien hundidos, y había una ligera incongruencia entre su pelo negrísimo y su bigote, de un color mucho más claro. Todo esto lo observó con detalle el padre Brown un poco más tarde. En ese primer momento lo único que vio es que el hombre llevaba un revólver en la mano.

—¡Cray!—exclamó el mayor, mirándolo fijamente—. ¿Disparó usted ese tiro?

—Claro que sí —replicó airadamente el caballero moreno—. Y lo mismo habría hecho usted en mi lugar. Si le persiguieran a usted unos demonios por todas partes y casi le...

El mayor le interrumpió bastante apresuradamente diciendo:

—Éste es mi amigo el padre Brown. —Y luego, dirigiéndose a Brown, añadió:

—No sé si conoce usted al coronel Cray, de la artillería real.

—He oído hablar de él, por supuesto —dijo el cura cándidamente—. ¿Acertó... acertó usted a dar en el blanco?

—Eso me pareció —contestó gravemente Cray.

—¿Se cayó o gritó o algo? —preguntó el mayor Putnam en voz más baja.

El coronel Cray miraba a su anfitrión con ojos extraños y fijos.

—Le voy a decir exactamente lo que hizo —respondió—: estornudó.

El padre Brown se llevó la mano hacia la cabeza, con el gesto de quien recuerda el nombre de alguien. Ahora sabía qué era el ruido que no era ni un sifón ni el resoplido de un perro.

—Vaya —exclamó el sorprendido mayor—. Nunca pensé que un revólver de reglamento fuera algo para estornudar.

—Yo tampoco —dijo débilmente el padre Brown—. Qué suerte que no le apuntó usted con toda su artillería, porque le habría producido un resfriado muy considerable. —Luego, tras una pausa llena de perplejidad, dijo:

—¿Era un ladrón?

—Entremos —dijo bastante cortantemente el mayor Putnam y los precedió dentro de la casa.

El interior era una paradoja frecuente en esas horas tempranas de la mañana, porque las habitaciones parecían más luminosas que el cielo exterior, incluso después de que el mayor Putnam hubiera apagado la única luz de gas que había en el vestíbulo. El padre Brown se sorprendió de ver la mesa del comedor dispuesta como para una comida de gala, con servilletas en sus servilleteros y unas seis copas de vino de diferentes tamaños delante de cada plato. A esas horas de la mañana era frecuente encontrar los restos de un banquete de la noche anterior, pero encontrar la mesa recién puesta tan temprano resultaba insólito.

Mientras permanecía vacilante en el vestíbulo, el mayor Putnam corrió hacia la mesa y la observó enfurecido. Finalmente dijo tartamudeando:

—¡Ha desaparecido toda la plata! ¡Los cubiertos de pescado y el convoy antiguo! Hasta la jarrita de la crema. Y ahora, padre Brown, estoy dispuesto a responder a su pregunta sobre si era un ladrón.

—Es sólo una pantalla —dijo tercamente Cray—. Sé mejor que usted por qué la gente acosa esta casa. Sé mejor que usted por qué...

El mayor le dio unos golpecitos en el hombro, casi con el mismo gesto con que se consuela a un niño enfermo y dijo:

—Era un ladrón. Es evidente que era un ladrón.

—Un ladrón acatarrado —observó el padre Brown—. Eso puede ayudarle a usted a encontrar su rastro en la vecindad.

El mayor sacudió la cabeza con aire melancólico:

—Debe de estar ya fuera de nuestro alcance, me temo.

Luego, mientras el inquieto hombre del revólver volvía de nuevo hacia la puerta que daba al jardín, añadió en voz baja y confidencial:

—No sé si debo llamar a la policía, porque temo que mi amigo se ha tomado muchas libertades con su revólver y puede estar en situación ilegal. Ha vivido en sitios muy incivilizados y, para ser franco, creo que a veces se imagina cosas.

—Recuerdo que usted me dijo en una ocasión —dijo Brown— que él cree que le persigue una sociedad secreta india.

El mayor Putnam asintió, pero al mismo tiempo se encogió de hombros y dijo:

—Pienso que convendría que lo siguiéramos. No quiero que haya más... digamos, estornudos.

-Salieron a la luz de la mañana, que ahora incluso estaba teñida de sol, y vieron la alta figura del coronel Cray doblada casi en dos, examinando minuciosamente el estado de la grava y del césped. Mientras el mayor se acercaba a él sin llamar la atención, el cura dio una vuelta igualmente apacible, que le colocó en la otra esquina de la casa, a una yarda o dos del alto cubo de basura.

Permaneció observando ese deprimente objeto un par de minutos y luego se acercó a él, levantó la tapadera y metió la cabeza dentro del cubo. Al hacerlo le saltaron polvo y otra sustancia del mismo tipo, pero el padre Brown nunca observaba a fondo otras cosas. Se quedó en esa posición durante un tiempo considerable, como si estuviera sumido en alguna misteriosa plegaria. Luego sacó la cabeza, sobre la que habían caído algunas cenizas y se alejó despreocupadamente.

Para cuando llegó de nuevo a la puerta del jardín se encontró con un grupo que parecía disipar los pensamientos enfermizos igual que la luz del sol había disipado la bruma. No era racionalmente tranquilizador, era sólo enormemente cómico, como un grupo de personajes de Dickens. El mayor Putnam se las había arreglado para entrar de nuevo en la casa y ponerse una camisa y unos pantalones adecuados, con una faja ancha en torno a la cintura

color carmesí y una chaqueta corta ligera. Así ataviado, con toda normalidad, su roja y festiva faz parecía reventar de cordialidad común y corriente. Sonaba muy enfático en ese momento, pero es que se dirigía a su cocinero, el cetrino maltés cuyo rostro delgado, amarillento y preocupado contrastaba curiosamente con su gorro y su uniforme impecablemente blancos. El cocinero tenía motivos para estar preocupado, porque la cocina era la afición predilecta del mayor. Era uno de esos aficionados que siempre saben más que los profesionales. La única otra persona a la que permitía juzgar de la calidad de una tortilla era su amigo Cray y al acordarse de esto, Brown se volvió para buscar al otro militar. Bajo la luz del día y entre gente vestida normalmente y en sus cabales, el aspecto del coronel resultaba bastante chocante. El coronel, más alto y más elegante, seguía con su atuendo nocturno, con el negro pelo revuelto y en esos momentos se arrastraba a cuatro patas por el jardín, buscando aún rastros del ladrón y de cuando en cuando, al parecer, golpeaba el suelo con la mano, furioso de no encontrarlas. Al verlo así, como un cuadrúpedo, en la hierba, el sacerdote levantó las cejas con gesto de tristeza y por primera vez pensó que la frase «se imagina cosas» debía de ser un eufemismo.

El tercer ejemplar del grupo formado por el cocinero y el epicúreo era también conocido del padre Brown. Se trataba de Audrey Watson, la pupila y ama de llaves del mayor. Y en ese momento, a juzgar por el delantal, las mangas remangadas y el aire decidido, estaba más en su papel de ama de llaves que de pupila.

Le está bien empleado —decía—. Le he dicho mil veces que no saque usted el convoy antiguo.

—Me gusta más —dijo conciliadoramente Putnam—. Yo mismo soy antiguo; y todos los ingredientes están juntos.

—Y desaparecen juntos, como se ve —replicó ella—. Bueno, si no le preocupa a usted el ladrón, yo no me preocuparía del almuerzo. Es domingo y no podemos mandar a comprar vinagre y lo demás al pueblo. Y su caballero indio no disfruta de la comida sin un montón de salsas picantes. Ojalá no hubiera usted pedido al primo Oliver que me llevara a la iglesia. No termina hasta las doce y media y el coronel tiene que irse para entonces. Creo que los hombres son incapaces de arreglárselas solos.

—Sí que somos capaces, querida mía —dijo el mayor mirándola muy amistosamente—. Marco tiene todas las salsas y a menudo nos las hemos arreglado en lugares muy difíciles, como ya deberías saber. Y ya es hora de que te distraigas, Audrey. No puedes ser ama de llaves todas las horas del día. Y yo sé que quieres oír la música.

—Quiero ir a la iglesia —dijo ella con expresión más bien severa.

Era una de esas mujeres hermosas que nunca pierden su belleza, porque ésta no estriba en la actitud o en el colorido sino en la estructura misma de la cabeza y de los rasgos. Pero aunque aún no había alcanzado la mediana edad y su cabello cobrizo tenía una calidad tizianesca, tanto por la forma como por el color, había en su boca y en torno a los ojos algo que sugería que algún pesar la consumía, como los vientos consumen por fin los bordes de un templo griego. Porque, en verdad, la pequeña dificultad doméstica de la que ahora hablaba tan firmemente era más cómica que trágica. El padre Brown sacó en limpio, por la conversación, que Cray, el otro *gourmet*, tenía que irse antes de la hora habitual del almuerzo, pero que Putnam, su anfitrión, que no quería perderse un último festín con un viejo amigo, había dispuesto que se sirviera un *déjeuner* especial en el curso de la mañana, mientras Audrey y otras personas más serias asistían a la iglesia. Audrey iba a ser escoltada por un pariente y viejo amigo, el doctor Oliver Oman, quien, aunque del tipo científico más estricto, era un entusiasta de la música y estaba dispuesto a acudir a una iglesia con tal de

disfrutar de ella. Nada de todo esto podía ser motivo de la tragedia reflejada en el rostro de la señorita Watson, y siguiendo un instinto medio consciente, el padre Brown se volvió de nuevo hacia el aparente lunático que se arrastraba por la hierba.

Cuando el padre Brown se acercó a él, el coronel levantó la cabeza de pelo negro y desordenado bruscamente, como sorprendido de la presencia tranquila del cura. Y la verdad era que el padre Brown, por razones que él sabría, se había detenido junto a él mucho más de lo que la cortesía exigía o incluso, en sentido normal, permitía.

—¡Bueno! —exclamó Cray con mirada alocada—. Supongo que me cree usted loco, como los otros, ¿no es así?

—He considerado la posibilidad —respondió con compostura el hombrecito—. Y me inclino a pensar que no está usted loco.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Cray con gran brusquedad.

—Los locos verdaderos —explicó el padre Brown— siempre alimentan sus propias fantasías. Nunca luchan contra ellas. Pero usted trata de encontrar rastros del ladrón, incluso aunque no existen. Usted sigue empeñado en ello. Usted quiere lo que ningún loco quiere jamás.

—¿Y qué es lo que quiero?

—Usted quiere que se demuestre que está usted equivocado —dijo Brown.

Durante las últimas palabras Cray se había puesto de golpe en pie, vacilantemente, y miraba al clérigo con agitación.

—¡Por todos los diablos, lo que usted dice es cierto! —exclamó—. Todos se empeñan en convencerme de que el individuo sólo quería la plata, ¿como si a mí no me encantara que así fuera! Ella —hizo un gesto con su despeinada cabeza hacia Audrey, pero el cura no necesitaba ninguna indicación— me ha echado en cara hoy lo cruel que he sido por disparar contra un pobre e inofensivo ladrón y cómo me enfurezco contra los pobres e indefensos nativos. Pero hubo un tiempo en que yo era un hombre de buen carácter, tan buen carácter como el de Putnam.

Tras una pausa, añadió:

—Mire, no le conozco a usted. Pero le voy a contar toda la historia para que pueda usted juzgar. Putnam y yo éramos amigos, estábamos en el mismo rancho. Pero debido a una serie de accidentes en la frontera afgana, yo obtuve mi despacho mucho antes que la mayoría de los oficiales. Lo que ocurrió es que ambos tuvimos que regresar a casa con permiso, por razones de salud, durante algún tiempo. Yo estaba prometido a Audrey, y todos regresamos juntos. Pero en el viaje de regreso ocurrieron cosas. Cosas curiosas. El resultado fue que Putnam quiere que rompamos el compromiso e incluso Audrey sigue dando largas a la boda... y yo sé por qué lo hacen. Yo sé lo que creen de mí. Y usted también lo sabe. Bien, éstos son los hechos. El último día estuvimos en una ciudad india y yo pregunté a Putnam si podía comprar cigarros de Triquinópolis. Me indicó una tiendecita frente a su vivienda. Desde entonces he averiguado que tenía razón, pero «frente a» es una expresión peligrosa cuando una sola casa decente se levanta frente a cinco o seis casuchas. Y yo debí equivocarme de puerta. Se abrió con dificultad y sólo me encontré con la oscuridad. Pero cuando traté de retroceder, la puerta se cerró tras de mí y oí correr innumerables cerrojos. No tenía más alternativa que avanzar. Y así lo hice, pasillo tras pasillo, en la más completa oscuridad. Luego llegué hasta unos escalones y luego hasta una puerta falsa, cerrada con un cerrojo de hierro, muy ornamentado, de estilo oriental, que sólo podía adivinar por el tacto, pero que logré soltar al fin. Salí de nuevo a una zona con un extraño resplandor, medio crepuscular, debido a una multitud de lamparillas que emitían

una luz verdosa y constante. Sólo iluminaban los pies o los bordes de una construcción arquitectónica gigantesca y vacía. Justo delante de mí había algo que parecía una montaña. Confieso que casi me caí sobre la gran plataforma de piedra sobre la que me encontraba, cuando me di cuenta de que era un ídolo. Y lo que es peor, un ídolo de espaldas a mí. Mi impresión es que no era ni humano siquiera, a juzgar por la pequeña cabeza agachada y aún más por algo como una cola o un miembro de más, que se levantaba tras él y señalaba, con un dedo horrible y enorme, a un símbolo grabado en el centro de la vasta espalda de piedra. En la penumbra había empezado a tratar de descifrar el jeroglífico, no sin horror, cuando ocurrió una cosa aún más horrible. Detrás de mí se abrió silenciosamente una puerta en la pared del templo, por la que salió un hombre de rostro moreno, vestido de negro. Tenía una sonrisa fija en su boca de labios cobrizos y dientes de marfil. Pero creo que lo más odioso de su persona era que iba vestido a la europea. Creo que yo me sentía preparado para enfrentarme con sacerdotes envueltos en túnicas o con faquires desnudos. Pero ésta parecía indicar que la maldad estaba extendida por toda la Tierra. Y así era, como pude comprobar más tarde.

—Si usted sólo hubiera visto los Pies del Mono —dijo el individuo con su sonrisa fija y sin preámbulos— habríamos sido muy benévolos con usted: lo habríamos torturado y matado, sencillamente. Si usted hubiera visto la Faz del Mono, también habríamos sido muy moderados, muy tolerantes: lo habríamos torturado y le habríamos dejado vivo. Pero como usted ha visto la Cola del Mono, tenemos que aplicarle la sentencia más dura de todas: váyase usted libremente.

Cuando terminó de hablar, oí cómo el complicado cerrojo de hierro que yo había tratado de abrir se abría solo automáticamente, y luego, muy lejos, al fondo de los oscuros pasajes que antes había recorrido, oí cómo se abría también sola la pesada puerta de la calle.

—Es inútil que pida usted misericordia: está usted libre —dijo el hombre sonriente—. De ahora en adelante un cabello lo tajaré a usted como si fuese una espada y un aliento lo morderá como una víbora; le asaltarán armas procedentes de la nada. Y usted morirá muchas veces. —Y sin más, se lo tragó de nuevo el muro que había tras él. Y yo salí a la calle.

Cray hizo una pausa. Y el padre Brown, con la mayor naturalidad, se sentó en el césped y empezó a coger margaritas.

Luego el militar continuó:

—Putnam, naturalmente, con su vital sentido común, rechazó todos mis miedos y desde entonces duda de mi equilibrio mental. Bien, le diré sencillamente, de la manera más concisa, las tres cosas que han ocurrido desde entonces y usted juzgará quién de los dos tiene razón:

La primera cosa ocurrió en un pueblo indio, en el borde de la jungla, pero a cientos de millas del templo, ciudad o tipo de tribus y costumbres donde recibí la maldición. Me desperté a medianoche, en total oscuridad, y me quedé sin pensar en nada en particular cuando sentí un leve cosquilleo, como un hilo o un cabello, que atravesaba mi garganta. Me encogí para apartarme de su camino y no pude evitar pensar en las palabras oídas en el templo. Pero cuando me levanté y busqué una luz y un espejo, vi que la raya que atravesaba mi garganta era de sangre. La segunda ocurrió en una pensión en Port Said, más tarde, en nuestro viaje de regreso a Inglaterra, todos juntos. Era una mezcla de taberna y almacén de cosas curiosas y aunque allí no había nada que sugiriera ni remotamente el culto del Mono, es posible, naturalmente, que algunos de sus ídolos o talismanes se encontraran en ese

almacén. En cualquier caso, lo que sí estaba allí era su maldición. Me desperté de nuevo en la oscuridad con una sensación que no se puede describir más fría ni literalmente que como el hálito de una mordedura de serpiente. La existencia era una agonía de extinción. Me precipité contra las paredes hasta que golpeé la cabeza contra una ventana y más que saltar me caí al jardín que había bajo ella. Putnam, el pobre, que había calificado el otro episodio de arañazo casual, se vio obligado a tomarse en serio el hecho de encontrarme medio inconsciente sobre la hierba al amanecer. Pero me temo que lo que se tomó en serio fue mi estado mental y no mi relato.

La tercera cosa ocurrió en Malta. Allí estábamos en una fortaleza y daba la casualidad de que nuestros dormitorios miraban al mar abierto, que casi llegaba hasta nuestros alféizares, protegidos sólo por un blanco muro exterior, plano y tan desnudo como el mar. Me desperté de nuevo. Pero esta vez no estaba oscuro. Había luna llena, según pude comprobar al acercarme a la ventana. Hubiera podido ver un pájaro sobre el desnudo muro o una vela en el horizonte. Lo que vi, en realidad, fue una especie de bastón, o de rama que giraba, sin que nada ni nadie la sujetara, en el cielo vacío. Voló en línea recta hasta mi ventana y cayó, destrozándola, sobre la lámpara que había junto a mi almohada, sobre la que unos minutos antes había estado mi cabeza. Era una de esas extrañas mazas de guerra que usan algunas tribus orientales. Pero no había sido lanzada por mano humana.

El padre Brown arrojó la cadeneta de margaritas que estaba haciendo y se puso en pie con mirada pensativa.

—¿Tiene el mayor Putnam objetos curiosos orientales, ídolos, armas y cosas así, que pudieran darle a uno alguna pista? —preguntó.

—Muchísimos, aunque no sirven para nada, me temo —replicó Cray—. Pero venga a su estudio a verlos, por favor.

Al entrar se cruzaron con la señorita Watson, que se abrochaba los guantes para ir a la iglesia y oyeron la voz de Putnam desde abajo, que seguía dando lecciones de cocina al cocinero. En el estudio del mayor, atiborrado de objetos curiosos, se encontraron súbitamente con un tercer personaje, con sombrero de copa y vestido para salir, que estudiaba un libro abierto sobre la mesa de fumar, un libro que dejó caer con cierto aire culpable, volviéndose hacia ellos.

Se trataba del doctor Oman. Cray lo presentó cortésmente, pero con tal gesto de antipatía en su rostro que el padre Brown adivinó que los dos hombres, lo supiera Audrey o no, eran rivales. Y la verdad es que el padre Brown no dejaba de simpatizar con los prejuicios de Cray. El doctor Oman era un caballero bien vestido, de rasgos correctos, aunque casi tan oscuro de tez como un asiático. Pero el padre Brown se llamó a sí mismo al orden severamente, recordándose que la caridad le obligaba a uno a aceptar incluso a los que usan fijador en sus puntiagudas barbas, que tienen manos pequeñas elegantemente enguantadas y que hablan con voz perfectamente modulada.

Cray parecía encontrar algo especialmente irritante en el librito de oraciones que Oman sostenía en su mano enguantada de negro.

—No sabía que le gustaran a usted esos libros —dijo bastante groseramente.

Oman se rió suavemente, sin darse por ofendido.

—Esto me resulta más adecuado, ya lo sé —dijo colocando la mano sobre el libro grande que había dejado caer—, un diccionario de drogas y similares. Pero es demasiado grande para llevarlo a la iglesia.

Luego cerró el libro grande y de nuevo parecía dar una ligerísima sensación de prisa y de confusión.

—Supongo —dijo el cura, que parecía cambiar de tema rápidamente— que todas esas lanzas y demás objetos proceden de la India, ¿no es así?

—Proceden de todas partes —respondió el médico—. Putnam es un viejo militar y ha estado en México, en Australia y hasta puede que en las islas Caníbal.

—Espero que no fuera en las islas Caníbal —dijo Brown— donde aprendió el arte culinario. —Y paseó los ojos por las cacerolas y otros extraños utensilios que colgaban de la pared.

En ese momento el jovial individuo del que hablaban asomó su riente rostro, rojo como una langosta, en la habitación:

—Vamos, Cray —exclamó—. Ya viene su almuerzo. Y están tocando las campanas para los que quieren ir a la iglesia.

Cray subió rápidamente a cambiarse. El doctor Oman y la señorita Watson se unieron solemnemente calle abajo a una serie de feligreses. Pero el padre Brown observó que el médico miró dos veces hacia atrás, a la casa, e incluso regresó a la esquina de la calle para volver a mirarla.

El cura estaba perplejo.

—No puede haber andado en la basura —murmuró—. Con esas ropas, imposible. ¿O estuvo allí más temprano?

El padre Brown, en lo tocante a los demás, era tan sensible como un barómetro, pero hoy parecía tan sensible como un rinoceronte. No había ley social, rígida o implícita, que le permitiera detenerse junto a la mesa del almuerzo de los amigos anglo indios; pero él se quedó, cubriendo su posición con torrentes de conversación divertida, pero completamente innecesaria. Resultaba aún más sorprendente su presencia porque no parecía querer almorzar. A medida que aparecía ante los comensales plato tras plato de exquisita elaboración, con sus salsas perfectamente equilibradas y acompañadas de los vinos adecuados, el padre Brown se limitaba a repetir que era uno de sus días de ayuno, masticaba un trozo de pan y se limitaba a probar un sorbito apenas de un vaso de agua fría. Su charla, sin embargo, era exuberante.

—Les diré lo que les voy a hacer —exclamó—. ¡Les prepararé una ensalada! No la puedo comer, pero se la aliñaré como los propios ángeles. Aquí hay una lechuga.

—Desgraciadamente es lo único que tenemos —respondió el afable mayor—. Recuerde usted que la mostaza, el vinagre y el aceite y esas cosas desaparecieron con el convoy y el ladrón.

—Lo sé —replicó Brown bastante difusamente—. Eso es lo que siempre temí que ocurriría. Por eso siempre llevo un convoy conmigo. Me encantan las ensaladas.

Y ante la sorpresa de los dos hombres, sacó un frasco de pimienta del bolsillo de su chaleco y lo puso sobre la mesa.

—Me pregunto por qué querría también mostaza el ladrón —continuó sacando un bote de mostaza de otro bolsillo—. Una cataplasma de mostaza, supongo. Y vinagre —añadió sacando dicho condimento—, ¿no he oído yo algo sobre vinagre y papel de estraza? En cuanto al aceite, que me parece que puse en mi bolsillo izquierdo...

Su verborrea se interrumpió un instante, porque al levantar los ojos vio algo que los demás no vieron: la negra figura del doctor Oman, en el césped bañado por el sol, que miraba fijamente lo que ocurría en la habitación. Antes de que pudiera recuperar el habla, intervino Cray, con tono de sorpresa:

—Es usted un tipo notable. Iré a oír sus sermones, si son tan divertidos como sus modales. —Se le alteró un poco la voz y se echó hacia atrás en su asiento.

—Oh, también hay sermones en un convoy —dijo con gravedad el padre Brown—. ¿No ha oído usted hablar de la fe que es como un grano de mostaza o de la caridad que unge con aceite? En cuanto al vinagre, ¿puede algún soldado olvidar a aquel soldado solitario que, cuando se oscureció el sol...

El coronel Cray se inclinó un poco hacia adelante y se agarró al mantel.

El padre Brown, que estaba preparando la ensalada, echó dos cucharadas de mostaza en el vaso de agua que tenía a su lado, se levantó y dijo con voz diferente, fuerte e imperiosa:

—¡Bébase esto!

En ese mismo instante, el médico que estaba inmóvil en el jardín se acercó corriendo, abrió de golpe una ventana y exclamó:

—¿Me necesitan? ¿Lo han envenenado?

—Casi —dijo Brown, con una leve sonrisa. —El emético había hecho su efecto súbitamente y Cray yacía en una tumbona, respirando como si se ahogara, pero vivo.

El mayor Putnam se había puesto en pie de golpe, con el rostro purpúreo todo moteado.

—¡Un crimen! —exclamó con voz ronca—. ¡Voy a buscar a la policía!

El cura oyó cómo cogía su sombrero de hojas de palma del perchero y se precipitaba fuera de la casa. Oyó golpear la puerta del jardín. Pero se quedó mirando a Cray. Y tras un silencio dijo suavemente:

—No hablaré mucho. Pero le diré lo que usted quiere saber. No hay ninguna maldición sobre usted. El Templo del Mono fue una coincidencia o parte de la triquiñuela. Y la triquiñuela era la de un hombre blanco. Sólo hay un arma que puede hacer sangrar con un mero roce como de pluma: una hoja de afeitar manejada por un hombre blanco. Hay un solo modo de hacer que una habitación corriente se llene de un veneno invisible y eficaz y consiste en abrir el gas: crimen propio de un hombre blanco. Y sólo hay un tipo de maza que puede lanzarse por una ventana y que gire en medio del aire y vuelva a la ventana de al lado: el bumerang australiano. Verá que hay varios en el estudio del mayor.

Dicho esto, salió y habló un momento con el médico. Un instante después, Audrey Watson entró corriendo en la casa y se arrodilló junto a la silla de Cray. El cura no podía oír lo que decían, pero sus rostros reflejaban sorpresa, no infelicidad.

El médico y el cura caminaron lentamente hacia la puerta del jardín.

—Me imagino que el mayor también estaba enamorado de ella —dijo el cura con un suspiro. Y cuando el otro asintió, el padre Brown observó:

—Fue usted muy generoso, doctor. Tuvo usted una actitud muy noble. Pero ¿qué le hizo sospechar?

—Algo insignificante —dijo Oman—, pero que me tuvo inquieto en la iglesia hasta que regresé para ver si todo estaba bien. El libro que había en aquella mesa era una obra sobre venenos y estaba abierto por una parte que decía que cierto veneno indio, aunque mortal y difícil de descubrir, era particularmente fácil de eliminar con el uso de un emético común. Supongo que él lo leyó en el último momento...

—Y recordó que había emético en el convoy —dijo el padre Brown—. Exactamente. Arrojó el convoy en el cubo de la basura —donde lo encontré yo, junto con otras piezas de plata— para fingir un robo. Pero si mira usted el frasco de la pimienta que puse sobre la mesa, verá que tiene un agujerito. Ahí es donde dio la bala de Cray, sacudiendo la pimienta y haciendo estornudar al criminal.

Se produjo un silencio. Luego el doctor Oman dijo sombríamente:

—El mayor lleva mucho tiempo buscando a la policía.

—O la policía buscando al mayor, ¿no? —dijo el cura—. Bueno, adiós.

El jardín secreto

Arístides Valentín, jefe de la policía de París, llegó tarde a la cena, y algunos de sus huéspedes estaban ya en casa. Pero a todos los tranquilizó su criado de confianza, Iván, un viejo que tenía una cicatriz en la cara y una cara tan gris como sus bigotes, y que siempre se sentaba tras una mesita que habla en el vestíbulo; un vestíbulo tapizado de armas. La casa de Valentín era tal vez tan célebre y singular como el amo. Era una casa vieja, de altos muros y álamos tan altos que casi sobresalían, vistos desde el Sena; Pero la singularidad -y acaso el valor policíaco- de su arquitectura, estaba en esto: que no había más salida a la calle que aquella puerta del frente, resguardada por Iván y por la armería. El jardín era amplio y complicado, y había varias salidas de la casa al jardín. Pero el jardín no tenía acceso al exterior, y lo circundaba un paredón enorme, liso, inaccesible, con púas en las bardas. No era un mal jardín para los esparcimientos de un hombre a quien centenares de criminales habían jurado matar.

Según Iván explicó a los huéspedes, el amo había anunciado por teléfono que asuntos de última hora lo obligaban a retardarse unos diez minutos. En verdad, estaba dictando algunas órdenes sobre ejecuciones y otras cosas desagradables de este jaez. Y aunque tales menesteres le eran profundamente repulsivos, siempre los atendía con la necesaria exactitud. Tenaz en la persecución de los criminales, era muy suave a la hora del castigo. Desde que había llegado a ser la suprema autoridad policíaca de Francia, y en gran parte de Europa, había empleado honorablemente su influencia en el empeño de mitigar las penas y purificar las prisiones. Era uno de esos librepensadores humanitarios que hay en Francia. Su única falta consiste en que su perdón suele ser más frío que su justicia. Valentín llegó. Estaba vestido de negro; llevaba en la solapa el botoncito rojo. Era una elegante figura. Su barbilla negra tenía ya algunos toques grises. Atravesó la casa y se dirigió inmediatamente a su estudio, situado en la parte posterior. La puerta que daba al jardín estaba abierta. Muy cuidadosamente guardó con llave su estuche en el lugar acostumbrado, y se quedó unos segundos contemplando la puerta abierta hacia el jardín. La luna -dura- luchaba con los jirones y andrajos de nubes tempestuosas. Y Valentín la consideraba con una emoción anhelosa, poco-habitual en naturalezas tan científicas como la suya. Acaso estas naturalezas poseen el don psíquico de prever los más tremendos trances de su existencia. Pero pronto, se recobró de aquella vaga inconsciencia, recordando que había llegado con retraso y que sus huéspedes lo estarían esperando. Al entrar al salón, se dio cuenta al instante de que, por lo menos, su huésped de honor aún no, había llegado. Distinguió a las otras figuras importantes de su pequeña sociedad: a Lord Galloway, el embajador inglés -un viejo colérico con una cara roja como amapola, que llevaba la banda azul de la Jarretera-; a Lady Galloway, sutil como una hebra de hilo, con los cabellos argentados y la expresión sensitiva y superior. Vio también a su hija, Lady Margaret Graham, pálida y preciosa muchacha, con cara de hada y cabellos color de cobre., Vio a la duquesa de Mont Saint-Michel, de ojos negros, opulenta, con sus dos hijas, también opulentas y ojinegras. Vio al doctor Simon, tipo del científico francés, con sus gafas, su barbilla obscura, la frente partida por aquellas arrugas paralelas que son el castigo de los hombres de ceño altanero, puesto que proceden del mucho levantar las cejas. Vio al Padre Brown, de Cobhole, en Essex, a quien había conocido en Inglaterra recientemente. Vio, tal vez con mayor interés que a todos los otros, a

un hombre alto, con uniforme, que acababa de inclinarse ante los Galloway sin que estos contestaran su saludo muy calurosamente, y que a la sazón se adelantaba al encuentro de su anfitrión para presentarle sus cortesías. Era el comandante O'Brien, de la Legión francesa extranjera; tenía un aspecto entre delicado y fanfarrón, iba todo afeitado, el cabello oscuro, los ojos azules y, como parecía propio en un oficial de aquel famoso, regimiento de los victoriosos fracasos y los afortunados suicidios, su aire era a la vez atrevido y melancólico. Era, por nacimiento, un caballero irlandés y, en su infancia, había conocido a los Galloway, y especialmente a Margarita Graham. Habla abandonado su patria dejando algunas deudas, y ahora daba a entender su absoluta emancipación de, la etiqueta inglesa presentándose en uniforme, espada al cinto y espuelas calzadas. Cuando saludó a la familia del embajador, Lord y Lady Galloway le contestaron con rigidez, y Lady Margarita miró a otra parte.

Pero si las visitas tenían razones para considerarse entre sí con un interés especial, su distinguido anfitrión no estaba especialmente interesado en ninguna de ellas. A lo menos, ninguna de ellas era a sus ojos el convidado de la noche. Valentín esperaba, por ciertos motivos, la llegada de un hombre de fama mundial, cuya amistad se había ganado durante sus victoriosas campañas policíacas en los Estados Unidos. Esperaba a Julio K. Brayne, el multimillonario cuyas colosales y aplastantes generosidades para favorecer la propaganda de las religiones no reconocidas habían dado motivo a tantas y tan fáciles burlas, y a tantas solemnes y todavía más fáciles felicitaciones por parte de la prensa americana y británica. Nadie podía estar seguro de si Mr. Brayne era un ateo, un mormón o un partidario de la ciencia cristiana; pero él siempre estaba dispuesto a llenar de oro todos los vasos intelectuales, siempre que fueran vasos hasta hoy no probados. Una de sus manías era esperar la aparición del Shakespeare americano -cosa de más paciencia que el oficio de pescar-. Admiraba a Walt Whitman, pero opinaba que Luke P. Tanner, de París (Philadelphia), era mucho más "progresista" que Whitman. Le gustaba toda lo que le parecía "progresista". Y Valentín le parecía "progresista", con lo cual le hacía una grande injusticia.

La deslumbrante aparición de Julio K. Brayne fue como un toque de campana que diera la señal de la cena. Tenía una notable cualidad, de que podemos preciarnos muy pocos: su presencia era tan ostensible como su ausencia. Era enorme, tan gordo como alto; vestía traje de noche, de negro implacable, sin el alivio de una cadena de reloj o de una sortija. Tenía el cabello blanco, y lo llevaba peinado hacia atrás, como un alemán; roja la cana, fiera y angelical, con una barbilla oscura en el labio inferior, lo cual transformaba su rostro infantil, dándole un aspecto teatral y mefistofélico. Pero la gente que estaba en el salón no perdió mucho tiempo en contemplar al célebre americano.

Su mucha tardanza había llegado, a ser ya un problema doméstico, y a toda prisa se le invitó a tomar del brazo a Lady Galloway para pasar al comedor.

Los Galloway estaban dispuestos a pasar alegremente por todo, salvo en un punto: siempre que Lady Margarita no tomara el brazo del aventurero O'Brien, todo estaba bien. Y Lady Margarita no lo hizo así, sino que entró al comedor decorosamente acompañada por el doctor Simon. Con todo, el viejo Lord Galloway comenzó a sentirse inquieto y a ponerse algo áspero. Durante la cena estuvo bastante diplomático; pero cuando, a la hora de los cigarros, tres de los más jóvenes -el doctor Simon, el Padre Brown y el equívoco O'Brien, el desterrado con uniforme extranjero- empezaron a mezclarse en los grupos de las damas y a fumar en el invernadero, entonces el diplomático inglés perdió la diplomacia. A cada sesenta segundos le atormentaba la idea de que el bribón de O'Brien tratara por cualquier medio de hacer señas a Margarita, aunque no se imaginaba de qué manera. A la hora del

café se quedó acompañado de Brayne, el canoso yanqui que creía en todas las religiones, y de Valentín, el poligrisáceo francés que no, creía en ninguna. Ambos podían discutir mutuamente cuanto quisieran; pero, era inútil que invocaran el apoyo del diplomático. Esta logomaquia "progresista" acabó por ponerse muy aburrida; entonces Lord Galloway se levantó también, y trató de dirigirse al salón. Durante seis u ocho minutos anduvo perdido por los pasillos; al fin oyó la voz aguda y didáctica del doctor, y después la voz opaca del clérigo, seguida por una carcajada general. Y pensó con fastidio que tal vez allí estaban también discutiendo sobre la ciencia y la religión. Al abrir la puerta del salón solo se dio cuenta de una cosa: de quienes estaban ausentes. El comandante O'Brien no estaba allí; tampoco Lady Margarita.

Abandonó entonces el salón con tanta impaciencia como antes abandonara el comedor, y otra vez metióse por los pasillos. La preocupación por proteger a su hija del pícaro argelino-irlandés se había apoderado, de él como una locura. Al acercarse al interior de la casa, donde estaba el estudio de Valentín, tuvo la sorpresa de encontrar a su hija, que pasaba rápidamente con una cara pálida y desdeñosa, que era un enigma por si sola. Si habla estado hablando con O'Brien, ¿dónde estaba éste? Si no había estado con él, ¿de dónde venía? Con una sospecha apasionada y senil se internó más en la casa, y casualmente dio con una puerta de servicio que comunicaba al jardín. Ya la luna, con su cimitarra, había rasgado y deshecho toda nube de tempestad. Una luz de plata bañaba de lleno el jardín. Por el césped vio pasar una alta figura azul camino del estudio. Al reflejo lunar, sus facciones se revelaron: era el comandante O'Brien.

Desapareció tras la puerta vidriera en los interiores de la casa, dejando a Lord Galloway en un estado de ánimo indescriptible, a la vez confuso e iracundo. El jardín de plata y azul, como un escenario de teatro, parecía atraerle tiránicamente con esa insinuación de dulzura tan opuesta al cargo que él desempeñaba en el mundo. La esbeltez y gracia de los pasos del irlandés le habían encolerizado como si, en vez de un padre, fuese un rival; y ahora a la luz de la luna lo enloquecía. Una como magia pretendía atraparlo, arrastrándolo hacia un jardín de trovadores, hacia una tierra maravillosa de Watteau; y, tratando de emanciparse por medio de la palabra de aquellas amorosas insensateces, se dirigió rápidamente en pos de su enemigo. Tropezó con algunas piedras o raíz de árbol, y se detuvo instintivamente a escudriñar el suelo, primero con irritación, y después con curiosidad. Y entonces la luna y los álamos del jardín pudieron ver un espectáculo inusitado: un viejo diplomático inglés que echaba a correr, gritando y aullando.

A sus gritos, un rostro pálido se asomó por la puerta del estudio, y se vieron brillar los lentes y aparecer el ceño preocupado del doctor Simon, que fue el primero en oír las primeras palabras que al fin pudo articular claramente el noble caballero. Lord Galloway gritaba:

-¡Un cadáver sobre la hierba! ¡Un cadáver ensangrentado! Y ya no pensó más en O'Brien.

-Debemos decirlo, al instante a Valentín -observó el doctor, cuando el otro le hubo descrito entre tartamudeos lo que apenas se había atrevido a mirar-. Es una fortuna tenerle tan a mano.

En ese instante, atraído por las voces, el gran detective entraba en el estudio. La típica transformación que se operó en él fue algo casi cómico: había acudido al sitio con el cuidado de un huésped y de un caballero, que se figura que alguna visita o algún criado se ha puesto malo; pero cuando le dijeron que se trataba de un hecho sangriento, al instante

tornose grave, importante, y tomó el aire de hombre de negocios; porque, después de todo, aquello, por abominable e insólito que fuese, era su negocio.

-Amigos míos -dijo mientras se encaminaban hacia el jardín-, es muy extraño que tras haber andado por toda la tierra a caza de enigmas se me ofrezca uno en mi propio jardín. ¿Dónde está?

No sin cierta dificultad cruzaron el césped, porque había comenzado a levantarse del río una ligera niebla. Guiados por el espantado Galloway, encontraron al fin el cuerpo, hundido entre la espesa hierba. Era el cuerpo de un hombre muy alto y de robustas espaldas. Estaba boca abajo, vestido de negro, y era calvo, con un escaso vello negro aquí y allá que tenía un aspecto de alga húmeda. De su cara manaba una serpiente roja de sangre.

-Por lo menos -dijo Simon, con una voz Profunda y extraña-, por lo menos no es ninguno de los nuestros.

-Examínelo usted, doctor -ordenó con cierta brusquedad Valentín-. Bien pudiera no estar muerto.

El doctor se inclinó.

-No está enteramente frío, pero me temo que sí completamente muerto -dijo-. Ayúdenme ustedes a levantarlo.

Lo levantaron cuidadosamente hasta una pulgada del Suelo, y al instante se dispararon con espantosa certidumbre, todas sus dudas. La cabeza se desprendió del tronco. Había sido completamente cortada. El que había cortado aquella garganta había quebrado también las vértebras del cuello. El mismo Valentín se sintió algo sorprendido.

-El que ha hecho esto es tan fuerte como un gorila -murmuró.

Aunque acostumbrado a los horrores anatómicos, el doctor Simon se estremeció al levantar aquella cabeza. Tenía algún arañazo por la barba y mandíbula, pero, la cara estaba substancialmente intacta. Era una cara amarilla, pesada, a la vez hundida e hinchada, nariz de halcón, párpados inflados: la cara de un emperador romano prostituido, con ciertos toques de emperador chino. Todos los presentes parecían considerarlo con la fría mirada del que mira a un desconocido. Nada más había de notable en aquel cuerpo, salvo que, cuando lo, levantaron, vieron claramente el brillo de una pechera blanca manchada de sangre. Como había dicho el doctor Simon, aquel hombre no era de los suyos, no estaba en la partida, pero bien podía haber tenido el propósito de venir a hacerles compañía, porque vestía el traje de noche propio del caso.

Valentín se puso de rodillas, se echó sobre las manos, y en esa actitud anduvo examinando con la mayor atención profesional la hierba y el suelo, dentro de un contorno de veinte yardas, tarea en que fue asistido menos, concienzudamente por el doctor, y sólo convencionalmente por el lord inglés. Pero sus penas no tuvieron más recompensa que el hallazgo de unas cuantas ramitas partidas o quebradas en trozos muy pequeños, que Valentín recogió para examinar un instante, y después arrojó.

-Unas ramas -dijo gravemente-; unas ramas y un desconocido decapitado; es todo lo que hay sobre el césped.

Hubo un silencio casi humillante, y de pronto el agitado, Galloway gritó:

¿Qué es aquello? ¿Aquello que se mueve junto al muro?

A la luz de la luna se veía, en efecto, acercarse una figura pequeña con una enorme cabeza; pero lo que de pronto parecía un duende, resultó ser el inofensivo curita, a quien habían dejado en el salón.

-Advierto -dijo con mesura- que este jardín no tiene puerta exterior. ¿No es verdad?

Valentín frunció el ceño con cierto disgusto, como solía hacerlo por principio ante toda sotana. Pero era hombre demasiado justo para disimular el valor de aquella observación.

-Tiene usted razón -contestó-; antes de preguntarnos cómo ha sido muerto, hay que averiguar cómo ha podido llegar hasta aquí. Escúchenme ustedes, señores. Hay que convenir en que -si ello resulta compatible con mi deber profesional- lo mejor será comenzar por excluir de la investigación pública algunos nombres distinguidos. En casa hay señoras y caballeros, y hasta un embajador. Si establecemos que este hecho es un crimen, como tal hemos de investigarlo. Pero, mientras no llegemos ahí, puedo obrar con entera discreción. Soy la cabeza de la policía: persona tan pública, que bien puedo atreverme a ser privado. Quiera el cielo que pueda yo solo, y por mi cuenta, absolver a todos y cada uno de mis huéspedes antes que tenga que acudir a mis empleados para que busquen en otra parte al autor del crimen. Pido a ustedes, por su honor, que no salgan de mi casa hasta mañana a mediodía. Hay alcobas suficientes para todos. Simon, ya sabe usted donde está Iván, mi hombre de confianza: en el vestíbulo. Dígale usted que deje a otro criado de guardia y venga al instante. Lord Galloway, usted es, y sin duda, la persona más indicada para explicar a las señoras lo que sucede y evitar el pánico. También ellas deben quedarse. El Padre Brown y yo vigilaremos, entretanto, el cadáver.

Cuando el genio del capitán hablaba en Valentín, siempre era obedecido como un clarín de órdenes. El doctor Simon se dirigió a la armería y dio la voz de alarma a Iván, el detective privado de aquel detective público. Galloway fue al salón y comunicó las terribles nuevas con bastante tacto, de suerte que cuando todos se reunieron allí, las damas habían pasado ya del espanto al apaciguamiento. Entretanto, el buen sacerdote y el buen ateo permanecían uno a la cabeza y otro, a los pies del cadáver, inmóviles, bajo la luna, estatuas simbólicas de dos filosofías de la muerte.

Iván, el hombre de confianza, de la gran cicatriz y los bigotazos, salió de la casa disparado como una bala de cañón y vino corriendo sobre el césped hacia Valentín, como perro que acude a su amo. Su cara lívida parecía vitalizada con aquel suceso policíaco domestico, y con una solicitud casi repugnante pidió permiso a su amo para examinar los restos.

-Si, Ivan, haz lo que gustes, pero no tardes; debemos llevar dentro el cadáver.

Iván levantó aquella cabeza, y casi la dejó caer.

-¡Cómo! -exclamó-; ¡esto... esto no puede ser. ¿Conoce usted a este hombre, señor?

-No -repuso Valentín, indiferente-; más vale que entremos.

Entre los tres depositaron el cadáver sobre un sofá del estudio, y después se dirigieron al salón.

El detective, sin vacilar, se sentó tranquilamente junto a un escritorio; su mirada era la mirada fría del juez. Trazó algunas notas rápidas en un papel y preguntó después concisamente:

-¿Están presentes todos?

-Falta Mr. Brayne -dijo la duquesa de Mont Saint Michel, mirando en rededor.

-SI -dijo Lord. Galloway, con áspera voz-, y creo que también falta Mr. Neil O'Brien. Yo lo vi pasar por el jardín cuando el cadáver estaba todavía caliente.

-Iván -dijo el detective-, ve a buscar al comandante O'Brien y a Mr. Brayne. A éste lo dejé en el comedor acabando su cigarro. El comandante O'Brien creo que anda paseando por el invernadero, pero no estoy seguro.

El leal servidor salió corriendo, y antes que nadie pudiera moverse o hablar, Valentín continuó con la misma militar presteza:

-Todos ustedes saben ya que en el jardín ha aparecido un hombre muerto, decapitado. Doctor Simon: usted lo ha examinado. ¿Cree usted que supone una fuerza extraordinaria el cortar de esta suerte la cabeza de un hombre, o que basta con emplear un cuchillo muy afilado?

Y el doctor, pálido:

-Me atrevo a decir, que no puede hacerse con un simple cuchillo.

Y Valentín continuó:

-¿Tiene usted alguna idea sobre el utensilio o arma que hubo que emplear para tal operación?

-Realmente -dijo el doctor, arqueando las preocupadas cejas-, en la actualidad no creo que se emplee arma alguna que pueda producir este efecto. No es fácil practicar tal corte, aun con torpeza; mucho menos con la perfección del que nos ocupa. Solo se podría hacer con un hacha de combate, o con una antigua hacha de verdugo, o con un viejo montante de los que se esgrimían a dos manos.

-¡Santos cielos! -exclamó la duquesa con voz histérica-; ¿y no hay aquí, acaso, en la armería, hachas de combate y viejos montantes?

Valentín, siempre dedicado a su papel de notas, dijo, mientras apuntaba algo rápidamente:

-Y dígame usted: ¿podría cortarse la cabeza con un sable francés de caballería?

En la puerta se oyó un golpecito que, quién sabe por qué, produjo en todos un sobresalto como el golpecito que se oye en Lady Macbeth. En medio del silencio glacial, el doctor Simon logró al fin decir:

-¿Con un sable? Si, creo que se podría.

-Gracias -dijo Valentín-. Entra, Iván.

E Iván, el confidente, abrió la puerta para dejar pasar al comandante O'Brien, a quien se había encontrado paseando otra vez por el jardín.

El oficial irlandés se detuvo desconcertado y receloso en el umbral.

-¿Para qué ago falta? -exclamó.

-Tenga usted la bondad de sentarse -dijo Valentín, procurando ser agradable-. Pero qué, ¿no lleva usted su sable? ¿Dónde lo ha dejado?

-Sobre la mesa de la biblioteca -dijo O'Brien; y su acento irlandés se dejó sentir con la turbación, más que nunca-. Me incomodaba, comenzaba a...

-Iván -interrumpió Valentín-. Haz el favor de ir a la biblioteca por el sable del comandante -y cuando el criado desapareció-: Lord Galloway afirma que lo vio a usted saliendo del jardín poco antes de tropezar el con el cadáver. ¿Qué hacía usted en el jardín?

El comandante se dejó caer en un sillón con cierto, desfallecimiento.

-¡Ah! -dijo ahora con el más completo acento irlandés-. Admiraba la luna, comulgaba un poco con la naturaleza, amigo mío.

Se produjo un profundo, largo silencio. Y de nuevo se oyó aquel golpecito a la vez insignificante y terrible. E Iván reapareció trayendo una funda de sable.

-He aquí todo lo que pude encontrar -dijo.

-Ponlo sobre la mesa -ordenó Valentín sin verlo.

En el salón habla una expectación silenciosa e inhumana, Como ese mar de inhumano silencio que se forma junto al banquillo de un homicida condenado. Las exclamaciones de la duquesa habían cesado desde hacía un rato. El odio profundo de Lord Galloway se sentía satisfecho y amortiguado. La voz que entonces se dejó oír fue la más inesperada.

-Yo puedo decirlos... -Soltó Lady Margarita, con aquella voz clara, temblorosa, de las mujeres valerosas que hablan en público-. Yo puedo decirlos lo que Mr. O'Brien hacia en el jardín, puesto que él está obligado a callar. Estaba, sencillamente, pidiendo mi mano. Yo se la negué, y le dije que mis circunstancias familiares me impedían concederle nada más que mi estimación. El no parceló muy contento: mi estimación no le importaba gran cosa. Pero ahora -añadió con débil sonrisa-, ahora no sé si mi estimación le importará tan poco como antes: vuelvo a ofrecérsela. Puedo jurar en todas partes que este hombre no cometió el crimen.

Lord Galloway se adelantó hacia su hija, y trató de intimidarla hablándole en voz baja.

-Cállate, Margarita -dijo con un cuchicheo perceptible a todos-. ¿Cómo puedes escudar a ese hombre? ¿Dónde está su sable? ¿Dónde su condenado sable de caballería?

Y se detuvo ante la mirada singular de su hija, mirada que atrajo las de todos a manera de un fantástico imán.

-¡Viejo insensato! -exclamó ella con voz sofocada y sin disimular su impiedad-. ¿Acaso te das cuenta de lo que quieres probar? Yo he dicho que este hombre ha sido inocente mientras estaba a mi lado. Si no fuera inocente, no por eso dejaría de haber estado a mi lado. Y si mató a un hombre en el jardín, ¿quién más pudo verlo? ¿Quién más pudo, al menos, saberlo? ¿Odias tanto a Neil, que no vacilas en comprometer a tu propia hija?...

Lady Galloway se echó a llorar. Y todos sintieron el escalofrío de las tragedias satánicas a que arrastra la pasión amorosa. Les pareció ver aquella cara orgullosa y lívida de la aristócrata escocesa, y junto a ella la del aventurero irlandés, como viejos retratos en la oscura galería de una casa. El silencio pareció llenarse de vagos recuerdos, de historias de maridos asesinos y de amantes envenenadores.

Y en medio de aquel silencio enfermizo se oyó una voz cándida:

-¿Era muy grande el cigarro?

El cambio de ideas fue tan súbito, que todos se volvieron a ver quien había hablado.

-Me refiero -dijo el diminuto Padre Brown-, me refiero al cigarro que Mr. Brayne estaba acabando de fumar. Porque ya me va pareciendo más largo que un bastón.

A pesar de la impertinencia, Valentín levantó la cabeza, y no pudo menos de demostrar, en su cara, la irritación mezclada con la aprobación.

-Bien dicho -dijo con sequedad- Iván, ve a buscar de nuevo a Mr. Brayne, y tráelo aquí al punto.

En cuanto desapareció el factotum, Valentín se dirigió a la joven con la mayor gravedad.

-Lady Margarita -comenzó-; estoy seguro de que todos sentimos aquí gratitud y admiración a la vez por su acto: ha crecido usted más en su ya muy alta dignidad al explicar la conducta del comandante. Pero todavía queda una laguna. Si no me engaño, Lord Galloway la encontró a usted entre el estudio y el salón y solo unos cuantos minutos es se encontró al comandante, el cual estaba todavía en el jardín.

-Debe usted recordar -repuso Margarita con fingida ironía- que yo acababa de rechazarlo; no era, pues, fácil que volviéramos del brazo. El es, como quiera, un caballero. Y procuró quedarse atrás... ¡Y ahora le achacan el crimen! -En esos minutos de intervalo -dijo Valentín gravemente- muy bien pudo....

De nuevo se oyó el golpecito, e Iván asomó su cara señalada:

-Perdón, señor -dijo-; Mr. Brayne ha salido de casa.

-¡Que ha salido! -gritó Valentín, poniéndose en pie por primera vez.

-Que se ha ido, ha tomado las de Villadiego o se ha evaporado -continuó Iván en lenguaje humorístico-. Tampoco aparecen su sombrero ni su gabán y diré algo más, para completar: que he recorrido los alrededores de la casa para encontrar sus rastros, y he dado con uno, y por cierto muy importante.

-¿Qué quieres decir?

-Ahora se verá -dijo el criado; y, ausentándose, reapareció a poco con un sable de caballería deslumbrante, manchado de sangre por el filo y la punta.

Todos creyeron ver un rayo. Y el experto Iván continuó tranquilamente:

-Lo encontré entre unos matorrales, a unas cincuenta yardas de aquí, camino de París. En otras palabras, lo encontré precisamente en el sitio en que lo arrojó el respetable Mr. Brayne en su fuga.

Hubo un silencio, pero de otra especie. Valentín tomó el sable, lo examinó, reflexionó con una concentración no fingida, y después con aire respetuoso le dijo a O'Brien:

Comandante, confío en que siempre estará usted dispuesto a permitir que la policía examine esta arma si hace falta. Y entretanto -añadió, metiendo el sable en la funda-, permítame usted devolvérsela.

Ante el simbolismo militar de aquel acto, todos tuvieron que dominarse para no aplaudir.

Y, en verdad, para el mismo Neil O'Brien aquello fue la crisis suprema de su vida. Cuando, al amanecer del día siguiente, andaba otra vez paseando por el jardín, había desaparecido de su semblante la trágica trivialidad que de ordinario le distinguía: tenía muchas razones para considerarse feliz. Lord Galloway, que era todo un caballero, le había presentado la excusa más formal. Lady Margarita era algo que una verdadera dama: una mujer, y tal vez le había presentado algo mejor que una excusa, cuando anduvieron paseando antes del almuerzo por entre los macizos de flores. Todos se sentían más animados y humanos, por que, aunque subsistía el enigma, del muerto, el peso de la sospecha no cala ya sobre ninguno de ellos, y habla huido hacia París sobre el dorso de aquel millonario extranjero a quien conocían apenas. El diablo había sido desterrado de casa: el mismo se había desterrado.

Con todo, el enigma continuaba. O'Brien y el doctor Simon se sentaron en un banco del jardín, y este interesante personaje científico se puso a resumir los términos del problema. Pero no logró hacer hablar mucho a O'Brien, cuyos pensamientos iban hacia más felices regiones.

-No puedo decir que me interese mucho el problema -dijo francamente el irlandés-, sobre todo ahora que aparece muy claro. Es de suponer que Brayne odiaba a ese desconocido por alguna razón: lo atrajo al jardín y lo mató con mi sable. Después huyó a la ciudad, y por el camino arrojó el arma. Iván me dijo que el muerto tenía en uno de los bolsillos un Mar yanqui: luego era un paisano de Brayne, y esto parece explicar mejor las cosas. Yo no veo en esto la menor complicación.

-Pues hay cinco complicaciones colosales -dijo el doctor tranquilamente- metidas la una dentro de las otras como cinco murallas. Entiéndame usted bien: yo no dudo que Brayne sea el autor del crimen, y me parece que su fuga es bastante prueba. Pero, ¿cómo lo hizo? He aquí la primera dificultad: ¿cómo puede un hombre matar a otro con un sable tan pesado como este, cuando le es mucho más fácil emplear una navaja de bolsillo y volvérsela a guardar después? Segunda dificultad: ¿por qué no se oyó un grito ni el menor ruido? ¿Puede un hombre dejar de hacer alguna demostración cuando ve adelantarse a otro hombre blandiendo un sable? Tercera dificultad: toda la noche ha estado guardando la

puerta un criado; ni una rata puede haberse colado de la calle al jardín de Valentín, ¿Cómo pudo entrar este individuo? Cuarta dificultad: ¿cómo pudo Brayne escaparse del jardín?

-¿Y quinta? -dijo Neil fijando los ojos en el sacerdote inglés que se acercaba a pasos lentos.

-Tal vez sea una bagatela -dijo el doctor-; pero a mí me parece una cosa muy rara: al ver por primera vez aquella cabeza cortada, supuse desde luego que el asesino había descargado más de un golpe. Y al examinarla más de cerca, descubrí muchos golpes en la parte cortada; es decir, golpes que fueron dados cuando ya la cabeza había sido separada del tronco. ¿Odiaba Brayne a tal grado a su enemigo para estar macheteando su cuerpo una y otra vez a la luz de la luna?

-¡Qué horrible! -dijo O'Brien estremeciéndose.

A estas palabras, ya el pequeño Padre Brown se les había acercado, y con su habitual timidez esperaba a que acabaran de hablar. Al fin dijo -con embarazo:

-Siento interrumpir a ustedes. Me mandan a comunicar a ustedes las nuevas.

-¿Nuevas? -repitió Simon mirándole muy extrañado a través de sus gafas.

-Si; lo siento -dijo con dulzura el Padre Brown-. Sabrán ustedes que ha habido otro asesinato.

Los dos se levantaron de un salto, desconcertados.

-Y lo que todavía es más raro -continuó el sacerdote, contemplando, con sus torpes ojos los rododendros-: el nuevo asesinato pertenece a la misma desagradable especie del anterior: es otra decapitación. Se encontró la segunda cabeza sangrando en el río, a pocas yardas del camino que, Brayne debió de tomar para Paris. De modo que suponen que éste...

-¡Cielos! -exclamó O'Brien-. ¿Será Brayne un monomaniático?

-Es que también hay vendettas americanas -dijo, el sacerdote, impasible. Y añadió-: Se desea que vengan ustedes a la biblioteca a verlo.

El comandante O'Brien siguió a los otros hacia el sitio de la averiguación, sintiéndose decididamente enfermo. Como soldado, odiaba las matanzas secretas. ¿Cuándo iban a acabar aquellas extravagantes amputaciones? Primero una cabeza y luego otra. Y se decía amargamente que en este caso falla la regla aquellas dos cabezas valen más que una. Al entrar en el estudio, casi se bamboleó ante una horrible coincidencia: sobre la mesa de Valentín estaba un dibujo a colores, que representaba otra cabeza sangrienta: la del propio, Valentín. Pronto vio que era un periódico nacionalista llamado La Guillotine, que acostumbraba todas las semanas publicar la cabeza de uno de sus enemigos políticos, con los ojos saltados y los rasgos torcidos, como, después de la ejecución; porque Valentín era un anticlerical notorio. Pero O'Brien era un irlandés, que aun en sus pecados; conservaba cierta castidad; y se sublevaba ante aquella brutalidad intelectual, que solo en Francia se encuentra. En aquel momento le pareció sentir a todo París en un solo proceso que, partiendo de las grotescas iglesias góticas, llegaba hasta las groseras caricaturas de los diarios. Recordó las burlas gigantescas de la Revolución. Y vio a toda la ciudad en un solo espasmo de horrible energía; desde aquel boceto sanguinario que yacía sobre la mesa de Valentín hasta la montaña y bosque de gárgolas por donde asoman, gesticulando, los enormes diablos; de Nôtre Dame.

La biblioteca era larga, baja y penumbrosa; una luz escasa se filtraba, por las cortinas corridas, y tenía aún el sonrojo de la mañana. Valentín y su criado, Iván estaban esperándoles junto a un vasto escritorio, inclinado, donde estaban los mortales restos, que resultaban enormes en la penumbra. La carota amarillenta del hombre encontrado en el jardín no se había alterado. La segunda encontrada entre las cañas del río aquella misma

mañana, escurría un poco. La gente de Valentín andaba ocupada en buscar el segundo cadáver, que tal vez flotaría en el río. El Padre Brown, que no compartía la sensibilidad de O'Brien, acercóse a la segunda cabeza y la examinó con minucia de cegatón. Apenas era más que un montón de blancos y húmedos cabellos, irisados de plata y rojo en la suave luz de la mañana; la cara -un feo tipo sangriento y acaso criminal- se había estropeado mucho contra los árboles y las piedras, al ser arrastrada por el agua.

-Buenos días, comandante O'Brien -dijo Valentín con apacible cordialidad-. Supongo que ya tiene usted noticia del último experimento en carnicería de Brayne.

El Padre Brown continuaba inclinado sobre la cabeza de cabellos blancos, y dijo, sin cambiar de actitud:

-Por lo visto es enteramente seguro que también esta cabeza la cortó Brayne. -Es cosa de sentido común, al menos -repuso Valentín con las manos en los bolsillos-. Ha sido arrancada en la misma forma, ha sido encontrada a poca distancia de la otra, y tal vez cortada con la misma arma, que ya sabemos que se llevó consigo.

-Si, si; ya lo sé -contestó sumiso el Padre Brown-. Pero usted comprenderá: yo tengo mis dudas sobre el hecho de que Brayne haya podido cortar, esta cabeza. -¿Y por qué? -preguntó el doctor Simon con sincero asombro.

-Pues, mire usted, doctor -dijo el sacerdote, pestañeando como de costumbre-: ¿es posible que un hombre se corte su propia cabeza? Yo lo dudo.

O'Brien sintió como si un universo de locura estallara en sus orejas; pero el doctor se adelantó a comprobarlo, levantando los húmedos y blancos mechones.

-¡Oh! No hay la menor duda: es Brayne -dijo el sacerdote tranquilamente-. Tiene exactamente la misma verruga en la oreja izquierda.

El detective, que había estado contemplando al sacerdote con ardiente mirada, abrió su apretada mandíbula, y dijo con acritud:

-Parece que usted hubiera conocido mucho a ese hombre, Padre Brown. -En efecto -dijo el hombrecillo con sencillez- Lo he tratado algunas semanas. Estaba pensando en convertirse a nuestra iglesia.

En los ojos de Valentín ardió el fuego del fanatismo; se acercó al sacerdote, y apretando los puños, dijo con candente desdén:

-¿Y tal vez estaba pensando también en dejar en ustedes todo su dinero?

-Tal vez -dijo Brown con impasibilidad-. Es muy posible.

En tal caso -exclamó Valentín con temible sonrisa- usted sabría muchas cosas de él, de su vida y sus...

El comandante O'Brien cogió por el brazo a Valentín.

-Abandone usted ese tono injurioso, Valentín -dijo- o volverán a lucir los sables.

Pero Valentín, ante la mirada humilde y tranquila del sacerdote, ya se había dominado, y dijo simple mente:

-Bueno; para las opiniones privadas siempre hay tiempo. Ustedes, caballeros, están todavía ligados a su promesa; manténganse dentro de ella y procuren que los otros también se mantengan. Iván les contará a ustedes lo demás que deseen saber. Yo voy a trabajar y a escribir a las autoridades... No podemos mantener este secreto por más tiempo. Si hay novedad, estoy en el estudio, escribiendo.

-¿Hay más noticias que comunicarnos, Iván? -preguntó el doctor Simon cuando el jefe de policía hubo salido del cuarto.

-Solo una, me parece, señor -dijo Iván, arrugando su vieja cara color ceniza-; pero no deja de tener interés. Es algo que se refiere a ese que se encontraron ustedes en el jardín -añadió señalando sin respeto al enorme cuerpo negro-. Ya lo hemos identificado.

-¿De veras? -preguntó el asombrado doctor-. ¿Y quién es?

-Su nombre es Arnold Becker -dijo el ayudante-, aunque usaba muchos apodos. Era un pícaro vagabundo, y se sabe que ha andado por América: tal es el hombre a quien Brayne decapitó. Nosotros no habíamos tenido mucho que ver con él, porque trabajaba, sobre todo, en Alemania. Nos hemos comunicado con la policía alemana. Y da la casualidad de que, tenía un hermano gemelo, de nombre Luis Becker, con quien mucho hemos tenido que ver: como que ayer, apenas, nos vimos en el caso de guillotinarlo. Bueno, caballeros, la cosa es de lo más extraña; pero cuando vi anoche a este hombre en el suelo, tuve el mayor susto de mi vida. De no haber visto ayer con mis propios ojos a Luis Becker guillotinado, hubiera jurado que era Luis Becker el que estaba en la hierba. Entonces, naturalmente, me acordé del hermano gemelo, que tenía en Alemania y siguiendo el indicio...

Pero Iván suspendió sus explicaciones, por la excelente razón de que nadie le hacía caso. El comandante y el doctor consideraban al Padre Brown, que había saltado sobre sus pies y se apretaba las sienes, como, presa de un dolor súbito.

-¡Alto, alto, alto! -exclamó al fin-. ¡Pare usted de hablar un instante, que ya veo a medias! ¿Me dará Dios bastante fuerza? ¿Podrá mi cerebro dar el salto, y descubrirlo todo? ¡Cielos, ayudadme! En otro tiempo yo solía ser ágil para pensar, y podía parafrasear cualquier página del Santo de Aquino. ¿Me estallará la cabeza o lograré al fin ver? ¡Ya veo la mitad, solo la mitad!

Hundió la cabeza entre las manos, y se mantuvo en una rígida, actitud de reflexión o plegaria, en tanto que los otros no hacían más que asombrarse ante aquella última maravilla de aquellas maravillosas doce horas.

Cuando las manos del Padre Brown cayeron, al fin, dejaron ver un rostro, serio y fresco cual el de un niño. Lanzó un gran suspiro, y dijo:

-Sea dicho y hecho lo más pronto posible. Escúchenme ustedes: ésta será la mejor manera de convencer a todos de la verdad. Usted, doctor Simon, posee un cerebro poderoso: esta mañana lo he oído, a usted proponer las cinco dificultades mayores de este enigma. Tenga usted la bondad de proponerlas otra vez, y yo trataré de contestarlas.

Al doctor Simon se le cayeron las gafas de la nariz, y dominando sus dudas y su asombro, contestó al instante.

-Pues bien; ya lo sabe usted, la primera cuestión es esta: ¿cómo puede un hombre ir a buscar un enorme sable para matar a otro, cuando, en rigor, le basta con un alfiler?

-Un hombre -contestó tranquilamente el Padre Brown no puede decapitar a otro con un alfiler, y, para este asesinato especial, era necesaria la decapitación.

-¿Por qué? -preguntó O'Brien con mucho interés.

-Venga la segunda cuestión --continuó el Padre Brown.

-Allá va: ¿por qué no gritó ni hizo ningún ruido la víctima? -preguntó el doctor-. La aparición de un sable en el jardín no es un espectáculo habitual.

-Ramitas -dijo el sacerdote tétricamente, y se volvió hacia la ventana que daba al escenario del suceso-. Nadie ha visto de dónde procedían las ramitas. ¿Cómo pudieron caer sobre el césped (véanlo ustedes) estando tan lejos los árboles? Las ramas no habían estallado solas, sino que hablan sido tajadas. El asesino estuvo distraído a su víctima jugando con el sable, haciéndole ver como podía cortar una rama en el aire, y otras cosas

por el estilo. Y cuando la víctima se inclinó para ver el resultado, un furioso tajo le arrancó la cabeza.

-Bien -dijo lentamente el doctor-; eso parece muy posible. Pero las otras dos cuestiones desafían a cualquiera.

El sacerdote seguía contemplando el jardín reflexivamente, y esperaba, junto a la ventana, las preguntas del otro.

-Ya sabe usted que el jardín está completamente cerrado, como una cámara hermética - prosiguió el doctor-. ¿Cómo, pues, pudo el desconocido llegar al Jardín?

Sin volver la cara, el curita contestó.

-Nunca hubo ningún desconocido en ese jardín. Silencio. Y a poco se oyó el ruido de una risotada casi infantil. Lo absurdo de esta salida del Padre Brown movió a Iván a enfrentársele abiertamente.

-¡Cómo! -exclamó-. ¿De modo que no hemos arrastrado anoche hasta el sofá ese corpachón? ¿De modo que éste no entró al jardín?

-¿Entrar al jardín? -repitió Brown, reflexionando-. No; no del todo.

-¡Pero señor! -exclamó Simon-; o se entra o no se entra al jardín; imposible el término medio.

-No necesariamente -dijo el clérigo con tímida sonrisa-. ¿Cuál es la cuestión siguiente, doctor?

-Me parece que usted desvaría -dijo el doctor Simon secamente-. Pero de todos modos, le propondré la cuestión siguiente: ¿cómo logró Brayne salir del jardín?

-Nunca salió del jardín -dijo el sacerdote sin apartar los ojos de la ventana.

-¿Que nunca salió del jardín? -estalló Simon.

-No completamente -dijo el Padre Brown.

Simon crispó los puños en raptó de lógica francesa.

-¡O sale uno del jardín o no sale! -gritó.

-No siempre -dijo el Padre Brown.

El doctor Simon se levantó con impaciencia.

-No quiero perder más tiempo en estas insensateces -dijo indignado-. Si usted no puede entender el hecho de que un hombre tenga necesariamente que estar de un lado, u otro de un muro, no discutamos más.

-Doctor -dijo el clérigo muy cortésmente-, siempre nos hemos entendido muy bien. Aunque sea en nombre de nuestra antigua amistad, espere usted un poco y propóngame la quinta cuestión.

El impaciente doctor se dejó caer sobre una silla que había junto a la puerta, y dijo simplemente:

-La cabeza y la espalda han recibido unos golpes muy raros. Parecen dados después de la muerte.

-Sí -dijo el inmóvil sacerdote-, y se hizo así para hacerle suponer a usted el falso supuesto en que ha incurrido: para hacerle a usted dar por establecido que esa cabeza pertenece a ese cuerpo.

Aquella parte liminar del cerebro en que se engendran todos los monstruos, conmovióse espantosamente en el gaélico O'Brien. Sintió la presencia caótica de todos los hombres-caballos y mujeres-peces engendrados por la absurda fantasía del hombre. Una voz más antigua que la de sus primeros padres pareció decir a su oído: "Aléjate del monstruoso jardín en donde crecen los árboles de doble fruto; huye del perverso, jardín donde murió el hombre de las dos cabezas". Pero mientras estas simbólicas y vergonzosas

figuras pasaban por el profundo espejo de su alma irlandesa, su intelecto afrancesado se mantenía alerta al extravagante sacerdote tan atento y tan incrédulamente como los demás.

-El Padre Brown había vuelto la cara al fin; pero, contra la ventana, sólo, se veía su silueta. Sin embargo, creyeron adivinar que estaba pálido como las cenizas. Con todo, fue capaz de hablar muy claramente como si no hubiera en el mundo almas gaélicas.

-Caballeros; -dijo-: el cuerpo que encontraron ustedes en el jardín no es el de Becker. En el jardín no había ningún cuerpo desconocido. Y a despecho del racionalismo del doctor Simon, afirmo todavía que Becker solo estaba parcialmente presente. Vean ustedes - señalando el busto negro del misterioso cadáver-: nunca han visto ustedes a este hombre en vida. ¿Acaso han visto a éste?

Y rápidamente separó la cabeza calva y amarilla del desconocido, y puso en su lugar, junto al cuerpo, la cabeza canosa. Y apareció, completo, unificado, inconfundible, el cadáver de Julio K. Brayne.

-El matador -continuó Brown tranquilamente- cortó la cabeza a su enemigo y arrojó el sable por encima del muro. Pero era demasiado ladino para sólo arrojar el sable. También arrojó la cabeza por sobre el muro. Y después no tuvo, más trabajo, que el de ajustarle otra cabeza al tronco, y (según procuró sugerirlo insistentemente en una investigación privada) todos ustedes se imaginaron que el cadáver era el de un hombre totalmente nuevo.

-¡Ajustarle otra cabeza! -dijo O'Brien espantado-. ¿Qué otra cabeza? Las cabezas no se dan en los arbustos del jardín, supongo.

-No -dijo el Padre Brown secamente, mirando sus botas-. Sólo se dan en un sitio. Se dan junto a la guillotina, donde Arístides Valentín el jefe de la policía, estaba apenas una hora antes del asesinato. ¡Oh, amigos míos! Escuchadme un instante antes de que me destrocéis. Valentín es un hombre honrado, si esto es compatible con estar loco por una causa disputable. Pero, ¿no habéis visto nunca en aquellos sus ojos fríos y grises que está loco? Lo hará todo, todo, con tal de destruir lo que él llama la superstición de la Cruz. Por eso ha combatido y ha sufrido, y por eso ha matado ahora. Los enormes millones de Brayne se habían dispersado hasta ahora entre tantas sectas, que no podían alterar la balanza. Pero hasta Valentín llegó el rumor de que Brayne, como tantos escépticos, se iba acercando hacia nosotros, y eso ya era cosa muy diferente. Brayne podía derramar abundantes provisiones para robustecer a la empobrecida y combatida iglesia de Francia; podía mantener seis periódicos nacionalistas como La Guillotine. La balanza iba ya a oscilar, y el riesgo encendió la llama del fanático. Se decidió, pues, a acabar con el millonario, y lo hizo como podía esperarse del más grande de los detectives, resuelto a cometer su único crimen. Sustrajo la cabeza de Becker con algún pretexto criminológico, y se la trajo, a casa en su estuche oficial. Se puso, a discutir con Brayne, y Lord Galloway no quiso esperar al fin de la discusión. Y cuando éste se alejó, condujo a Brayne al jardín cerrado, habló de la maestría en el manejo de las armas, usó unas ramitas y un sable para poner algunos ejemplos, y...

Iván, el de la Cicatriz se levantó.

-¡Loco! -aulló-. Ahora mismo lo llevo a usted donde mi amo; lo voy a coger por...

-No; si allá voy yo -dijo Brown con aplomo-. Tengo el deber de pedirle que se confiese.

Llevando consigo al desdichado Brown como víctima al sacrificio, todos se apresuraron hacia el silencioso estudio de Valentín. El gran detective estaba sentado junto a su escritorio, muy ocupado al parecer para percatarse de su ruidosa entrada. Se detuvieron un instante y, de pronto, el doctor advirtió algo extraño en el aspecto de aquel dorso elegante y rígido, y corrió hacia él. Un toque y una mirada le bastaron para permitirle

descubrir que, junto al codo de Valentín, había una cajita de píldoras, y que éste estaba muerto en su silla; y en la cara lívida del suicida había un orgullo mayor que el de Catón.

La tienda de los fantasmas

Casi todo lo mejor y más valioso del universo puede comprarse por medio penique. Exceptuando, por supuesto, el sol, la luna, las estrellas, la tierra, la gente, las tormentas y otras baratijas. Las tienes gratis. Además, dejo de lado otra cosa, que no puedo mencionar en este periódico, cuyo precio más bajo es la mitad de medio penique. Este principio general resultará enseguida evidente. En la calle detrás de mí, puedes montar en un tranvía eléctrico por medio penique. Subirte a un tranvía eléctrico es como subirte a un castillo volador en un cuento de hadas. Puedes hacerte con un buen puñado de chucherías de colores por la mitad de un penique. También tienes la oportunidad de leer este artículo por medio penique, junto con, por supuesto, otras cosas menos importantes.

Pero si quiere descubrir la enorme cantidad de cosas asombrosas que puedes conseguir por medio penique, haz lo que yo hice anoche. Estampé la nariz contra el escaparate de una de las tiendas más pequeñas y peor iluminadas de uno de los callejones más estrechos y oscuros del barrio de Battersea. Pero por oscuro que fuese ese rectángulo de luz, resplandecía con todos los colores que Dios creó, utilizando la expresión que una vez escuché a un niño. Los juguetes de los pobres son todos como los niños que los compran. Sucios pero todos alegres. Por mi parte, prefiero la alegría a la limpieza. La primera es del alma y la segunda del cuerpo. Les ruego que me disculpen, es que soy demócrata. Sé que estoy trasnochado en el mundo actual.

Mientras miraba aquel palacio de maravillas liliputienses, los pequeños autobuses verdes, los pequeños elefantes azules, los muñequitos negros y las pequeñas arcas de Noe rojas, debí caer en una especie de trance antinatural. El escaparate iluminado se transformó en el brillante escenario en que uno contempla una comedia muy entretenida. Me olvidé de las casas grises y de la gente triste a mis espaldas como uno se olvida del público y las galerías oscuras en el teatro. Me parecía que los objetos detrás del cristal eran pequeños no por su tamaño a causa de la distancia. El autobús verde era realmente un autobús verde. Un autobús verde del barrio de Bayswater, que estuviese recorriendo un enorme desierto, al hacer su ruta diaria hasta Bayswater. El elefante ya no era azul por la pintura sino por la distancia. El muñequito era realmente un hombre de raza negra recortándose contra el brillante follaje tropical de la tierra en que cada planta tiene un color ardiente y solo el ser humano es oscuro. El arca de Noe roja era en verdad la enorme nave de la salvación del mundo, flotando en un mar acrecentado por la lluvia, en el rojo primer amanecer de la esperanza.

Creo que todos tenemos estos extraordinarios instantes de abstracción, estos brillantes momentos con la mente en blanco. En momentos semejantes, podemos mirar a la cara a nuestro mejor amigo y ver gafas y bigotes imaginarios. Por lo general están marcados por lo lento que se desarrollan y lo abrupto de su fin. El regreso a la actividad mental normal es a menudo tan repentino como tropezarse con alguien. A menudo, uno termina chocándose de verdad contra alguien, al menos en mi caso. Pero de todos modos, el despertar es claro y, por lo general, completo. Pues bien, en esta ocasión, aunque una ola de cordura me arrastro a la conciencia de que en realidad solamente estaba mirando una humilde y diminuta juguetería, de alguna extraña manera la curación no parecía ser definitiva. Algo que no podía controlar seguía diciéndome que me había adentrado en una atmósfera extraña, o que

había hecho algo raro. Me sentía como si hubiese como si hubiese obrado un milagro o cometido un pecado. Era como si de alguna forma hubiese atravesado una frontera del alma.

Para librarme de esta sensación onírica tan peligrosa, entré en la tienda e intenté comprar algunos soldaditos de madera. El dependiente era muy anciano y estaba muy deteriorado. Con medio rostro y toda la cabeza cubiertos de despeinado cabello cano. Un cabello tan increíblemente blanco que parecía artificial. Y aunque parecía senil y enfermo no se reflejaba sufrimiento en sus ojos. Era como si, poco a poco, se estuviese quedando dormido en una decadencia amable. Me dio los soldaditos de madera pero, cuando coloqué el dinero sobre el mostrador, aparentó no verlo en un primer momento. Parpadeó débilmente mirándolo y lo apartó débilmente.

-No, no –dijo confuso– Nunca lo he hecho así. Nunca. Aquí somos muy anticuados.

-No aceptar dinero me parece algo a la más rabiosa última moda más que anticuado.

-Nunca lo he hecho así –contestó el anciano sonándose los mocos–. Siempre he dado regalos y soy demasiado viejo para cambiar.

-¡Por el amor de Dios! –dije– ¿Qué quiere decir? Esta hablando como si fuese Papá Noël.

-Soy Papá Noël- dijo disculpándose y volvió a sonarse los mocos.

En el exterior, las farolas no podían estar encendidas. En cualquier caso, era imposible ver nada más allá del escaparate iluminado. No se escuchaban pasos ni voces por la calle. Parecía que me hubiese internado en un nuevo mundo en el que el sol no brillaba. Pero algo había soltado las amarras del sentido común y no podía sorprenderme más que de una manera somnolienta.

-Pareces enfermo, Papá Noel

Algo me impulso a decir eso.

-Estoy agonizando

Guardé silencio y fue él quien habló de nuevo.

-Todos los nuevos se han marchado. No lo entiendo. Se meten conmigo por razones tan raras e incoherentes. Los científicos, todos los innovadores. Dice que le doy a la gente supersticiones y les vuelvo demasiado ilusos, que les doy carnes horneadas y les hago demasiado materialistas. Dicen que mis partes celestiales son demasiado celestiales, que mis partes mundanas son demasiado mundanas. No sé lo que quieren, de eso si que estoy seguro. ¿Cómo puede algo celestial serlo demasiado? ¿Cómo puede algo mundano ser demasiado mundano? ¿Cómo se puede ser demasiado bueno o demasiado alegre? No lo entiendo. Pero hay algo que entiendo demasiado bien: esta gente moderna está viva y yo muerto.

-Tú sabrás si estás muerto – repliqué – pero a lo que ellos hacen no lo llamo vivir.

Un silencio cayó entre nosotros que, de alguna manera, esperé ver roto. No había durado unos segundos, cuando, en medio de la total tranquilidad, escuché unos pasos que, cada vez más rápidos, se acercaban por la calle. Al instante, una figura se lanzó al interior de la tienda y quedo enmarcada en el umbral. Vestía una chistera blanca, echada hacia atrás como con prisa, anticuados pantalones negros ceñidos, anticuados chaleco y chaqueta de colores brillantes y un fantástico abrigo viejo. Tenía los ojos, abiertos y brillantes, de un actor de carácter, una cara pálida y nerviosa y la barba muy recortada. Abarcó al anciano y su tienda en una mirada que fue de verdad como una explosión y lanzó la exclamación de un hombre por completo estupefacto.

-¡Buen Dios! ¡No puedes ser tú! – gritó – Vine a preguntar dónde estaba tu tumba.

–Aún no he fallecido, Sr.Dickens –contestó el anciano con su débil sonrisa–. Pero me estoy muriendo –añadió como tranquilizándole

–Pero a paseo con todo si no agonizaba en mis tiempos – dijo el Sr.Charles Dickens alegremente – Y no pareces ni un día más viejo.

–Llevó así mucho tiempo – Dijo Papá Noël.

El Sr.Charles Dickens le dio la espalda y sacó la cabeza por la puerta, metiéndola en la oscuridad.

-Dick – bramó a todo pulmón – sigue vivo.

Otra sombra oscureció el umbral, entró un caballero mucho mayor y más fuerte que llevaba puesta una enorme peluca empolvada. Abanicaba su sofocado rostro con un sombrero militar correspondiente a la moda de la época de la reina Ana. Andaba erguido como un soldado y en su cara había una expresión arrogante que era repentinamente desmentida por sus ojos. Humildes como los de un perro. Su espada hacia mucho ruido, como si la tienda fuese demasiado pequeña para ella.

-En verdad – dijo Sir Richard Steele – Es cuestión harto prodigiosa, pues este hombre se acercaba a su último aliento cuando escribí sobre Sir Roger de Coverley y su día de navidad.

Mis sentidos se embotaban y el cuarto se oscurecía. Parecía repleto de recién llegados..

-Se ha dado siempre por entendido – dijo un hombre gordo que ladeaba la cabeza en un gesto obstinado y humorístico (Me parece que era Ben Johnson)- Se ha dado siempre por entendido, cónsul Jacobo, bajo nuestro rey Jaime o bajo su difunta Majestad la reina, que costumbres tan buenas y saludables decaían. Y que era previsible su desaparición. Este anciano canoso no esta ahora más robusto que cuando yo le eche el ojo.

Y creó que también escuché a un hombre vestido con malla verde, como Robin Hood, decir en una mezcla de inglés y francés normando “ Pero sí lo vi agonizante.”.

-Llevo así mucho tiempo – Dijo Papá Noël otra vez a su débil manera.

El Sr.Charles Dickens de repente se le acercó y se inclinó delante de él.

-¿Desde cuando? –preguntó - ¿Desde qué naciste?

-Sí- contestó el anciano y se dejó caer en su silla temblando – Siempre he agonizado.

El Sr.Charles Dickens se quitó el sombrero haciendo una reverencia como la haría un hombre que llamase a la multitud a amotinarse.

-Ahora lo entiendo – gritó – Nunca morirás.

El hombre invisible

En la fresca penumbra azul, una confitería de Camden Town, en la esquina de dos empinadas calles, brillaba como brilla la punta del cigarro encendido. Como la punta de un castillo de fuegos artificiales, mejor dicho, porque la iluminación era de muchos colores y de cierta complejidad, quebrada por variedad de espejos y reflejada en multitud de pastelillos y confituras doradas y de vivos tonos. Los chicos de la calle pegaban la nariz al escaparate de fuego, donde había unos bombones de chocolate. Y la gigantesca tarta de boda que aparecía en el centro era blanca, remota, edificante, como un Polo Norte digno de ser engullido. Era natural que este arco iris de tentaciones atrajera a toda la gente menuda de la vecindad que andaba entre los diez y los doce años. Pero aquel ángulo de la calle ejercía también una atracción especial sobre gente algo más crecida; en efecto: un joven de hasta veinticuatro años al parecer estaba también extasiado ante el escaparate. También para él la confitería ejercía un singular encanto; pero encanto que no provenía precisamente del chocolate, aunque nuestro joven estaba lejos de mirar con indiferencia esta golosina.

Era un hombre alto, corpulento, de cabellos rojizos, de cara audaz y de modales un tanto descuidados. Llevaba bajo el brazo una abultada cartera gris, y en ella dibujos en blanco y negro, que venía vendiendo con éxito vario a los editores desde el día en que su señor tío —un almirante— lo había desheredado por razón de sus ideas socialistas, tras una conferencia pública que dio el joven contra las teorías económicas recibidas. Se llamaba John Turnbull Angus.

Se decidió a entrar, atravesó la confitería y se dirigió al cuarto interior —especie de fonda y pastelería— y al pasar saludó, descubriéndose un poco, a la damita que atendía al público. Era ésta una muchacha elegante, vivaz, vestida de negro, morena, de lindos colores y de ojos negros. Tras el intervalo habitual, la muchacha siguió al joven al cuarto interior para ver qué deseaba.

Él deseaba algo muy común y corriente:

—Haga el favor de darme —dijo con precisión— un bollo de a medio penique y una tacita de café solo.

Y antes de que la muchacha se volviera a otra parte, añadió:

—Y también quiero que se case usted conmigo.

La damita contestó, muy altiva:

—Ése es un género de burlas que yo no consiento.

El rubio joven levantó con inesperada gravedad sus ojos grises, y dijo:

—Real y verdaderamente es en serio, tan en serio como el bollo de a medio penique; y tan costoso como el bollo: se paga por ello, Y tan indigesto como el bollo: hace daño.

La joven morena, que no había apartado de él los ojos, parecía estarlo estudiando con trágica minuciosidad. Al acabar su examen, había en su rostro como una sombra de sonrisa; se sentó en una silla.

—¿No cree usted —observó Angus con aire distraído— que es una crueldad comerse estos bollos de a medio penique? ¡Todavía pueden llegar a bollos de a penique! Yo abandonaré estos brutales deportes en cuanto nos casemos.

La damita morena se levantó y se dirigió a la ventana, con evidentes señales de preocupación, pero no disgustada. Cuando al fin volvió la cara con aire resuelto, se quedó desconcertada al ver que el joven estaba poniendo sobre su mesa multitud de objetos y golosinas que había en el escaparate: toda una pirámide de bombones, de todos colores, varios platos de bocadillos y los dos frascos de ese misterioso oporto y ese misterioso jerez que sólo sirven en las pastelerías. Y en medio de todo ello había colocado el enorme bulto de aquella tarta espolvoreada de azúcar, que era el principal ornamento del escaparate.

—Pero, ¿qué hace usted?

—Mi deber, querida Laure —comenzó él.

—¡Oh, por Dios! Pare, pare: no me hable así. ¿Qué significa todo esto?

—Un banquete ceremonial, Miss Hope.

—¿Y *eso*? —dijo ella, impaciente, señalando la montaña de azúcar.

—Eso es la tarta de bodas, señorita Angus —contestó el joven.

La muchacha le arrebató la tarta y la devolvió a su sitio de honor; después volvió adonde estaba el joven, y, poniendo sobre la mesita sus elegantes codos, se quedó mirándolo cara a cara aunque no con aire desfavorable, sí con evidente inquietud.

—Y ¿no me da usted tiempo de pensarlo? —preguntó.

—No soy tan tonto —contestó él—. ¡Tanta es mi humildad cristiana!

Ella seguía contemplándolo; pero ahora, tras la máscara de su sonrisa, había una creciente gravedad.

—Mr. Angus —dijo con firmeza—; basta de niñerías: que no pase un minuto más sin que usted me oiga. Tengo que decirle algo de mí misma.

—¡Encantado! —replicó Angus gravemente—. Y ya que está en eso, también debería usted decirme algo sobre mí mismo.

—Ea, calle un poco y escuche. No es nada de que tenga yo que avergonzarme ni entristecerme siquiera. Pero, ¿qué diría usted si supiera que es algo que, sin ser cosa mía, es mi pesadilla constante?

—En tal caso —dijo seriamente el joven—, yo le aconsejo que traiga otra vez la tarta de boda.

—Bueno, ante todo, escuche usted mi historia —insistió Laure—. Y, para empezar, le diré que mi padre era propietario de la posada «El Pez Rojo», en Ludbury, y era yo quien servía en el bar a la parroquia.

—Ya decía yo —interrumpió él— que había no sé qué aire cristiano en esta confitería.

—Ludbury es un triste agujero soñoliento de los condados del Este, y la única gente que aparecía por «El Pez Rojo» era, amén de uno que otro viajante, de lo más abominable que usted haya visto, aunque usted no ha visto eso jamás. Quiero decir que eran unos haraganes, bastante acomodados para no tener que ganarse la vida, y sin más que hacer que pasarse el día en las tabernas y en apuestas de caballos, mal vestidos, aunque harto bien para lo que eran. Pero aun estos jóvenes pervertidos aparecían poco por casa, salvo un par de ellos que eran habituales, en todos los sentidos de la palabra. Vivían de su dinero y eran ociosos hasta decir basta, y excesivos en el vestir. Con todo, me inspiraban alguna lástima, porque se me figuraba que sólo frecuentaban nuestro desierto establecimiento a causa de cierta deformidad que cada uno de ellos padecía; esas leves deformidades que hacen reír precisamente a los burlones. Más que verdadera deformidad, se trataba de una rareza. Uno de ellos era de muy baja estatura, casi enano, o por lo menos parecía *jockey*, aunque no en la cara y lo demás; tenía una cabezota negra y una barba negra muy cuidada, ojos brillantes, de pájaro; siempre andaba haciendo sonar las monedas en el bolsillo; usaba una gran

cadena de oro, y siempre se presentaba tan ataviado a lo *gentleman*, que claro se veía que no lo era. Aunque ocioso, no era un tonto; hasta tenía un talento singular para todas las cosas inútiles; improvisaba juegos de manos, hacía arder quince cerillas a un tiempo como un castillo de artificio, cortaba un plátano o una cosa así en forma de bailarina... Se llamaba Isi-dore Smythe. Todavía me parece verlo, con su carita trigüeña, acercarse al mostrador y formar con cinco cigarrillos la figura de un canguro.

»El otro era más callado y menos notable, pero me alarmaba más que el pequeño Smythe. Era muy alto y ligero, de cabellos claros, nariz aguileña, y tenía cierta belleza, aunque una belleza espectral, y un bizqueo de lo más espantoso que pueda darse. Cuando miraba de frente, no sabía uno dónde estaba uno mismo o qué era lo que él miraba. Yo creo que este defecto le amargaba un poco la vida al pobre hombre; porque, en tanto que Smythe siempre andaba luciendo sus habilidades de mono, James Welkin (que así se llamaba el bizco) nunca hacía más que empinar el codo en el bar y pasear a grandes trancos por los cienetos llanos del contorno. Pero creo que también a Smythe le dolía sentirse tan pequeñín, aunque lo llevaba con mayor gracia. Así fue que me quedé verdaderamente perpleja y del todo desconcertada y tristísima cuando ambos, en la misma semana, me propusieron casarse conmigo.

»El caso es que cometí tal vez una torpeza; al menos, eso me ha parecido a veces. Después de todo, aquellos monstruos eran mis amigos, y yo no quería por nada del mundo que se figurasen que los rehusaba por la verdadera razón del caso: su imposible fealdad.' De modo que inventé un pretexto, y dije que me había prometido no casarme sino con un hombre que se hubiera abierto por sí mismo su camino en la vida, que para mí era cuestión de principios el no desposarme con hombre cuyo dinero procediera, como el de ellos, del beneficio de la herencia. Y a los dos días de haber expuesto yo mis bien intencionadas razones comenzó el conflicto. Lo primero que supe fue que ambos se habían ido a buscar fortuna, como en el más candido cuento de hadas.

»Desde entonces no he vuelto a ver a ninguno de ellos. Pero he recibido dos cartas del hombrecillo llamado Smythe y realmente son inquietantes.

—Y del otro, ¿no ha sabido usted más? —preguntó Angus.

—No; nunca me ha escrito —dijo la muchacha después de dudar un instante—. La primera carta de Smythe decía simplemente que había salido en compañía de Welkin con rumbo a Londres; pero, como Welkin es tan buen andarín, el hombrecillo se quedó atrás y tuvo que detenerse a descansar al lado del camino. Lo recogió una compañía de saltimbanquis que casualmente pasaba por allí; y en parte porque el pobre hombre era casi un enano, y en parte por sus muchas habilidades, se arregló con ellos para trabajar en la próxima feria, y lo destinaron para hacer no sé qué suertes en el Acuario. Esto decía en su primera carta. En la segunda había ya más motivo de alarma. La recibí hace apenas una semana.

El llamado Angus apuró su taza de café y dirigió a su amiga una mirada cariñosa y paciente. Ella, al continuar, torció un poco la boca, como esbozando una sonrisa:

—Supongo que en los anuncios habrá usted leído lo del «Servicio Silencioso de Smythe», o será usted la única persona que no lo haya leído. Por mi parte, no estoy muy enterada; sólo sé que se trata de la invención de algún mecanismo de relojería para hacer mecánicamente todo el trabajo de la casa. Ya conoce usted el estilo de esos reclamos: «Oprime usted un botón, y ya tiene a sus órdenes un mayordomo que nunca se emborracha.» «Da usted vuelta a una manivela, y eso equivale a una docena de criadas que nunca pierden el tiempo en coqueteos, etc.» Ya habrá usted "visto los anuncios. Bueno: las

dichosas máquinas, sean lo que fueren, están produciendo montones de dinero, y lo están produciendo para los purísimos bolsillos del mismísimo duende con quien trabé conocimiento en Lud-bury. No puedo menos de celebrar que el triste sujeto tenga éxito; pero el caso es que me aterra la idea de que, en todo momento, puede presentármese aquí y decirme que ya ha logrado abrirse un camino, como es la verdad.

—¿Y el otro? —preguntó Angus con cierta obstinada inquietud.

Laure Hope se puso en pie de un salto.

—Amigo mío —dijo—, usted es un brujo. Sí, tiene razón, usted es un brujo. Del otro no he llegado a recibir una sola línea. Y no tengo la menor idea de lo que será de él, o dónde habrá ido a parar. Pero es de él de quien tengo más miedo; es él quien se atraviesa en mi camino; él quien me ha vuelto ya medio loca. No; lo cierto es que ya me tiene loca del todo; porque figúrese usted que me parece encontrármelo donde estoy segura de que no puede estar, y creo oírlo hablar donde es de todo punto imposible que él esté hablando.

—Bueno, querida amiga —dijo alegremente el joven—; aun cuando sea el mismo Satanás, desde el momento en que usted le ha contado a alguien el caso, su poder se disipa. Lo que más enloquece, criatura, es estarse devanando los sesos a solas. Pero, dígame: ¿dónde y cuándo le ha parecido a usted ver u oír a su famoso bizco?

—Sepa usted que he oído reírse a James Welkin tan claramente como lo oigo hablar a usted —dijo la muchacha con firmeza—. ¡Y no había un alma! Porque yo estaba allí, afuera, en la esquina, y podía ver a la vez las dos calles. Además, y aunque su risa era tan extraña como su bizqueo, ya se me había olvidado su risa. Y hacía como un año que ni siquiera pensaba en él. Y lo curioso es que la primera carta de su rival (verdad absoluta) me llegó un instante después.

—Y ¿alguna vez ha hablado el espectro, o chillado o hecho alguna cosa?— preguntó Angus con interés.

Laure se estremeció y después dijo tranquilamente:

—Sí. Precisamente cuando acabé de leer la segunda carta de Isidore Smythe, en que me anunciaba su éxito, en ese mismo instante oí a Welkin decir: «Con todo, no será él quien se la gane a usted.» Tan claro como si hubiera hablado aquí dentro de la habitación. Es horrible: yo debo de estar loca.

—Si usted estuviera loca realmente —contestó el joven—, creería estar cuerda. Pero, en todo caso, la historia de este caballero invisible me resulta un tanto extravagante. Dos cabezas valen más que una (y ahorrémonos alusiones a los demás órganos) y así, si usted me permite que, en categoría de hombre robusto y práctico, vuelva a traer la tarta de boda que está en el escaparate...

Pero al decir esto se oyó en la calle un chirrido metálico, y un motorcito, que traía una velocidad diabólica, llegó disparado hasta la puerta de la pastelería y paró. Casi al mismo tiempo, un hombrecito con un deslumbrante sombrero de copa saltó del motor y entró con ruidosa impaciencia.

Angus, que hasta aquí había conservado una fácil hilaridad, por razón de higiene interior, desahogó la inquietud de su alma saliendo a grandes pasos hacia la otra sala, al encuentro del recién venido. La sospecha del enamorado joven quedó confirmada a primera vista. Aquel sujeto elegante, pero diminuto,; con la barbilla negra, insolentemente erguida, los ojos vivaces y penetrantes, los dedos finos y nerviosos, no podía ser otro que el hombre a quien acababan de describirle: Isidore Smythe, en suma, el hombre que hacía muñecos con cascara de plátano y cajas de fósforos; Isidore Smythe, el hombre que hacía millones con mayordomos metálicos que no se embriagan y criadas metálicas que no coquetean. Por

un instante, los dos hombres, comprendiendo instintivamente el aire de posesión con que cada uno de ellos estaba en aquel sitio, permanecieron contemplándose con esa generosidad fría y extraña que es la esencia de la rivalidad.

Pero Mr. Smythe, sin hacer la menor alusión a los motivos de antagonismo que podía haber entre ambos, dijo sencillamente, en una explosión:

—¿Ha visto Miss Hope lo que hay en el escaparate?

—¿En el escaparate? —preguntó Angus asombrado.

—No hay tiempo de entrar en explicaciones —dijo con presteza el pequeño millonario—. Aquí sucede algo extraño, y hay que proceder a averiguarlo.

Señaló con su pulida caña al escaparate recientemente saqueado por los preparativos nupciales de Mr. Angus, y éste pudo ver con asombro una larga tira de papel de sellos postales pegada en la vidriera, que con toda certeza no estaba allí antes. Siguiendo al enérgico Smythe a la calle, vio que una tira de papel engomado, como de un metro, había sido cuidadosamente pegada a la vidriera, y que en el papel se leía, con caracteres irregulares: *Si se casa usted con Smythe, Smythe morirá.*

—Laure —dijo Angus, asomando al interior de la tienda su carota roja—. No está usted loca, no.

—Es la letra de ese tal Welkin —dijo Smythe con aspereza—. Hace años que no lo veo, pero no por eso ha dejado de molestarme. En sólo estos quince días cinco veces me ha estado echando cartas amenazadoras, sin que sepa yo quién las trae, como no sea Welkin en persona. El portero jura que no ha visto a ninguna persona sospechosa; y aquí ha estado pegando esa tira de papel en un escaparate público, mientras que la gente de la confitería...

—Exactamente —concluyó Angus con modestia—, mientras que la gente de la confitería se entretiene en tomar el té. Pues bien, señor mío: permítame declararle que admiro su buen sentido en atacar tan directamente lo único que por ahora importaba. De lo demás, ya tendremos tiempo de hablar. Nuestro hombre no puede estar muy lejos, porque le aseguro a usted que no había papel alguno hace unos diez o quince minutos, cuando me acerqué por última vez al escaparate. Por otra parte, tampoco es fácil darle caza, puesto que ignoramos el rumbo que habrá tomado. Si usted, Mr. Smythe, quisiera seguir mi consejo, pondría ahora mismo el asunto en manos de un investigador experto, y mejor de un investigador privado, que no de persona perteneciente a la Policía pública. Yo conozco a un hombre inteligentísimo, que está establecido a cinco minutos de aquí, yendo en su auto. Su nombre es Flambeau, y aunque su juventud fue algo tormentosa, ahora es un hombre honrado a carta cabal, y tiene un cerebro que vale oro. Vive en la casa Lucknow, que está por Hampstead.

—¡Qué coincidencia! —dijo el hombrecillo frunciendo el ceño—. Yo vivo en la casa Himalaya, al volver la esquina. Supongo que usted no tendrá inconveniente en venir conmigo. Así, mientras yo subo a mi cuarto por los extravagantes documentos de Welkín, puede ir a llamar a su amigo el detective.

—Es usted muy amable —dijo Angus cortésmente—. Bueno; cuanto antes, mejor.

Y ambos, con improvisada buena fe, se despidieron de la dama con la misma circunspección formal, y subieron al ruidoso y pequeño auto. Mientras Smythe movía palancas y hacía doblar la esquina al vehículo, Angus se divertía en ver un gigantesco cartelón del «Servicio Silencioso de Smythe», donde estaba pintado un enorme muñeco de hierro sin cabeza, llevando una cacerola, con un letrero que decía: *Un cocinero que nunca refunfuña.*

—Yo mismo los empleo en mi piso —dijo el hombre de la barba negra, riendo—. En parte por el anuncio, y en parte por comodidad. Y, hablando en plata, crea usted que esos muñecones de relojería le traen a uno el carbón o le sirven el vino con más presteza que cualquier criado, simplemente con saber bien cuál es el botón que hay que oprimir en cada caso. Pero aquí *inter nos*, no le negaré a usted que también tienen sus desventajas;

—¿De veras? —preguntó Angus—. ¿Hay alguna cosa que no pueden hacer?

—Sí —replicó fríamente Smythe—. No pueden decirme quién me echa esas cartas amenazadoras en casa.

El auto era tan pequeño y ágil como su dueño. Y es que, lo mismo que su servicio doméstico, era un artículo inventado por él. Si aquel hombre era un charlatán de los anuncios, era un charlatán que creía en sus mercancías. Y el sentimiento de que el autor era algo frágil y volador se acentuó aún más cuando entraron por unas carreteras blancas y sinuosas, a la muerte pero difusa claridad de la tarde. Las curvas blancas del camino se fueron volviendo cada vez más bruscas y vertiginosas: formaban ya unas verdaderas «espirales ascendentes», como dicen las religiones modernas. Trepaban ahora por un rincón de Londres, casi tan escarpado como Edimburgo, cuando no sea tan pintoresco. Las terrazas aparecían como encaramadas unas sobre otras, y la torre de pisos a que ellos se dirigían se levantaba sobre todas a una altura egipcia, dorada por el último sol. Al volver la esquina y entrar en la placita de casas conocida por el nombre de Himalaya, el cambio fue tan súbito como el abrir una ventana de pronto: la torre de pisos se alzaba sobre Londres como sobre un verde mar de pizarra. Frente a las casas, al otro lado de la placeta de guijas, había una hermosa tapia que más parecía un vallado de zarzas o un dique que no un Jardín, y abajo corría un arroyo artificial, como un canal, foso de aquella hirsuta fortaleza. Cuando el auto cruzó la plaza, pasó junto al puesto de un vendedor de castañas y, al otro extremo de la curva, Angus pudo ver el bulto azul oscuro de un policía que paseaba tranquilamente. En la soledad de aquel apartado barrio no se veía más alma viviente. A Angus le pareció que expresaban toda la inexplicable poesía de Londres: le pareció que eran las estampas de un cuento.

El auto llegó, lanzado como una bala, a la casa en cuestión, y allí echó de sí a su dueño como una bomba que estalla. Smythe preguntó inmediatamente a un alto conserje lleno de deslumbrantes galones y a un criado diminuto en mangas de camisa si alguien había venido a buscarlo. Le aseguraron que nadie ni nada había pasado desde la salida del señor. Entonces, en compañía de Angus, que estaba un poco desconcertado, entró en el ascensor, que los transportó de un salto, como un cohete, hasta el último piso.

—Entre un instante —dijo Smythe casi sin resuello—. Voy a mostrarle las cartas de Welkin. Después irá usted, en una carrera, a traer a su amigo.

Oprimió un botón disimulado en el muro, y la puerta se abrió sola.

Se abrió sobre una antesala larga y cómoda, cuyos únicos rasgos salientes, ordinariamente hablando, eran las filas de enormes muñecos mecánicos semihumanos que se veían a ambos lados como maniqués de sastre. Como los maniqués, no tenían cabeza y, al igual que ellos, tenían en la espalda una gibosidad tan hermosa como innecesaria, y en el pecho una hinchazón de buche de paloma. Fuera de esto, no tenía nada más de humano que esas máquinas automáticas de la altura de un hombre que suele haber en las estaciones. Dos ganchos les servían de brazos, adecuados para llevar una bandeja. Estaban pintados de verde claro, bermellón o negro, a fin de distinguirlos unos de otros. En lo demás eran como todas las máquinas, y no había para qué mirarlos dos veces. Al menos, nadie lo hizo entonces. Porque entre las dos filas de maniqués domésticos, había algo más interesante

que la mayor parte de los mecanismos que hay en el mundo: había un papel garrapateado con tinta roja, y el ágil inventor lo había percibido al instante. Lo recogió y se lo mostró a Angus sin decir palabra. La tinta todavía estaba fresca. El mensaje decía así: «Si has ido hoy a verla, te mataré.»

Tras un instante de silencio, Isidore Smythe dijo tranquilamente:

—¿Quiere usted un poco de whisky? Yo tengo antojo de tomar una copita.

—Gracias. Prefiero un poco de Flanabeau —dijo Angus poniéndose tétrico—. Me parece que esto se pone grave. Ahora mismo voy por mi hombre.

—Tiene usted razón —dijo el otto con admirable animación—. Tráigalo lo más pronto posible.

Al tiempo de cerrar la puerta tras de sí, Angus vio que Smythe oprimía un botón, y uno de los muñecos se destacaba de la fila y, deslizándose por una ranura del piso, volvía con una bandeja en que se veían un sifón y un frasco. Esto de abandonar a aquel hombrecillo solo en medio de aquellos criados muertos, que habían de comenzar a animarse en cuanto Angus cerrara la puerta, no dejaba de ser algo funambulesco.

Unas seis gradas más abajo del piso de Smythe, el hombre en mangas de camisa estaba haciendo algo con un cubo. Angus se detuvo un instante para pedirle —fortificando la petición con la perspectiva de una buena propina— que permaneciera allí hasta que él regresara acompañado del detective, y cuidara de no dejar pasar a ningún desconocido. Al pasar por el vestíbulo de la casa hizo el mismo encargo al conserje, y supo de labios de éste que la casa no tenía puerta posterior, lo cual simplificaba mucho las cosas. No contento con semejantes precauciones, dio alcance al errabundo policía, y le encargó que se apostara frente a la casa, en la otra acera, y vigilara desde allí la entrada. Y, finalmente, se detuvo un instante a comprar castañas, y le preguntó al vendedor hasta qué hora pensaba quedarse en aquella esquina.

El castañero, alzándose el cuello del gabán, le dijo que no tardaría mucho en marcharse, porque parecía que iba a nevar. Y, en efecto, la tarde se iba poniendo cada vez más oscura y triste. Pero Angus, apelando a toda su elocuencia, trató de clavar al vendedor en aquel sitio.

—Caliéntese usted con sus propias castañas —le dijo con la mayor convicción—. Cómaselas todas, yo se lo pagaré. Le daré a usted una libra esterlina si no se mueve de aquí hasta que yo vuelva, y si me dice si ha entrado en aquella casa donde está aquel conserje de librea algún hombre, mujer o niño.

Y echó un último vistazo a la torre sitiada.

«Como quiera, le he puesto un cerco al piso de ese hombre —pensó—. No es posible que los cuatro sean cómplices de Welkín.»

La casa Lucknow estaba en un plano más bajo que aquella colina de casas en que la Himalaya representaba la cumbre.

El donadío semiofidal de Flambeau estaba en un bajo, y, en todos sentidos, ofrecía el mayor contraste con aquella maquinaria americana y lujo -frío de hotel del «Servido Silencioso». Flambeau, que era amigo de Angus, redbió a éste en un rinconcillo artístico y abigarrado que estaba junto a su estudio, cuyo adorno eran multitud de espadas, arcabuces, curiosidades orientales, botellas de vino italiano, cacharros de cocina salvaje, un peludo gato persa y un pequeño sacerdote católico romano de modesto aspecto, que parecía singularmente inadecuado para aquel sitio.

—Mi amigo el padre Brown —dijo Flambeau—. Tenía muchos deseos de presentárselo a usted. Un tiempo excelente, ¿eh? Algo fresco para los meridionales, como yo.

—Sí, creo que va a aclarar.—dijo Angus, sentándose en una otomana a rayas violetas.

—No —dijo el sacerdote—. Ha comenzado a nevar.

Y en efecto, como lo había previsto el castaño, a través de la nublada vidriera se podían ver ya los primeros copos.

—Bueno —dijo Angus con aplomo—. El caso es que yo he venido a despachar negocios, y negocios de suma urgenda. El hecho es, Flambeau, que a una pedrada de esta casa hay en este instante un individuo que necesita absolutamente los auxilios de usted. Un invisible enemigo lo amenaza y persigue constantemente, un bribón a quien nadie ha logrado sorprender.

Y Angus procedió a contar todo el asunto de Smythe y Welkin, comenzando con la historia de Laure y continuando con la suya propia, sin omitir lo de la carcajada sobrenatural que se oyó en la esquina de las dos calles solitarias, y las extrañas y distintas palabras que se oyeron en el cuarto desierto. Flambeau se fue poniendo más y más preocupado, y el curita pareció irse quedando fuera de la conversación, como un mueble. Al llegar al punto de la banda de papel pegada en la vidriera del escaparate, Flambeau se puso de pie y pareció llenar la salita con su corpulencia.

—Si le da a usted lo mismo —dijo—, prefiero que me lo acabe de contar por el camino. Creo que no-debemos perder un instante.

—Perfectamente —dijo Angus, también levantándose—. Aunque, por ahora, mi amigo está completamente seguro, porque tengo a cuatro hombres vigilando el único agujero de su madriguera.

Salieron a la calle seguidos del curita, que trotaba en pos de ellos con la docilidad de un perro faldero. Como quien trata de provocar la charla, el curita decía:

—Parece mentira cómo va subiendo la capa de nieve, ¿eh?

Al entrar en la pendiente calle vecina, ya toda espolvoreada de plata, Angus dio al fin término a su relato. Al llegar a la placita donde se alzaba la torre de habitaciones, Angus examinó atentamente a sus centinelas. El castaño, antes y después de recibir la libra esterlina, aseguró que había vigilado atentamente la puerta y no había visto entrar a nadie. El policía fue todavía más elocuente: dijo que tenía mucha experiencia en toda clase de trampistas y picaros, ya disfrazados con sombrero de copa o ya disimulados entre harapos, y que no era tan bisoño como para figurarse que la gente sospechosa se presenta con apariencias sospechosas; que había vigilado atentamente, y no había visto entrar un alma. Esta declaración quedó rotundamente confirmada cuando los tres llegaron adonde estaba el conserje de los galones.

—Yo —dijo aquel gigante de los deslumbradores lazos— tengo derecho a preguntar a todo el mundo, sea duque o barrendero, qué busca en esta casa, y aseguro que nadie ha aparecido por aquí durante la ausencia de este señor.

El insignificante padre Brown, que estaba vuelto de espaldas y contemplando el pavimento modestamente, se atrevió a decir con timidez:

—¿De modo que nadie ha subido y bajado la escalera desde que empezó a nevar? La nieve comenzó cuando estábamos los tres en casa de Flambeau.

—Nadie ha entrado aquí, señor, puede usted confiar —dijo el conserje, con una cara radiante de autoridad.

—Entonces, ¿qué puede ser esto? —preguntó el sacerdote, mirando con absorta mirada el suelo.

Los otros hicieron lo mismo, y Flambeau lanzó un juramento e hizo un ademán francés. Era incuestionable que, por mitad de la entrada que custodiaba el de los lazos de oro, y

pasando precisamente por entre las arrogantes piernas de este coloso, corría la huella gris de unos pies estampados sobre la nieve.

—¡Dios mío! —gritó Angus sin poder contenerse—. ¡El Hombre Invisible!

Y, sin decir más, se lanzó hacia la escalera, seguido de Flambeau. Pero el padre Brown, como si hubiera perdido todo interés en aquella investigación, se quedó mirando la calle cubierta de nieve.

Flambeau se disponía ya a derribar la puerta con los hombros; pero el escocés, con mayor razón, si bien con menos intuición, buscó por el marco de la puerta el botón escondido. Y la puerta se abrió lentamente.

Y apareció el mismo interior atestado de muñecos. El vestíbulo estaba algo más oscuro, aunque aquí y allá brillaban las últimas flechas del crepúsculo, y una o dos de las máquinas acéfalas habían cambiado de sitio, para realizar algún servicio, y estaban por ahí, dispersas en la penumbra. Apenas se distinguía el verde y rojo de sus casacas y, por lo mismo que los muñecos eran menos visibles, era mayor su aspecto humano. Pero en medio de todas, justamente en el sitio donde antes había aparecido el papel escrito con tinta roja, había algo como una mancha de tinta roja caída del tintero. Pero no era tinta roja.

Con una mezcla, muy francesa, de reflexión y violencia, Flambeau dijo simplemente:

—¡Asesinato!

Y entrando decididamente en las habitaciones, en menos de cinco minutos exploró todo rincón y armario. Pero, si esperaba dar con el cadáver, su esperanza salió fallida. Lo único evidente era que allí no estaba Isidore Smythe, ni muerto ni vivo. Tras laboriosas pesquisas, los dos se encontraron otra vez en el vestíbulo con caras llameantes.

—Amigo mío —dijo Flambeau sin darse cuenta de que, en su excitación, se había puesto a hablar en francés—. El asesino no sólo es invisible, sino que hace invisibles a los hombres que mata.

Angus paseó la mirada por el penumbroso vestíbulo, lleno de muñecos, y en algún repliegue céltico de su alma escocesa hubo un estremecimiento de pánico. Uno de aquellos aparatos de «tamaño natural» estaba cerca de la mancha de sangre, como si el hombre atacado lo hubiera hecho venir en su auxilio un instante antes de caer. Uno de los ganchos que le servían de brazos estaba algo levantado, y por la cabeza de Angus pasó la fantástica y espeluznante idea de que el pobre Smythe había muerto a manos de su hijo de hierro. La materia se había sublevado, y las máquinas habían matado a su dueño. Pero aun en este absurdo supuesto, ¿qué habían hecho del cadáver?

—¿Se lo habrán comido? —murmuró a su oído la pesadilla.

Y Angus se sintió desfallecer ante la imagen de aquellos despojos humanos desgarrados, triturados y absorbidos por aquellas relojerías sin cabeza.

Con gran esfuerzo logró recobrar su equilibrio, y dijo a Flambeau:

—Bueno; esto es un hecho. El pobre hombre se ha evaporado como una nube, dejando en el suelo una raya roja. Esto es cosa del otro mundo.

—Sea de éste o del otro —dijo Flambeau—, sólo una cosa puedo hacer: bajemos a llamar a mi amigo.

Bajaron, y el hombre del cubo les aseguró, al pasar, que no había dejado subir a nadie, y lo mismo volvieron a asegurar el conserje y el errabundo castaño. Pero cuando Angus buscó la confirmación del cuarto vigilante, no pudo encontrarlo, y preguntó con inquietud:

—¿Dónde está el policía?

—Mil perdones; es culpa mía —dijo el padre Brown—. Acabo de enviarlo a la carretera para averiguar una cosa... una cosa que me parece que vale la pena averiguar.

—Pues necesitamos que regrese pronto —dijo Angus con rudeza—, porque aquel desdichado no sólo ha sido asesinado, sino que su cadaáver ha desaparecido.

—¿Cómo? —preguntó el sacerdote.

—Padre —dijo Flambeau tras una pausa—. Creo realmente que eso le corresponde a usted más que a mí. Aquí no ha entrado ni amigo ni enemigo, pero Smythe se ha eclipsado, lo han robado los fantasmas. Si no es esto cosa sobrenatural, yo...

Pero aquí llamó la atención de todos un hecho extraño: el robusto policía azul acababa de aparecer en la esquina y venía corriendo. Se dirigió a Brown y le dijo jadeando:

—Tenía usted razón, señor. Acaban de encontrar el cuerpo del pobre Mr. Smythe en el canal.

Angus se llevó las manos a la cabeza.

—¿Bajó él mismo? ¿Se echó al agua? —preguntó.

—No, señor; no ha bajado, se lo juro a usted —dijo el policía—. Tampoco ha sido ahogado, sino que murió de una enorme herida en el corazón.

—¿Y nadie ha entrado aquí? —preguntó Flambeau con voz grave.

—Vamos a la carretera —dijo el cura.

Y al llegar al extremo de la plaza, exclamó de pronto:

—¡Necio de mí! Me he olvidado de preguntarle una cosa al policía: si encontraron también un saco gris.

—¿Por qué un saco gris? —preguntó sorprendido Angus.

—Porque si era un saco de otro color, hay que comenzar otra vez —dijo el padre Brown—. Pero si era un saco gris, entonces hemos dado ya.

—¡Hombre, me alegro de saberlo! —dijo Angus con acerba ironía—. Yo creí que ni siquiera habíamos comenzado, por lo que a mí toca al menos.

—Cuéntenos usted todo —dijo Flambeau con toda la candidez de un niño.

Inconscientemente, habían apresurado el paso al bajar a la carretera, y seguían al padre Brown, que los conducía rápidamente y sin decir palabra. Al fin abrió los labios, y dijo con una vaguedad casi conmovedora:

—Me temo que les resulte a ustedes muy prosaico. Siempre comienza uno por lo más abstracto, y aquí, como en todo, hay que comenzar por abstracciones.

»Habrán ustedes notado que la gente nunca contesta a lo que se le dice. Contesta siempre a lo que uno piensa al hacer la pregunta, o a lo que se figura que está uno pensando. Supongan ustedes que una dama le dice a otra, en una casa de campo: «¿Hay alguien contigo?» La otra no contesta: «Sí, el mayordomo, los tres criados, la doncella, etc.», aun cuando la camarera esté en el otro cuarto y el mayordomo detrás de la silla de la señora, sino que contesta: «No; no hay *nadie* conmigo», con lo cual quiere decir: «no hay nadie de la clase social a que tú te refieres». Pero si es el doctor el que hace la pregunta, en un caso de epidemia: «¿Quién más hay aquí?», entonces la señora recordará sin duda al mayordomo, a la camarera, etc. Y así se habla siempre. Nunca son literales las respuestas, sin que dejen por eso de ser verídicas. Cuando estos cuatro hombres honrados aseguraron que nadie había entrado en la casa, no quisieron decir que ningún ser de la especie humana, sino que ninguno de quien se pudiera sospechar que era el hombre en quien pensábamos. Porque lo cierto es que un hombre entró y salió, aunque ellos no repararon en él.

—¿Un hombre invisible? —preguntó Angus, arqueando las cejas rojas.

—Mentalmente invisible —dijo, precisando, el padre Brown.

Y uno o dos minutos después continuó en el mismo tono, como quien medita en voz alta:

—Es un hombre en quien no se piensa, como no sea premeditadamente. En esto está su talento. A mí se me ocurrió pensar en él por dos o tres circunstancias del relato de Mr. Angus. La primera, que Welkin era un andarín. La segunda, la tira de papel pegada al escaparate. Después (y es lo principal), las dos cosas que contó la joven, y que pudieran no ser absolutamente exactas... No se incomode usted —añadió advirtiendo un movimiento de disgusto del escocés—. Ella creyó que era verdad, pero no era posible que fuera verdad. Un instante después de haber recibido una carta en la calle no se está completamente solo. Ella no estaba completamente sola en la calle al detenerse a leer una carta recién recibida. Alguien estaba a su lado, aunque ese alguien fuese mentalmente invisible.

—Y ¿por qué había de estar alguien junto a ella? —preguntó Angus.

—Porque —dijo el padre Brown—, excepto las palomas mensajeras, alguien tiene que haberle llevado la carta.

—¿Quiere usted decir —preguntó Flambeau precisando— que Welkin le llevaba a la joven las cartas de su rival?

—Sí —dijo el sacerdote—. Welkin le llevaba a su dama las cartas de su rival. No puede haber sido de otro modo.

—No lo entiendo —estalló Flambeau—. ¿Quién es ese sujeto? ¿Cómo es? ¿Cuál es el disfraz o apariencia habitual de un hombre mentalmente invisible?

—Su disfraz es muy bonito. Rojo, azul y oro —dijo al instante el sacerdote—. Y con este disfraz notable y hasta llamativo, nuestro hombre invisible logró penetrar en la casa Himalaya, burlando la vigilancia de ocho ojos humanos; mató a Smythe con toda tranquilidad, y salió otra vez llevando a cuestas el cadáver.

—Reverendo padre —exclamó Angus, deteniéndose—. ¿Se ha vuelto usted loco, o soy yo el loco?

—No, no está usted loco —explicó Brown—. Simplemente, no es usted muy observador. Usted nunca jse ha fijado en hombres como éste, por ejemplo.

Y diciendo esto, dio tres largos pasos y puso la mano sobre el hombro de un cartero que, a la sombra de los árboles, había pasado junto a ellos sin ser notado.

—Sí —continuó el sacerdote reflexionando—, nadie se fija en los carteros y, sin embargo, tienen pasiones como los demás hombres, y a veces llevan a cuestas unos sacos enormes donde cabe muy bien el cadáver de un hombre de pequeña estatura.

El cartero, en lugar de volverse, como hubiera sido lo natural, se había metido, chapuzando y dando traspiés, en la zanja que corría junto al jardín. Era un hombre flaco, rubio, de apariencia ordinaria; pero al volver a ellos el azorado rostro, los tres vieron que era más bizco que un demonio.

Flambeau volvió a sus espadas, a sus tapices rojos y a su gato persa, porque tenía muchos negocios pendientes. John Turnbull Angus volvió al lado de la confitera, con quien el imprudente joven logró arreglárselas muy bien. Pero el padre Brown siguió recorriendo durante varias horas aquellas colinas llenas de nieve, a la luz de las estrellas y en compañía de un asesino. Y lo que aquellos dos hombres hablaron nunca se sabrá.

Una anécdota más bien improbable

No recuerdo si esta historia es verdad o no. Si la leyese con cuidado, sospecho que decidiría que no. Pero por desgracia no puedo leerla con cuidado porque aún no la he escrito. Durante gran parte de mi infancia, la idea y la imagen de la misma permanecieron conmigo. Puede que lo soñase antes de aprender a hablar, o que me la contase a mí mismo antes de saber leer, o que la leyese antes de tener recuerdos conscientes. Sin embargo, estoy completamente seguro de no haberla leído ya que los niños tienen memorias muy claras de cosas semejantes. Y, de los libros que me encantaban, recuerdo no solo la forma, el volumen y la encuadernación sino incluso la posición de las palabras impresas en muchas de las paginas. Teniéndolo todo en cuenta, me inclino a creer que me aconteció antes de mi nacimiento.

En cualquier caso, contemos el cuento con todas las ventajas de la atmósfera que lo ha ido empapando. Pueden ustedes imaginarme, por así decirlo, sentado comiendo en uno de esos restaurantes de comida rápida donde la gente come tan rápido que lo que ingieren pierde la categoría de comida, y donde pasan su media hora libre tan deprisa que pierde la categoría de descanso, aunque apresurarse en el descanso es la actitud menos profesional que uno puede adoptar. Todos tenían puestos sus sombreros de copa, como si no pudiesen perder ni un instante en colgarlos de una percha. Todos tenían un ojo ligeramente hipnotizado por el enorme ojo del reloj. En resumen, eran esclavos de la moderna cautividad y podía escucharse rechinar sus grilletes. Cada uno estaba de hecho, sujeto por una cadena, la más pesada que nunca ató a un hombre: la cadena de su reloj de chaleco..

Ahora bien, entre los que entraban y se sentaban frente a mí, hubo uno que, casi inmediatamente, inició un monologo que nadie interrumpió. Estaba vestido como todos los demás hombres, sin embargo su conducta era sorprendentemente distinta. Tenia puestas la chistera y el frac pero los llevaba de la manera en que objetos tan solemnes deben llevarse. Llevaba el sombrero de seda como si fuese una mitra y el frac como si fuese la túnica de un gran sacerdote. No solo había colgado su sombrero si no que, era tal su decoro, que casi pareció pedirle permiso y pedir disculpas de la percha por utilizarla. Cuando se sentó en la silla, lo hizo en la manera que lo haría alguien que tuviese en cuenta los sentimientos de la silla y haciendo una pequeña reverencia a la mesa de madera, como si fuese un altar. No pude evitar hacer un comentario porque aquel era un hombre robusto, vigor y de aspecto próspero y, aún así, trataba las cosas con un cuidado que parecía nerviosismo.

Por decir algo para demostrar mi interés, dije:

-Estos muebles parecen sólidos pero, desde luego, la gente los trata demasiado descuidadamente.

Mientras le observaba dubitativo me fije en sus ojos, no pude apartarlos de su mirada apocalíptica. Le había tomado por un hombre corriente al entrar, excepto por su manera de comportarse extraña y cautelosa. Pero si los demás se hubiesen fijado en él, habrían escapado gritando de la habitación. No se fijaron y siguieron haciendo ruido, con el resonar de sus tenedores y el murmullo de su conversación. Pero el rostro de aquel hombre era el de un demente.

-¿Quiere Vd. decir algo con eso?- Contestó al rato y su cara recuperó el color.

-Nada en absoluto- repliqué – Aquí nadie dice nada coherente. Amarga la digestión..

Se reclinó en su silla y se enjuagó el sudor de su ancha frente con un gran pañuelo, sin embargo parecía haber una nota de decepción en su alivio.

-Supuse que quizá – susurró – otra se había estropeado.

-Si se refiere a otra digestión defectuosa – dije- nunca oí que ninguna fuese buena. Este es el corazón del imperio y los demás órganos están iguales de deteriorados.

-No, quise decir otra calle estropeada- dijo lenta y claramente- pero, como supongo que esto no le aclara nada, tendré que contarle la historia. Lo hago con toda tranquilidad al ser consciente de que usted no me creerá. Durante cuarenta años de mi vida, invariablemente me he marchado de mi oficina, que se encuentra en la calle Leadenhall, a las cinco y media de la tarde, llevando en la mano derecha un paraguas y en la izquierda un maletín. Durante cuarenta años, dos meses y cuatro días abandoné la oficina por la puerta lateral, anduve por la acera izquierda, tome el primer giro a la izquierda y el tercero a la derecha, compré el periódico de la tarde, seguí por la acera de la derecha rodeando dos ángulos obtusos y terminé saliendo justo al lado de la estación, donde cogí el tren hasta casa. Durante cuarenta años, dos meses y cuatro días, hice esto por la fuerza de la costumbre. No era una calle larga, tardaba en hacer el recorrido cuatro minutos y medio. Después de cuarenta años, dos meses y cuatro días, al quinto día, comencé a hacer lo mismo hasta que noté que andar por la calle de siempre me cansaba más que de costumbre. Cuando doblé la esquina, pensé que me había equivocado. Ahora la calle se levantaba en cuesta, como las que se ven en la parte de Londres que se levanta sobre colinas, y en esa parte de Londres no había colinas. Sin embargo no me había equivocado, el nombre escrito en la pared era el mismo, las tiendas cerradas, las farolas, toda la perspectiva era idéntica. Pero ahora se inclinaba hacia arriba como un borracho. Olvidándome del agotamiento y la fatiga, eché a correr rápidamente hasta que alcancé la segunda de las esquinas que yo habitualmente doblaba, desde la cual debería poder ver la estación. Cuando giré en la esquina, casi me caigo al suelo. Porque ahora la calle se elevaba como una escalera escarpada, como las de los costados de una pirámide. En millas a la redonda, no existen cuestas como las de Ludgate Hill. Y esta era como el Matterhorn. Toda la calle se elevaba como en una única ola, pero cada mota y cada detalle eran idénticos. Identifiqué en las alturas, como si estuviesen en un pasaje alpino, las letras rosas del cartel de mi papelería.

Entonces corrí como loco, dejando atrás las tiendas, y llegue a una parte de la calle en que hay una larga fila de chalets grises. Tuve, no sé por qué, el presentimiento irracional, de que era un largo puente de hierro extendiéndose sobre él vació. Me dejé llevar y alcé la tapa de una carbonera. Al mirar hacia abajo, vi el espacio vacío y las estrellas.

Cuando levante la vista, había un hombre de pie en el jardín de la puerta de su casa. Estaba mirándome apoyado en la verja. Nos encontrábamos solos en esa calle de pesadilla. Su rostro estaba en penumbras, su ropa era corriente y de un color discreto, pero de alguna manera supe que no pertenecía a este mundo. Las estrellas que había detrás de su cabeza, eran mayores y más brillantes de lo que deberían soportar los ojos de los hombres.

“Si es usted un ángel amable”, dije” o un sabio demonio o si tiene algún vinculo con la humanidad dígame que sucede en esta calle poseída”

Tras un largo silencio replicó diciendo “¿Qué calle cree que es?”

“Es la calle Bampton, por supuesto”le contesté en el acto” va a la estación Oldgate”

“Si, a veces va allí” reconoció muy serio”pero en este preciso momento, va al paraíso”

“¿Al paraíso?¿Porqué?”Dije yo.

“Porque busca justicia. La debéis haber maltratado. Recuerda siempre que hay algo que no puede ser soportado por nada ni por nadie. Esa cosa insoportable es ser explotado y despreciado. Por ejemplo, se puede explotar a las mujeres. Todo el mundo lo hace. Pero te desafió a que encima las desprecies. Puedes despreciar a los vagabundos, a los gitanos y a todos los demás marginados mientras no los explotes. Ni una bestia del campo, ni un caballo, ni un perro pueden soportar por mucho tiempo que les exijan que hagan más trabajo del que les corresponde pero que, al mismo tiempo, tengan algo menos que su honor. Es lo mismo con las calles. Debéis haber agotado a esta calle hasta la muerte, sin recordar nunca su existencia. Si tuvieseis una democracia saludable, aunque fuese pagana, habríais decorado esta calle con guirnaldas y la habríais alabado como una diosa. Entonces se habría quedado tranquila. Pero al fin se ha cansado de vuestra incansable arrogancia. Corcovea y levanta la cabeza hacia el cielo. ¿Has montado alguna vez en un caballo que corcovea?”

Miré la larga calle gris, durante un instante tuvo el aspecto del largo cuello de un caballo alzado hacia el cielo. Pero al instante, mi cordura regresó.

“Pero todo esto no es más que tonterías” dije “Las calles van a donde deben ir. Toda calle debe llegar a su fin”.

“¿Porqué piensa eso de las calles?” Preguntó, muy quieto.

“Porque siempre la he visto hacer la misma cosa” contesté razonablemente enfadado “Día tras día, año tras año, siempre ha conducido a la estación Oldgate. Día tras...” Paré al notar que había erguido su cabeza con la furia de la calle rebelde.

“¿Y usted?” Dijo con un grito terrible “¿Qué piensa de usted la calle? ¿Cree que está vivo? ¿Estas vivo? Día tras día, año tras año, siempre te has dirigido a la estación Oldgate...” Desde entonces he respetado los objetos a lo que llaman inanimados.

Y haciendo una leve reverencia al bote de mostaza, el hombre se fue del restaurante.

Los tres jinetes del Apocalipsis

La singular y a veces inquietante impresión que Mr. Pond me causaba, a pesar de su cortesía trivial y de su corrección, se vinculaba tal vez a alguno de mis primeros recuerdos y a la vaga sugestión verbal de su nombre. Era un viejo amigo de mi padre, un funcionario; y sospecho que mi imaginación infantil había mezclado de algún modo el nombre de Mr. Pond con el estanque del jardín. Pensándolo bien, se parecía extrañamente al estanque. Era, en general, tan sereno, tan regular y tan claro en sus habituales reflejos de la tierra, del cielo y de la luz del día como aquél. Y yo sabía, sin embargo, que había algunas cosas raras en el estanque del jardín. Una o dos veces al año el estanque parecía un poco distinto: una sombra fugaz o un destello interrumpía su lisa tranquilidad, y un pez o un sapo o alguna criatura más grotesca se mostraba al cielo. Y yo sabía que también en Mr. Pond había monstruos: monstruos mentales que emergían un instante a la superficie y luego se perdían. Tomaban las formas de observaciones monstruosas en medio de sus observaciones inofensivas y razonables. Algunos interlocutores pensaban que en la mitad de un diálogo juicioso se volvía loco. Pero también reconocían que regresaba a la cordura inmediatamente.

Una tarde, hablaba muy juiciosamente con Sir Hubert Watton, el conocido diplomático; estaban sentados bajo enormes quitasoles, mirando el estanque, en nuestro jardín. Hablaban de una parte del mundo que ambos conocían y que en Europa Occidental se conoce muy poco: las vastas llanuras anegadizas que se deshacen en pantanos y ciénegas en los confines de Pomerania y de Polonia y de Rusia, y que se dilatan acaso hasta los desiertos siberianos. Y Mr. Pond recordó que en una región de profundas ciénegas, cortadas por lagunas y lentos ríos, hay un solo camino en un estrecho terraplén empinado: una senda no peligrosa para el peatón, pero escasa para que dos jinetes pasen a un tiempo. Este es el principio del cuento.

Se refiere a un tiempo no muy lejano, a un tiempo en el que aún se usaban tropas de caballería, aunque más para correos que para combates. Baste decir que esto ocurrió en una de las muchas guerras que han arrasado a esa parte del mundo, si es posible arrasar un desierto. Esa guerra entrañaba la presión del sistema prusiano sobre la nación polaca, pero es innecesario formular la política del asunto o discutir el pro y el contra. Digamos ligeramente que Mr. Pond divirtió a los presentes con un uigma.

—Espero que ustedes recordarán —dijo Pond— el revuelo que produjo Pablo Petrovski, el poeta de Cracovia, que hizo dos cosas bastante peligrosas en aquel tiempo: mudarse de Cracovia a Poz-nam y ser a la vez poeta y patriota. La ciudad en que vivía estaba ocupada en ese momento por los prusianos; estaba situada exactamente en el término oriental del largo camino; pues, como es de imaginarse, el comando prusiano se había apresurado a ocupar la cabeza de puente, de ese puente tan solitario, sobre ese mar de ciénegas. Pero su base estaba en el término occidental del camino: el célebre mariscal von Grock tenía el comando supremo; y su antiguo regimiento, que seguía siendo su regimiento predilecto, los Húsares Blancos, estaba acampado cerca del extremo occidental del alto camino. Por supuesto, todo era impecable, hasta el menor detalle de los espléndidos uniformes blancos, atravesados por el tahalí llameante —esto era anterior al empleo de los colores del barro y de la arcilla para todos los uniformes del mundo—. No los re-pruebo. A veces pienso que el tiempo de la heráldica era más hermoso que el tiempo del mimetismo

que trajo la historia natural y el culto de los camaleones y de los escarabajos. Sea lo que fuere, este regimiento de caballería prusiana usaba su propio uniforme; y, como verán ustedes, ése fue otro elemento del fiasco; pero no sólo eran los uniformes; era la uniformidad. Todo fracasó, porque había demasiada disciplina. Los soldados de Grock le obedecían demasiado; de modo que no podía hacer lo que quería.

—Eso debe ser una paradoja —dijo Watton, con un suspiro—. Será muy ingenioso y todo lo que quieran; pero realmente es un desatino. Ya sé que la gente suele decir que hay demasiada disciplina en el ejército alemán. Pero en un ejército no puede haber demasiada disciplina.

—Pero no lo digo de una manera general —dijo Pond, quejumbrosamente—. Lo digo refiriéndome a este caso particular. Grock fracasó porque sus soldados le obedecieron. Claro que si *uno* de los soldados le hubiera obedecido, las cosas no hubieran ido tan mal. Pero como dos de sus soldados le obedecieron, el hombre fracasó.

Watton se rió guturalmente.

—Me encanta su nueva teoría militar. Usted permite la obediencia a un soldado en un regimiento; pero que dos soldados obedezcan, ya es un exceso de la disciplina prusiana.

—No tengo ninguna teoría militar, hablo de un hecho militar —contestó Mr. Pond plácidamente—. Es un hecho militar que Grock fracasó porque dos de sus soldados le obedecieron. Es un hecho militar que hubiera tenido éxito si uno de ellos hubiera desobedecido. Encárguese usted de las teorías militares.

—No soy aficionado a las teorías —dijo Watton con cierta sequedad, como alcanzado por un insulto trivial.

En ese momento se vio la vasta y fanfarrona figura del capitán Gahagan, el incongruente amigo y admirador del apacible Mr. Pond. Tenía una fogosa malva en el ojal y un sombrero de copa atesado sobre la roja cabellera; y aunque era relativamente joven, había en su andar un contoneo que sugería la época de los *dandies* y de los duelistas. Alto y de espaldas al sol, parecía el emblema de la arrogancia. Sentado, cara al sol, atenuaban la impresión anterior los ojos pardos, muy suaves, tristes y un poco ansiosos.

Mr. Pond interrumpió su monólogo y se perdió en un torrente de disculpas:

—Estoy hablando demasiado, como de costumbre; la verdad es que hablo de ese poeta, Petrovski, que casi fue ejecutado en Poz-nam, hace ya tiempo. Las autoridades militares vacilaban; iban a dejarlo en libertad, si no recibían órdenes directas del mariscal von Grock; pero el mariscal había decidido que muriera el poeta; y mandó la sentencia de ejecución, esa misma tarde. Después mandaron un indulto; pero como el portador del indulto murió en el camino, el prisionero fue puesto en libertad.

—Pero cómo ... —repitió mecánicamente Watton.

—Naturalmente, el prisionero fue puesto en libertad —observó Gahagan, con una voz fuerte y feliz—. Es claro como la luz del día. Cuéntenos otro cuento.

—Es una historia estrictamente cierta —protestó Mr. Pond—, y ocurrió exactamente como les digo. No es una paradoja. Claro, si se ignoran los hechos, todo puede parecer complicado.

—Sí —convino Gahagan—, necesitaremos muchos detalles para comprender que esa historia es simple.

—Cuéntela de una vez —dijo Watton.

—Pablo Petrovski era uno de esos hombres nada prácticos, que son de prodigiosa importancia en la política práctica. Su poder estaba en el hecho de que era un poeta nacional, pero también un cantor internacional. Es decir, tenía una bella voz poderosa con

la que cantaba sus himnos en todas las salas de concierto del mundo. En su patria, naturalmente, era una antorcha y un clarín de esperanzas revolucionarias, especialmente entonces, en aquella crisis internacional en que el lugar de los políticos prácticos había sido ocupado por hombres mucho más o menos prácticos. Porque el verdadero idealista y el verdadero realista comparten el amor de la acción. Y el político práctico vive de formular objeciones prácticas a cualquier acción. La obra del idealista podrá ser impracticable; la del hombre de acción, inescrupulosa; pero en ninguno de los dos casos puede un hombre ganar una reputación por no hacer nada. Es raro que esos dos tipos extremos estuvieran en los dos extremos de ese largo camino entre los pantanos: el poeta polaco, prisionero, en la ciudad, a un extremo; el soldado prusiano, comandando el campamento, al otro.

"Porque el mariscal von Grock era un verdadero prusiano, no sólo enteramente práctico, sino enteramente prosaico. Jamás había leído un verso, pero no era un imbécil. Poseía el sentido de la realidad, propio de los soldados; este sentido le impedía incurrir en el error asnal del político práctico. No se burlaba de las visiones; se limitaba a detestarlas. Sabía que un poeta, o un profeta, podían ser peligrosos como un ejército. Y había resuelto que el poeta muriera. Era su único tributo a la poesía, y era sincero.

"Estaba sentado ante una mesa, en su tienda; el yelmo con punta de acero, que siempre usaba en público, estaba a su izquierda; y su cabeza maciza parecía calva, aunque sólo estaba rapada. También la cara entera estaba rapada y nada la cubría, salvo unos anteojos muy fuertes, que daban un aire enigmático al rostro pesado y caído. Se volvió a un teniente que estaba firme a su lado, un alemán de los de cara indefinida y cabello pálido, cuyos redondos ojos azules miraban como ausentes.

"—Teniente von Hocheimer —preguntó—, ¿dijo usted que su alteza llegaría esta noche al campamento?

"—A las siete y cuarenta y cinco, mi general —respondió el teniente, que parecía poco dispuesto a hablar, como un gran animal que apenas dominase esa habilidad.

"—Estamos justo a tiempo —dijo Grock— para mandarlo a usted con la sentencia de muerte, antes que llegue. Debemos servir a su alteza de todas formas, pero especialmente ahorrándole molestias inútiles. Ya tendrá bastante con revistar a las tropas; cuide que todo esté a disposición de su alteza. A las ocho y cuarenta y cinco su alteza partirá para el próximo puesto avanzado.

"El teniente volvió parcialmente a la vida e hizo un esbozo de saludo.

"—Es claro, mi general, todos debemos obedecer a su alteza.

"—He dicho que todos debemos servir a su alteza —dijo el mariscal.

"Con un movimiento más brusco que de costumbre se quitó los anteojos y los arrojó sobre la mesa. Si los vagos ojos azules del teniente hubieran sido perspicaces, se hubieran dilatado todavía más ante la transformación operada por ese gesto. Fue como la remoción de una máscara de hierro. Un segundo antes, el mariscal von Grock se parecía extraordinariamente a un rinoceronte, con sus pesados pliegues de coriácea mandíbula y mejilla. Ahora era una nueva clase de monstruo: un rinoceronte con ojos de águila. El frío resplandor de sus ojos viejos hubiera dicho casi a cualquiera que algo había en él que no era solamente pesado; que algo había en él, hecho de acero y no sólo de hierro. Porque todos los hombres viven por un espíritu, aunque sea un espíritu malvado, o uno tan extraño a la comunidad de los hombres cristianos, que éstos apenas saben si es bueno o malo.

"—He dicho que todos debemos servir a su alteza —repitió Grock—. Hablaré con más claridad y diré que todos debemos salvar a su alteza. ¿No basta a nuestros reyes ser

nuestros dioses? ¿No les basta que los sirvan y que los salven? Nosotros somos quienes debemos servir y salvar.

"El mariscal von Grock raramente hablaba o pensaba (tal como entienden el pensamiento las personas intelectuales). Los hombres como él, cuando se ponen a pensar en voz alta, prefieren dirigirse a su perro. Les complace ostentar palabras difíciles y complicados argumentos ante el perro. Sería injusto comparar al teniente Ho-cheimer con un perro. Sería injusto para el perro, que es una criatura sensitiva y vigilante. Sería más exacto decir que el mariscal von Grock, en ese raro momento de reflexión, tenía la comodidad y la tranquilidad de sentir que estaba reflexionando en voz alta en presencia de una vaca o de una legumbre.

"—Una y otra vez, en la historia de nuestra casa real, el sirviente ha salvado al amo — continuó Grock— sin lograr otro premio que sinsabores, a lo menos de parte de la opinión pública, que siempre gime contra el afortunado y el fuerte. Pero hemos sido afortunados y hemos sido fuertes. Maldijeron a Bismarck por haber engañado a su amo, con el telegrama de Ems; pero convirtió a su amo en amo del mundo. París fue capturada; destronada Austria; y nosotros quedamos a salvo. Esta noche Pablo Petrovski habrá muerto, y otra vez estaremos a salvo. Por eso lo mando con esta inmediata sentencia de muerte. ¿Entiende usted que lleva la orden para la inmediata ejecución de Petrovski y que no debe regresar hasta que la cumplan?

"El inexpresivo Hocheimer saludó; entendía muy bien esa orden. Al fin de cuentas tenía algunas de las virtudes del perro: era valiente como un bull-dog y podía ser fiel hasta la muerte.

"—Debe usted montar a caballo y partir sin tardanza —continuó Grock— y cuidar que nada lo demore, o impida su misión. Me consta que ese imbécil de Arnheim libertará a Petrovski esta noche, si no recibe mensaje alguno. Apresúrese.

"Y el teniente volvió a saludar y entró en la noche; y después de montar uno de los soberbios corceles blancos que eran parte del esplendor de ese regimiento espléndido, empezó a galopar por el alto y estrecho terraplén, casi como el filo de una muralla, que dominaba el sombrío horizonte, los difusos contornos y los apagados colores de aquellos pantanos enormes.

"Cuando el último eco del caballo retumbó en el camino, el mariscal se incorporó, se puso el casco y los lentes y salió a la puerta de la tienda; pero por otra razón. El Estado Mayor, con uniforme de gala, ya le esperaba; y, desde las profundas filas, se oían los saludos rituales y las voces de mando. Había llegado el príncipe.

"El príncipe era algo así como un contraste, al menos en lo externo, con los hombres que lo rodeaban; y aun en otras cosas era una excepción en su mundo. También usaba yelmo con punta de acero, pero de otro regimiento, negro con reflejos de acero azul; y había algo semiincongruente y semiapropiado, por alguna anticuada razón, en la combinación de ese yelmo con la larga y oscura barba fluida, entre aquellos prusianos bien rasurados. Como para hacer juego con la larga y oscura barba, usaba un largo y oscuro manto azul con una estrella resplandeciente, de la más alta orden real; y bajo el manto azul vestía uniforme negro. Aunque tan alemán como los otros, era un tipo distinto de alemán; y algo en su rostro absorto y orgulloso confirmaba la leyenda de que la única pasión de su vida era la música.

"En verdad, el adusto Grock creyó poder vincular con esa remota excentricidad el hecho fastidioso y exasperante de que el príncipe no procediera inmediatamente a revisar las tropas, formadas ya en todo el orden laberíntico de la etiqueta militar de su nación; y

que inmediatamente abordara el tema que el mariscal quería evitar: el tema de ese polaco informal, su popularidad y su peligro; porque el príncipe había oído las canciones de este hombre en los teatros de toda Europa.

"—Hablar de ejecutarlo es una locura —dijo el príncipe, sombrío bajo su casco negro—. No es un polaco vulgar. Es una institución europea. Sería lamentado y divinizado por nuestros aliados, por nuestros amigos, hasta por nuestros compatriotas. ¿Quiere usted convertirse en las mujeres locas que asesinaron a Orfeo?

"—Alteza —dijo el mariscal—, sería lamentado; pero estaría muerto. Sería divinizado; pero estaría muerto. De los actos que anhela ejecutar, no ejecutaría uno solo. Todo lo que hace ahora, cesaría para siempre. La muerte es un hecho irrefutable, y me gustan los hechos.

—¿No sabe usted nada del mundo? —preguntó el príncipe.

"—Nada me importa del mundo —contestó Grock— más allá de los jalones de la frontera.

"—¡Dios del cielo! —gritó el príncipe—. Usted hubiera fusilado a Goethe por una indisciplina con Weimar.

"—Por la seguridad de su casa real —contestó Grock— no hubiera vacilado un instante.

"Hubo un breve silencio, y el príncipe dijo con una voz seca y distinta:

"—¿Qué quiere usted decir?

"—Quiero decir que no he vacilado un instante —dijo el mariscal, con firmeza—. Ya he enviado órdenes para la ejecución de Petrovski.

"El príncipe se irguió como una gran águila oscura; su capa ondeó como en un vértigo de alas; y todos los hombres supieron que una ira más allá del lenguaje había hecho de él un hombre de acción. Ni siquiera se dirigió al mariscal; a través de él, con voz alta, habló al jefe de Estado Mayor, general von Zenner, un hombre opaco, de cuadrada cabeza, que había permanecido en segundo término, quieto como una piedra.

"—¿Quién tiene el mejor caballo de su división? ¿Quién es el mejor jinete?

"—Arnold von Schacht tiene un caballo que vencería a los de carrera —respondió en seguida el general—. Y es un admirable jinete. Es de los Húsares Blancos.

"—Muy bien —dijo el príncipe, con la misma decisión en su voz—. Que inmediatamente salga en persecución del hombre con esa orden absurda, y que lo detenga. Yo le daré una autorización que el eminente mariscal no discutirá. Traigan papel y tinta.

"Sentóse, desplegando la capa; le trajeron lo pedido, escribió firmemente y rubricó la orden que anulaba todas las otras y aseguraba el indulto y la libertad de Petrovski, el polaco.

"Después, en un silencio de muerte, que von Grock aguantó sin pestañear, como un ídolo bárbaro, el príncipe salió de la estancia, con su capa y su espada. Estaba tan disgustado, que nadie se atrevió a recordarle la revista de las tropas. Arnold von Schacht, un muchacho ágil, de aire de niño, pero con más de una medalla en su blanco uniforme de húsar, juntó los talones, recibió la orden del príncipe y, afuera, saltó a caballo y se perdió por el alto camino, como, una exhalación .o como una flecha de plata.

"Con lenta serenidad el viejo mariscal volvió a la tienda; con lenta serenidad se quitó el casco y los anteojos y los puso en la mesa. Luego llamó a un asistente y le ordenó buscar al sargento Schwarz, de los Húsares Blancos.

"Un minuto después se presentó ante el mariscal un hombre cadavérico y alto, con una cicatriz en la mandíbula, muy moreno para alemán, como si el color de su tez hubiera sido

oscurecido por años de humo, de batallas y de tormentas. Hizo la venia y se cuadró mientras el mariscal alzaba lentamente los ojos. Y aunque era muy vasto el abismo entre el mariscal del imperio, con generales a sus órdenes, y aquel sufrido suboficial, lo cierto es que de todos los hombres que han hablado en este cuento, sólo estos dos se miraron y se comprendieron sin palabras.

"—Sargento —dijo secamente el mariscal—, ya lo he visto dos veces. Una, creo, cuando ganó el primer premio del Ejército en el certamen de tiro.

"El sargento hizo la venia, silencioso.

"—La otra —continuó el mariscal— cuando lo acusaron de matar de un tiro a esa vieja que se negó a informar sobre la emboscada. El incidente dio mucho que hablar, aun en nuestros círculos. Sin embargo, se movió una influencia en su favor, sargento. Mi influencia.

"Otra vez el sargento hizo la venia. El mariscal prosiguió hablando de un modo frío, pero extrañamente sincero.

"—Su alteza el príncipe ha sido engañado en un punto esencial a su propia seguridad y a la de la Patria, y ahora acaba de mandar una orden para que pongan en libertad a Petrovski, que debe ser ejecutado esta noche. Repito: que debe ser ejecutado esta noche. Tiene usted que salir inmediatamente en pos de von Schacht, que lleva la orden, y detenerlo.

"—Me será muy difícil alcanzarlo, mi general —dijo el sargento—. Tiene el caballo más veloz del regimiento y es el mejor jinete.

"—Yo no dije que lo alcanzara. Dije que lo detuviera —dijo Grock. Luego habló más despacio—. Un hombre puede ser detenido de muchos modos: por gritos o disparos —se hizo más lenta y más pesada su voz, pero sin una pausa—. La descarga de una carabina podría llamarle la atención.

"El sombrío sargento hizo la venia por tercera vez, y no despegó los labios.

"—El mundo cambia —dijo Grock—, no por lo que se dice o por lo que se reprueba o alaba, sino por lo que se hace. El mundo nunca se repone de un acto. El acto necesario en este momento es la muerte —dirigió al otro sus brillantes ojos de acero y agregó—: Hablo, claro está, de Petrovski.

"El sargento Schwarz sonrió ferozmente; y también él, después de alzar la lona que cubría la entrada de la tienda, montó a caballo y se fue.

"El último de los tres jinetes era aún más invulnerable a la fantasía que el primero. Pero, como también era humano (siquiera de un modo imperfecto), no dejó de sentir, en esa noche y con esa misión, el peso de ese paisaje inhumano. Al cabalgar por ese terraplén abrupto, infinitamente se dilataba en derredor algo más inhumano que el mar. Porque nadie podía nadar ahí, ni navegar, ni hacer nada humano; sólo podía hundirse en el lodo, y casi sin lucha. El sargento sintió con vaguedad la presencia de un fango primordial, que no era sólido, ni líquido, ni capaz de una forma; y sintió su presencia en el fondo de todas las formas.

"Era ateo, como tantos miles de hombres sagaces, obtusos, del norte de Alemania; pero no era de esos paganos felices que ven en el progreso humano un florecimiento natural de la tierra. El mundo para él no era un campo en que las cosas verdes o vivientes surgían y se desarrollaban y daban frutos; era un mero abismo donde todas las cosas vivientes se hundirían para siempre; este pensamiento le daba fuerza para todos los extraños deberes que le incumbían en un mundo tan detestable. Las manchas grises de la vegetación aplastada, vistas desde arriba como en un mapa, parecían el gráfico de una enfermedad; y

las incomunicadas lagunas parecían de veneno, no de agua. Recordó algún escrúpulo humanitario contra los envenenadores de lagunas.

"Pero las reflexiones del sargento, como casi todas las reflexiones de los hombres que no suelen reflexionar, tenían su raíz en alguna tensión subconsciente sobre sus nervios y su inteligencia práctica. El recto camino era no sólo desolado, sino infinitamente largo. Imposible creer que había corrido tanto sin divisar al hombre que perseguía. Sin duda, el caballo de von Schacht debía ser muy veloz para haberse alejado tanto, porque sólo había salido un rato antes. Schwarz no esperaba alcanzarlo; pero un justo sentido de la distancia le había indicado que muy pronto lo divisaría. Al fin, cuando empezaba a desesperarse, lo divisó.

"Un punto blanco, que fue convirtiéndose muy despacio en una forma blanca, surgió a lo lejos, en una furiosa carrera. Se agrandó, porque Schwarz espoleó y fustigó a su caballo; llegó a un tamaño suficiente la raya anaranjada sobre el uniforme blanco que distinguía al uniforme de los húsares. El ganador del premio de tiro de todo el ejército había dado en el centro de blancos más pequeños que aquél.

"Enfiló la carabina, y un disparo violento espantó, por leguas a la redonda, las aves salvajes de los pantanos. Pero el sargento Schwarz no pensó en ellas. Su atención estaba en la erecta y remota figura blanca, que se arrugó de pronto como si el fugitivo se deformara. Pendía sobre la montura como un jorobado; y Schwarz, con su exacta visión y con su experiencia, estaba seguro de que su víctima había sido alcanzada en el cuerpo; y, casi indudablemente, en el corazón. Entonces, con un segundo balazo, derribó al caballo; y todo el grupo ecuestre resbaló y se derrumbó y se desvaneció en un blanco relámpago dentro del oscuro pantano.

"El sargento estaba seguro de haber cumplido su obra. Los hombres como él se aplican mucho en sus actos; por ese motivo suelen ser tan erróneos sus actos. Había ultrajado la camaradería, que es el alma de los ejércitos; había matado a un oficial que estaba cumpliendo con su deber; había engañado y desafiado a su príncipe y había cometido un asesinato vulgar sin la excusa de una pendencia, pero había acatado la orden de un superior y había ayudado a matar a un polaco. Estas dos circunstancias finales ocuparon su mente, y emprendió el regreso para dar su informe. No dudaba de la perfección de la obra cumplida, indudablemente, el hombre que llevaba el perdón estaba muerto; y, si por un milagro, sólo estuviera agonizando, era inconcebible que llegara a la ciudad a tiempo de impedir la ejecución. No; en suma, lo más práctico era volver a la sombra de su protector, el autor del desesperado proyecto. Con todas sus fuerzas se apoyaba en la fuerza del gran mariscal.

"Y, en verdad, el gran mariscal tenía esta grandeza: después de la monstruosidad que había cometido, o que había ordenado cometer, no temió afrontar los hechos o las comprometedoras posibilidades de mostrarse con su instrumento. Una hora después, él y Schwarz, cabalgaban por el largo camino; en un determinado sitio desmontó el mariscal, pero le dijo al otro que prosiguiera. Quería que el sargento llegara a la ciudad, y viera si todo estaba tranquilo después de la ejecución, o si persistía algún peligro de agitación popular.

"—¿Aquí es, mi general? —interrogó el sargento en voz baja—. Hubiera jurado que era más adelante; pero la verdad es que este camino infernal se estiraba como una pesadilla.

"—Aquí es —dijo Grock, y con lentitud se apeó del caballo. Se acercó al borde del parapeto y miró hacia abajo.

"Se había levantado la luna sobre los pantanos y su esplendor magnificaba las aguas oscuras y la escoria verdosa; y en un cañaveral, al pie del terraplén, yacía, en una especie de

luminosa y radiante ruina, todo lo que quedaba de uno de los soberbios caballos blancos y jinetes blancos de su antiguo regimiento. La identidad no era dudosa; la luna destacaba el cabello rubio del joven Arnold, el segundo jinete, y el mensajero del indulto; brillaban también el tahalí y las medallas que eran su historia, y los galones y los símbolos de su grado. Grock se había sacado el yelmo; y aunque ese gesto era tal vez la vaga sombra de un sentimiento funeral de respeto, su efecto visible fue que el enorme cráneo rapado y el pescuezo de paquidermo resplandecieron pétreamente bajo la luna como los de un monstruo antediluviano. Rops, o algún grabador de las negras escuelas alemanas, podría haber dibujado ese cuadro: una enorme bestia, inhumana como un escarabajo, mirando las alas rotas y la armadura blanca y de oro de algún derrotado campeón de los querubines.

"Grock no expresó piedad y no dijo ninguna plegaria; pero de un modo oscuro se conmovió como en algún instante se conmueve la vasta ciénega; y, casi defendiéndose, trató de formular su única fe y confrontarla con el universo desnudo y con la luna insistente.

"—Antes y después del hecho, la voluntad alemana es la misma. No la destruyen las vicisitudes y el tiempo, como, la de quienes se arrepienten. Está fuera del tiempo, como una cosa de piedra que mira hacia atrás y hacia adelante con una sola cara.

"El silencio duró lo bastante para halagar su fría vanidad con una sensación de prodigio; como si una figura de piedra hubiera hablado en un valle de silencio. Pero la soledad volvió a estremecerse con un remoto susurro que era el redoble de un galope; poco después llegó el sargento y su cara oscura y marcada no sólo era severa, sino fantasmal en la luz de la luna.

"—Mi general —dijo, haciendo la venia con una singular rigidez—, he visto a Petrovski, el polaco.

"—¿No lo enterraron todavía? —preguntó el mariscal sin levantar los ojos.

"—Si lo enterraron —dijo Schwarz—, ha removido la lápida y ha resucitado de entre los muertos.

"Schwarz seguía mirando la luna y la ciénega; pero, aunque no era un visionario, no veía lo que miraba, sino más bien las cosas que había visto. Había visto a Pablo Petrovski, recorriendo la iluminada avenida de esa ciudad polaca; imposible confundir la esbelta figura, la melena romántica y la barba francesa que figuraban en tantos álbumes y revistas. Y detrás había visto la ciudad encendida en banderas y en antorchas y al pueblo entero adorando al héroe, festejando su libertad.

"—¿Quiere decir —exclamó Grock con estridencia repentina en la voz— que han desafiado mi orden?

"Schwarz hizo la venia y dijo:

"—Ya lo habían puesto en libertad y no habían recibido ninguna orden.

"—¿Pretende usted hacerme creer —dijo Grock— que del campamento no llegó ningún mensajero?

"—Ningún mensajero —dijo el sargento.

"Hubo un silencio mucho más largo, y por fin dijo Grock, roncamente:

"—¿Qué ha ocurrido, en nombre del infierno? ¿Puede usted explicarlo?

"—He visto algo —dijo el sargento— que me parece que lo explica.

Cuando Mr. Pond llegó a este punto, se detuvo con una placidez irritante.

—¿Y usted puede explicarlo? —dijo Gahagan.

—Me parece que sí —dijo Mr. Pond, tímidamente—. Como usted sabe, yo tuve que aclarar el asunto cuando el ministerio intervino. Todo fue motivado por un exceso de

obediencia prusiana. También fue motivado por un exceso de otra debilidad prusiana: el desdén. Y de todas las pasiones que ciegan y enloquecen y desvían a los hombres, la peor es la más fría: el desdén. Grock había hablado con demasiada libertad ante el perro y ante la legumbre. Desdeñaba a los imbéciles, aun en su regimiento: había tratado a von Hocheimer, el primer mensajero, como si fuera un mueble, sólo porque parecía un imbécil. Pero Hocheimer no era tan imbécil como parecía: había entendido, tanto como el sargento, lo que el gran mariscal quería decir; había comprendido la ética del mariscal, la que afirma que un acto es irrefutable, aunque sea indefendible. Sabía que lo que su jefe deseaba era el cadáver de Petrovski; que lo deseaba de todos modos, a costa de cualquier engaño de príncipes o muertes de soldados. Y cuando oyó que lo perseguía un veloz jinete, comprendió inmediatamente que éste traía un indulto del príncipe. Von Schacht, muy joven pero muy valiente oficial, que era como un símbolo de esa más noble tradición de Alemania, que este relato ha descuidado, merecía la circunstancia que lo convirtió en heraldo de una política más noble. Llegó con la rapidez de esa equitación que ha legado a Europa el nombre mismo de caballeridad, y ordenó al otro, con un tono como la trompeta de un heraldo, que se detuviera y se volviera. Von Hocheimer obedeció. Se detuvo, sujetó el caballo y se volvió en la silla; pero la carabina estaba en su mano, y una bala atravesó la frente de von Schacht. Luego se volvió y prosiguió, con la sentencia de muerte del polaco. A su espalda el caballo y el jinete se desmoronaron por el terraplén, y quedó despejado todo el camino; por ese camino despejado y abierto avanzó el tercer mensajero, maravillándose de la longitud de su viaje; hasta que divisó el uniforme inconfundible de un húsar que desaparecía como una estrella blanca en la distancia; pero no mató al segundo jinete: mató al primero. Por eso no llegó ningún mensaje a la ciudad polaca. Por eso el prisionero fue libertado. ¿Me equivocaba yo al decir que el mariscal von Grock fracasó porque dos hombres lo sirvieron fielmente?

Como hallé al superhombre

Los lectores de [George] Bernard Shaw y de otros escritores de vanguardia tal vez estén interesados en saber que el Superhombre ha sido hallado. Yo lo encontré; vive en South Croydon. Mi éxito es un gran golpe para Shaw, que ha estado siguiendo una pista falsa y ahora busca a la criatura en Blackpool; y en cuanto a la idea del señor [Herbert George] Wells de extraerlo del aire en su propio laboratorio, siempre creí que estaba condenada al fracaso. Le aseguro a Wells que el Superhombre de Croydon nació de la manera ordinaria, aunque él mismo, por supuesto, es cualquier cosa menos ordinario.

Sus padres, por cierto, no son indignos del maravilloso ser que han dado al mundo. El nombre de Lady Hypathia Smythe-Brown (ahora Lady Hypathia Hagg) nunca será olvidado en East End, donde ella hiciera tan espléndido trabajo social. Su grito de guerra "¡Salven a los niños!" denunciaba la cruel negligencia que compromete la vista de los pequeños al permitirles usar juguetes de colores violentos. Ella citaba incontestables estadísticas que probaban que los niños a los que se les permitía mirar colores como violeta o bermellón a menudo sufrían de visión deficiente en su ancianidad; y fue debido a su incesante cruzada que la pestilencia de las herramientas Monkey-on-the-Stick fue casi eliminada de Hoxton.

La comprometida reformadora recorría las calles incansablemente, llevándose los juguetes de los chicos pobres, quienes a menudo recibían con lágrimas esta demostración de bondad. Sus buenas acciones fueron interrumpidas, en parte, por un nuevo interés en el credo de Zaratustra, y en parte por haber recibido un salvaje golpe dado con un paraguas. Éste le fue infligido por una vendedora de manzanas, una irlandesa libertina que, retornando de alguna orgía a su destartalado departamento, halló a Lady Hypatia en su dormitorio, llevándose cierto óleo que, por decir lo menos, realmente no era edificante.

Entonces esta celta ignorante y parcialmente intoxicada le propinó a la reformadora social un fuerte golpe, añadiendo al mismo una absurda acusación de robo. La mente exquisitamente balanceada de la dama recibió una conmoción, y fue durante el breve período que ésta la afligió que se casó con el señor Hagg.

Del doctor Hagg mismo creo que es innecesario hablar. Cualquiera mínimamente familiarizado con aquellos atrevidos experimentos en Eugenesia Neoindividualista que son hoy el interés exclusivo de la democracia inglesa debería conocer su nombre, así como a menudo encomendarlo a la protección personal de un Poder Impersonal. Temprano en su vida logró esa despiadada comprensión de la historia de las religiones que se obtiene trabajando desde la adolescencia como ingeniero eléctrico. Más tarde se convirtió en uno de nuestros mayores geólogos, y adquirió esa valiente y brillante visión en el futuro del socialismo que sólo la geología puede dar.

A primera vista parecería haber algo así como una desavenencia, una ténue pero perceptible fisura, entre sus ideas y las de su aristocrática esposa. Ella estaba a favor (para usar su propio y poderoso epigrama) de proteger a los pobres de sí mismos, mientras que él declaraba sin pena, usando una nueva y conmocionante metáfora, que los más débiles deben irse a pique. Eventualmente, de todos modos, la pareja percibió una comunión esencial en el carácter inconfundiblemente moderno de ambas visiones, y en esta luminosa y comprehensiva expresión sus almas hallaron paz. El resultado es que esta unión de los

dos tipos más elevados de nuestra civilización, la dama elegante y el médico cualquier cosa menos vulgar, ha sido bendecida por el nacimiento del Superhombre, el ser que todos los trabajadores de Battersea esperan día y noche con impaciencia.

Hallé la casa del doctor y de Lady Hypatia Hagg sin demasiada dificultad; está situada en una de las últimas y ya raleadas calles de Croydon, a la vista de una línea de álamos. Llegué a su puerta hacia el crepúsculo, y parecía natural que mi extravagancia percibiera, en la oscuridad creciente, algo sombrío y monstruoso en las formas indistintas de aquella casa donde se albergaba una criatura más maravillosa que los hijos de los hombres. Cuando se me hizo pasar fui recibido con exquisita cortesía por Lady Hypatia y su esposo, pero encontré mucha mayor dificultad para poder ver al Superhombre, que ahora tiene alrededor de quince años y permanece en una habitación apartada. Incluso mi conversación con el padre y la madre no aclaró mucho el carácter de esa misteriosa criatura. Lady Hypatia, que tiene un rostro pálido y conmovido, y viste esos impalpables y patéticos grises y verdes con los que ella ha dado brillo a tantos hogares en Hoxton, no parecía hablar de su vástago ni con un poco de la crasa vanidad de una madre humana ordinaria. Me atreví a preguntar si el Superhombre era bello.

"Usted sabe, él se mide con su propia vara", respondió ella con un ligero suspiro. "En ese plano es más bello que Apolo. Visto desde nuestro plano inferior, por supuesto..." Y ella suspiró otra vez.

Tuve entonces un impulso reprobable, y pregunté de pronto "¿tiene cabello?"

Hubo un largo y dolorido silencio, y entonces el doctor Hagg dijo suavemente: "todo en su plano es diferente; lo que él tiene no es... bueno, no, por supuesto, lo que llamaríamos cabello... pero..."

"¿No piensa usted" - dijo su esposa muy delicadamente - "no piensa usted que realmente, a los fines de dirigirse al mero público, uno podría llamarlo cabello?"

"Tal vez tienes razón" - dijo el doctor tras unos momentos de reflexión - "En relación a un cabello así uno debería hablar en parábolas".

"Bueno, qué diablos es esto" - pregunté algo irritado - "Si no es cabello ¿qué es? ¿Son plumas?"

"No son plumas, tal como entendemos las plumas" - respondió Hagg, con voz tremenda.

La irritación creció en mí. "¿Puedo verlo, en cualquier caso?", pregunté. "Soy un periodista, y no tengo ninguna motivación terrenal, salvo la curiosidad y la vanidad personal. Me gustaría decir que estreché la mano del Superhombre".

El ánimo de ambos estaba por los suelos; permanecían de pie, incómodos. "Bueno, por supuesto, usted sabe" - dijo Lady Hypatia, con esa tan encantadora sonrisa de las anfitrionas aristocráticas - "usted sabe que él no podría estrecharle la mano... manos no, usted sabe... La estructura, por supuesto..."

Rompiendo todas las convenciones sociales, me lancé hacia la puerta de la habitación en la que pensaba que estaba la criatura increíble. Irrumpí en ella; la habitación estaba oscura. De enfrente de mí llegó un pequeño y triste aullido, y de detrás de mí un doble chillido.

"¡Usted lo hizo!" sollozó el doctor Hagg, hundiendo la frente calva en sus manos. "¡Usted hizo que lo alcanzara una corriente de aire, y ahora está muerto!"

Al irme de Croydon esa noche vi hombres de negro llevando un ataúd que no era de forma humana. El viento ululaba sobre mí, agitando los álamos, que se inclinaban y cabeceaban como penachos de algún funeral cósmico.

"Verdaderamente" - dijo el doctor Hagg - "es el universo entero llorando la frustración de su más magnífico nacimiento".

Pero yo creí percibir un tono burlón en el agudo gemido del viento.